

UNIVERSITY OF ARIZONA



39001014178431

la masacre de los coroneles

FRANCISCO CAMPODÓNICO F., EDITOR

César Milló

La masacre de los coroneles

LA MASACRE DE LOS CORONELES

(Sobresu historia en 3 tomos)

Ediciones Sastre, S. A.

1981

PQ
8497
M5
M3
1982

César Miró

**LA MASACRE
DE LOS
CORONELES**

(Sinfonía barroca en 3 tiempos)

FRANCISCO CAMPODÓNICO F., EDITOR

LIMA

César Miró

LA MASACRE
DE LOS
CORONELLES
(Sintaxis pura en 2 tiempos)

Francisco Campodónico F. Editor

© César Miró - F. Campodónico F. Editor

I

Licencia del tiempo real

(Allegro con fuoco)

SHANTI LE LLAMABAN a ese muchacho sin pasado pero que tenía uno de esos destinos que no registran ni los más laberínticos horóscopos. Fueron nebulosos los años de la infancia y de la adolescencia. Los abuelos no asoman a los marcos de una casa ajena y hay sombras entre las ramas de un árbol genealógico desconocido y lo único real es un niño con gastadas ropas de otros niños, juguetes descompuestos, un carrito al que le falta una rueda, soldados sin cabeza, buenos para un desfile de ajusticiados. Y existe esa indefinible soledad de las tardes cuando se ha terminado de jugar al *zapatero* con las chicas pobres viendo cinco piedras en el aire que caerán entre los dedos para formar *punte de a uno, pozo, tus-tus, escoba* y quedará siempre algún vacío y ya está anocheciendo y hoy no comeremos sino habas cocidas y habrá que acostarse luego bajo la sábana con agujeros sobre el colchón de paja que huele a casa incendiada y a orines trasnochados y el sueño vendrá a empujones y retrocediendo y de nuevo a radicarse en los párpados hasta el amanecer en que pensará que no extraña nada mejor porque no se añora lo que nunca se tuvo y rondará siempre en espirales la hoja seca de lo que molesta y deprime el espíritu hasta dejarlo como una casa en la que sólo habita el viento.

¿Qué año es en la pared de enfrente? Es un helado muro de cal en la inconmensurable pupila del tiempo. Shanti lo contempla desde hace varios días con fiebre. Entran, lo miran, preguntan, abren cajones, sacuden frascos, corren cortinas,

retiran muebles, le ponen la mano sobre la frente, le abren la boca, la cuchara golpea en los dientes, le da náuseas, llega otra vez el médico, cuchichean, se ríen, se alejan y luego, así que pasen sucesivos crepúsculos, volverá al colegio y ahí también habrá desconchados muros, cucarachas que se ocultan bajo los zócalos, libros que siempre serán ajenos como el resto de su precaria existencia.

En el patio le tocará ser a quien persiguen, a quien le vendan los ojos, el que cuando se juega el salto de la muerte y lo eligen para chantarse con las manos en las rodillas escuchará las voces de muy compuestos niños sádicos que gritan pateándole las nalgas enjutas: "Dolor, dolor!".

Solitario, no procede de nadie, aunque en el tiempo alucinado algún genealogista lo hará descender de don Diego Fernández de Córdoba que luchó al frente de sus mesnadas contra los últimos moros y, como eran los días del Descubrimiento, un bastardo de ese conde de Cabra se embarcó a vivir su aventura en las tierras nuevas. Pero los auténticos antepasados no asoman y habrá un penumbroso silencio antes que se prodiguen sus famas. El conde será una invención de adúlones que vendrán cuando Santiago se convierta en el hombre.

—Shanti, ¡deja de comerte las uñas!

—Shanti, ¡no te limpies los mocos en la manga!

—Shanti, ¡al rincón...!

En la escuela de la señorita Borrel, oscuro antro fungoso y maloliente, los niños aprendían la disciplina del silencio, del inmovilismo, de la anulación de la voluntad. La señorita Borrel tenía sus favoritos entre los que no estaba, naturalmente, Santiago. Cuando lo mandaban al rincón, cara a la pared y gorro con orejas de burro, Shanti meditaba, se metía con más libertad los dedos a la nariz, observaba a las hormigas yendo y viniendo enloquecidas cargando briznas, la pata de una araña, pequeñísimos granos en esos inexplicables cambios de una grieta a otra que hacen las hormigas. Desde ese rincón húmedo de sus penitencias, Shanti aprendía a conocer a los hombres.

La escuela se apretaba en una calle torcida de El Carmen, uno de los barrios antiguos de la ciudad, dudosamente prestigiado por la destartalada residencia de una bulliciosa cómi-

ca que fue amante de un virrey. La casa se había convertido en depósito, panadería, cuadra para caballos y tugurios de gentes pobrísimas como lo era el solar cercano a la avenida del Cementerio donde vivía Santiago, recogido por personas absolutamente extrañas. Santiago arrastró su niñez viendo pasar cadáveres.

YA TODOS SE HABÍAN IDO y se quedaron Corina y él en la sala vacía de la última clase. Había mapas con países modificados por las guerras, litografías de héroes de las campañas emancipadoras, la pizarra con unas operaciones elementales, las carpetas sobrevivientes mutilados de esas guerras, frío y una incitadora soledad. Corina no alcanzaba los doce años y era pálida, femenina y frágil. Estuvieron largo rato sin hablar y evitando mirarse. Por fin, ella se atrevió: “¿Quieres que te enseñe el pie?”. Se quitó la sandalia y asentó los dedos finos, pequeños, en un banco para que Shanti contemplara ese asomo de involuntaria y secreta comunicación de los seres. Fueron apenas unos segundos en que se les encendieron las pupilas y hubo una sutil descarga de erotismo incipiente como cuando otra tarde se encerró con Pitucha y Nené en el cuarto de las escobas no mayor que un sarcófago en el que tres niños podían ocupar el espacio de un cadáver adulto y además de estrecho era oscuro y los buscaron por toda la casa con paredes amarillas a lo largo de un corredor empedrado y el enorme patio con macetas y la cocina rústica al lado del corral. Los llamaban por sus nombres: “¡Shanti! ¡Pitucha! ¡Nené!” y ellos continuaban conteniendo la respiración sin tocarse ni hablar en un acto indefinible de placer y Pitucha que era algo mayor se apretaba la boca hasta que al fin salieron y una excusa cualquiera sirvió para que los familiares se tranquilizaran y no siguieran haciendo preguntas.

Y otra vez, en los días en que la pubertad ya le golpeaba la sangre fue Ragusa, la hija de la lavandera, el instrumento de esa incursión en las fronteras de esa tierra prometida que no alcanzaba a distinguir pero cuyo perfume le llegaba incontinente. “No, Shanti, no; eso es pecado”. Iban juntos a la mis-

ma escuela de la señorita Borrel pero esta vez era en la casa donde él vivía, frente a la avenida del Cementerio. El cuarto de la ropa sucia era un buen lugar y a nadie le llamaría la atención ver salir a Ragusa con el atado de camisas y sábanas. Ragusa era la antípoda de la señorita Borrel, un esperpento seco, hueso y pergamino como un antifonario con unas cerdas en el lunar ese a un lado de la barbilla casi barba, barbuda, contrapartida de la fresca adolescente que es el descubrimiento para continuar la marcha por ese primer camino, apenas la mitad del camino, porque Ragusa vuelve y él advierte que sus senos son limones y el próximo verano mandarinas y le llenaron las manos la noche que la sorprendió por detrás cuando salía con el fardo que rodó sin ruido deshaciéndose y ellos sobre las camisas y las sábanas.

Shanti dejó de verla y ya no tuvo quien lo acompañara a la huerta de los chinos, a una legua de El Carmen, a llenarse los bolsillos con nísperos robados y a corretear sobre el polvo que se arremolina al trote de las acémilas y ahora tiene otros amigos mayores pero no olvidará la aventura de saltar las acequias, ocultarse detrás de las tapias para ver pasar a los berrendos y a los negros bravísimos, poner liga en los limoneros para cazar gorriones porque sí y luego soltarlos con las patitas pegosteadas de muérdago condenados a no posarse y a volar para siempre.

No cumplía Shanti aún los catorce años cuando uno de esos impúdicos sujetos que encontramos sin haberlos buscado contaba en la esquina del pulpero la inconcebible historia de una ciudad extraordinariamente civilizada donde había lupanares de patos a los que sólo podían ingresar los burgueses adinerados en busca de sutilísimas degeneraciones como esa brutal posesión contra natura que desgarraba las entrañas del palmípedo. ¿No lo hicieron a la inversa el cisne con Leda de quienes habrán de nacer nada menos que Cástor y Pólux? Dos chinos desnudos sujetaban fuertemente al asombrado animal y habrá luego que cortarle la cabeza de un golpe de machete provocando en las convulsiones de la agonía espasmos de locura.

A Shanti le impresionó el cuento lascivo y esa noche soñó que lo hacía con una guinea aseñorada como otros adolescen-

tes lo habían hecho en todas las épocas y en lugares parecidos al gallinero del sueño. A su alrededor, en un cochambroso corral zureaban ceremoniosas torcazas y aleteaban indiferentes las demás gallinas buscando gusanillos y granos. Súbitamente, la guinea se convirtió en el pie desnudo de Corina que a su vez fue cubierto por el palmípedo del relato de cuyo pescuezo decapitado brotaba un chorro de nísperos que Ragusa recogía en un delantal enorme como la vela de los barcos. Al final del sueño que podía haber durado un tiempo incalculable vio que encontraban a la guinea sin poder moverse en la horrible parálisis provocada por el afrentoso empujón y que la matarían para servirla en la mesa y a él ya le están dando náuseas y se quedará sin comer.

Cuando despertó estaba avergonzado de esa iniciación onírica y durante varios días vagó esquivando las miradas y sin hablar como si concientemente hubiera sido el culpable de la gallina violada. Lo primero que hizo fue entrar al corral para cerciorarse de que estaba allí, sana y salva, aseñorada y dignísima y que lo único verdaderamente real había sido su sueño.

Pero en medio de estas lubricidades realizaba actos heroicos como cuando salvó al hijo de ocho meses del carpintero de una muerte estúpida rescatándolo de entre las patas de una recua de burros cargados de alfalfa y verduras que llevaban al mercado o el día que sacó de la acequia al guardián de la huerta de los chinos en una de las innumerables veces que se caía de borracho. Soportó las enfermedades que rondan el lecho de los niños y muy pocos acudieron en su socorro. Se pasó la tifoidea sumergido en un libro primariamente erótico que leyó hasta el cansancio y llegó a sentirse uno de sus impúdicos personajes. A los treinta años no tenía secretos el sexo para él que había conocido las más extravagantes experiencias y ningún arte de amar podía enseñarle algo. Por ese tiempo conoció en el victorino al maestro Malaquías que le había explicado que su nombre quiere decir valle de las cabras y que Cabra es una estrella de la constelación del Auriga, el que conduce el carro, y hay un curioso mecanismo astrológico que, según la hora en que naces, servirá para señalar tu destino. En sus ensueños crecen súbitas imágenes que no lo

abandonan. Las hormigas viajando entre dos grietas y Ragusa están presentes en los cambiantes escenarios del sueño. Corina y Nené se juntan en el cuarto de las escobas que era un sarcófago para un cadáver que ha seguido envejeciendo. Los nísperos de la huerta y la liga en las patas de los gorriónes que volarán para siempre y la gallina humillada y el niño gateando bajo las patas de las recuas hasta llegar al hombre que va por los caminos con una Biblia y una escopeta.

TUVO MERECEDA FAMA de niño perdido y hallado en el aire porque sus padres desaparecieron después de entregarlo a unos vecinos con las seguridades de que luego volverían y pasó sus primeros años entre niños favorecidos por orígenes familiares comprobados en tanto que a él no se sabía de dónde lo sacaron y una mañana lo vieron en un banco de la escuela preparatoria y la señorita Borrel no dio mayores explicaciones y no hablaba con los demás ni sabía sonreír y apenas comenzó a tomar confianza quedó clasificado entre los estudiantes que no estudian y que son díscolos y conflictivos hasta no hallar manera de que la secreta relojería del cerebro infantil funcione con un ritmo normal.

Tuvo merecida fama de valiente cuando se enroló en las partidas sueltas de las sierras y combatió con desnudo en las quebradas contra los restos del ejército invasor y el capitán Francisco de Paula Montilla lo nombró su lugarteniente después de una acción en que tomaron un pueblo y un río que no figuraba en las cartas geográficas tan pequeño era y estaba siempre dispuesto a salir a la primera luz con los llamados por esas escondidas tácticas *los montoneros del alba* y era hábil en tomar por asalto caseríos y tambos para aprovisionarse y a la menor sombra ya estaba dispuesta su carabina para seguir en sus correrías retumbando en los valles los cascotes de los caballos de esos veinte hombres que forman parte de otros grupos de galgueros, veteranos, guerrilleros, observadores, francos y volantes y una vez le tocó a él integrar la *Partida de la muerte* y en otra ocasión la *Partida de la ven-*

ganza y en todos los grupos de montoneros sobresalía porque era el primero en llegar y el último en retirarse en medio de los cadáveres que dejaba el enemigo hasta que el país quedó libre y dueño de sus montañas.

Tuvo merecida fama de hombre de mujeres porque en esas correrías y trapisondas no hubo hembra que le opusiera resistencia y déjeme usted que soy mujer decente, le decían, mientras retrocedían buscando el lado más oscuro de la choza y la más huraña resultaba la más apasionada y hubo otras que quisieron seguirlo como rabonas y él, que no, que eso es como arrastrar cañones sobre la arena y en cada pueblo hay una nueva esperando sin necesidad de cargar con ella llevando trebejos de barro que se rompen y no hay mulas para acarrear esa impedimenta y es ganar dinero abandonarlas aunque en ellas quede sembrada la semilla del montonero y hay que estar de nuevo al alba con la mira puesta en cualquier punto que se mueva porque allí hay, con absoluta seguridad, un predestinado a difunto.

Tuvo merecida fama de hombre generoso porque llevó en todas las rutas el morral vacío y lo que le era indispensable se lo acercaban sus compañeros y él en cada puesto de indios dejaba algo de lo que había recaudado en el pueblo para las pobres gentes abandonadas que languidecen en las comunidades sin noción del derecho y todo lo que caía en sus manos era distribuido entre los niños que no tuvieron padre y en el cúmulo de sus añoranzas y de sus ojerizas le atormentaba ver manos extendidas y pies descalzos y ese es el verdadero código de la justicia y vea usted, señor, aquí todos somos pobres y la solemnidad se la guarda para el juez que cuando menos piense lo dejaremos sin orejas.

Tuvo merecida fama de creyente porque sobre el pecho le asomaban cordones de escapularios y detentes y no se vaya a pensar que es superstición ni coraza de franela y más bien fe verdadera y es menos sólida la que le ofrecen algunos curas que predicán servilismo y humildad ante el gamonal y no perdona capilla en el camino a la que no hiciera una visita santiguándose en un garabato y al atardecer se ponía melancólico y de saberlas habrían salido de sus labios las palabras del ángelus y bendecido el pan y la sal y el vino y antes de dor-

mir repetía sobre su frente la cruz para que no me vaya a caer una bala perdida.

Tuvo merecida fama de evitar amigos que te siguen cuando esperan beneficios y te dan la espalda en la adversidad y únicamente lo acompañaba un perro sin dueño con algo de pastor alemán venido a menos, desorientado y triste y de avanzada edad a juzgar por su indiferencia ante el peligro y que se fue tras él frotándosele a las piernas y apenas le duró unos años porque en una refriega lo hirieron mortalmente y le dio el tiro de gracia y lo enterró entre unos matorrales con una cruz hecha con dos huesos de oveja y desde entonces se quedó sin amigos porque nadie era digno de reemplazar al pastor.

Tuvo merecida fama de despiadado porque de niño atravesaba con alfileres pequeños insectos vivos y les arrancaba los ojos a las lagartijas para que no pudieran huir sin tropezar con las piedras y porque tiranizó a unas gentes pusilánimes autorizando la matanza de hombres que padecían de un estupor ancestral y no impidió a otros acumular riquezas succionadas de los piojos de los Juanes y Pedros demostrando su inestable vocación por la justicia.

Pero mucho antes de estos juicios, muy anteriormente a estas filiaciones había páginas deterioradas en la existencia desigual de Valdecabras. El barrio de El Carmen era un prólogo sinuoso y disperso de acciones inconexas en las que se confundía la primera adolescencia entre los muros carcomidos de la escuela con la aventura de unas chacras próximas entre tapiales grises por donde pasaban los toros destinados a los chiqueros de la plaza para la corrida del domingo. En las oscuras callejas había rincones que elegían los maleantes para dirimir rencores y cerca estaba también la clínica donde hacían sellar su libreta las prostitutas en un control sanitario que no libraba a nadie del permanganato y la *gota militar*. Era el barrio de los hijos de nadie y las mujeres de todos y en la pulpería se jugaba al *burdel* y el más diestro o con mejor suerte conseguía tirar los dados marcando cuadra, dos, as y doce putas. Santiago aprendió a agitar en el aire el cubilete de cuero y ganar siempre sedimentándose en su conciencia una firme decisión de triunfador.

EL PUEBLO QUE NUNCA CONOCIO LA PAZ

Si consideramos que sólo los diversos criterios sobre la demarcación territorial desataban en tiempos lejanísimos interminables guerras civiles comprenderemos que la existencia de este pueblo fue siempre sobresaltada e inestable. Hubo batallas indescriptibles entre quienes querían imponer los límites en los ríos donde pastaba igual que una reina la Gran Bestia y aquellos que sostenían la teoría de las regiones. Los conquistadores se habían enfrentado a un inmenso territorio y no era fácil, sin cartas geográficas ni reconocimientos previos, establecer de manera clara los accidentes naturales, separar los profundos valles de las altas cordilleras, los desiertos y las selvas. En una de esas batallas que contempló desde su litera, a causa del precario estado de su salud, el capitán del bando regionalista don Alvaro de San Ginés recibió un proyectil en la cara que le desorbitó un ojo, cosa nada excepcional porque, como es bien sabido, la conquista de estas tierras está poblada de soldados tuertos. Con el ojo don Alvaro perdió la batalla y montado en una mula huyó entonces a refugiarse en una de las fortalezas de la prehistoria, tan mal protegida para su desgracia que fue aprehendido, encarcelado y decapitado en la plaza pública para que sirviera de ejemplo a quienes desacataran las disposiciones del vencedor. Esta conducta oprobiosa con el ilustre vencido, a quien se reconocía adornado con cualidades poco comunes, afectó en lo más hondo de sus fibras a sus fieles seguidores y las guerras en-

tre los bandos rivales continuaron sin interrupción porque si algo resultaba imposible en estas regiones era la paz.

Después de la infamante ejecución del capitán regionalista se dispersaron por el territorio sus secuaces prometiendo bajo solemne juramento llevar a cabo la venganza que se cumplió un mediodía húmedo y gris del mes de junio en la propia casa del gobernador estallando, desde ese momento, una anarquía jamás sospechada. No tenía esa vindicta un carácter delictivo sino eminentemente justiciero y mientras llegaba un pacificador los acontecimientos se precipitaron con la violencia del torrente.

El destino de este pueblo parecía ser el de un volcán en erupción incontenible porque otros capitanes fueron también ajusticiados y el poder cambiaba de manos de manera vertiginosa e inconveniente para su desarrollo como si se hubiese puesto el calendario del revés y el tiempo retrocediera y los relojes apenas fueran útiles para registrar el instante fugitivo entre una y otra ejecución.

Las demarcaciones territoriales derivaron en pugnas irreconciliables y la fiebre del mando se tornó en mal endémico y característica de los habitantes de los valles y los colonos de la jungla y de los mismos pastores que tramontaban las montañas en busca de alimento para sus cabras. Porque eran cabras las que le daban fisonomía a la convulsionada nación. Las cabras provenían de desconocidos orígenes y no era fácil determinar quién y por qué caminos trajo la primera cabra. Claro que prosperaban también otros mamíferos, como el danta o la Gran Bestia que habitaba en las riberas de los ríos o las delicadas vicuñas tan huidizas y desconfiadas. La vicuña se había convertido en un animal simbólico y ancestral. Perseguida y codiciada, casi agónica la especie, venía salvándose a lo largo de los siglos mientras jefes militares y hasta individuos de tropa querían tener una vicuña entre cuartelazo y cuartelazo, en los días aciagos de las descargas de fusilería y apresurados cierra-puertas.

Más tarde aparecieron los independientes a quienes les daba lo mismo que el país estuviera dividido en regiones o salieran de él otros países. En esos años ya se había conseguido

do la emancipación de los aristócratas criollos y eran diferentes los hombres que se disputaban el poder. A las primitivas fortalezas de las culturas aborígenes se agregaban las construidas con técnicas más exigentes y en ellas se refugiaban los insurrectos y desde allí lanzaban proclamas y proposiciones de treguas, amnistías o capitulaciones honrosas. Cuando llegó a constituirse la república las situaciones cambiaron pero los hombres siguieron abrigando idénticos propósitos. Hubo tentativas de organización institucional y algo se hizo, pero las leyes eran piezas de museo para quienes tenían las armas. Así pasó con los tribunales de justicia instalados en un viejo convento sórdido y sombrío con tugurios separados por tabiques donde ocultaban su modorra vocales y jueces, corchetes y amanuenses entre barricadas de infolios con arqueológicos digestos y expedientes con juicios cerrados y actuaciones de pleitos desistidos, paraíso de los hongos, las hormigas blancas y el comején. En un pequeño patio con arquería se alzaba la clásica dama con los ojos vendados y una balanza de dudosa precisión.

Los tribunales de justicia aparecen entre los primeros en crearse porque se suponía que estaba allí el tremendo vacío de ese organismo todavía informe, con alfombras, tapices y cortinajes rojos que dejaron, sin proponérselo ni poder evitarlo, los gobernantes de los tiempos idos. Hubo un *tribunal de los siete jueces* que fue sustituido por otro de responsabilidades cuyos miembros no eran elegidos sino que se sacaban en suerte y sin la exigencia de que fueran letrados. La administración de justicia fue algo así como un mal incurable repudiado por el abuso, que tanto se acerca a la impunidad, por el cohecho y la delincuencia sin determinación exacta del delincuente.

—Jamás se oyó decir que un solo vocal fuera declarado responsable por haber procedido contra la ley —se queja don Atanasio, viejo magistrado escéptico a causa de las incurables frustraciones del Derecho.

—Es como usted dice —le responde Vasco Godínez, un juez retirado que añora también la justicia de otros tiempos—. Hay falta de castigo pero igualmente ausencia de méritos en los miembros del tribunal.

—Esos siete jueces son ignorantes e indolentes y ofenden con su reprobable conducta al Cristo amaratado que preside las audiencias y a quien cada día vuelven a crucificar.

—Antes todo marchaba mejor —puntualiza Godínez melancólicamente—. El conocimiento de las causas de hacienda pertenecía a los corregidores y a las cortes y ay de quien osara meter sus manos impuras en los protocolos.

Y así fue, en verdad. La república estableció la demarcación territorial y los presidentes de departamento, con la asesoría de letrados, conocían en primera instancia de las causas sin que nada impidiera interponer apelación de sus fallos.

—Y había juzgados y tribunales privativos, nadie lo ignora; pero no olvide usted que los jueces de primera instancia se elegían caprichosamente y podía desempeñar esos cargos el fiel de la Casa de Moneda. Una verdadera monstruosidad.

—Y lo era, en efecto. Ese criterio tan singular permitía la creación de complicadísimos juzgados de comercio y minería. . .

— . . . y de diezmos, de aguas, de contrabandos y comisos. . .

—En tanto, amigo mío, la Justicia no estaba en ninguna parte. “Qué lejanos esos tiempos —piensa don Atanasio— en que podía invocarse, como se invoca el Antiguo Testamento, las ordenanzas de una pureza virginal, las minuciosas recopilaciones de leyes, los diáfanos e insospechables decretos, los códigos que ahora se arrugan enmohecidos en los pesados anaqueles”.

La prensa de copiar rechina como un ejército de grillos. Se ha golpeado una puerta. “Hay mucho aire en noviembre”, piensa Godínez. “Esos siete jueces eran las siete plagas de la judicatura”, mordisquea las palabras don Atanasio. En los estantes, fácil es comprobarlo, cubiertos de polvo, se fosilizan viejos expedientes forrados en un pergamino amarillento, tieso, con olor a cosa olvidada. “Allí estaban los procesos preciosísimos —evocará todavía don Atanasio—, condenados a ser destruidos por el tiempo, como aquel que contenía los detalles prolijos de un incesto y conato de infanticidio”. Y Vasco Godínez: “Y aquel otro con la sentencia de tormento *Christi nomine invocato*, cuando creía el reo que los indicios no formaban prueba semiplena y era posible apelar al Supremo Consejo”.

—¿Sabe usted que nombraron juez al Contador de Correos?

—Ya hemos hablado de eso. Cualquier día serán vocales los portapliegos.

Don Atanasio fuma un largo tabaco que le ha puesto los bigotes del color de los expedientes y —“maldita sea”— la tos no le deja terminar la frase. “¿Quién diablos sigue golpeando esa puerta?”. Esta vez no es el viento sino Godínez que se larga sin despedirse. En la última tabla del anaquel debe estar la historia de esa violación infamante y la del parricidio y suicidio, luego de otro incesto vergonzoso porque el occiso se había enamorado perdidamente de su hermana gemela. “Hay que cambiar este empapelado que ya se desprende solo de los adobes”. Ha vuelto Vasco Godínez que no se había ido realmente y entra abotonándose los numerosos botones de la bragueta.

Este pueblo nunca tuvo paz. Ni en los tribunales ni en los cuarteles ni en la soledad de los claustros ni en los hospitales ni en las cárceles. La vida de la república transcurría agitada en el orden interno mientras que los vecinos daban frecuentes muestras de una amenaza contumaz. Tratados, protocolos, alianzas, pactos de no agresión estaban expuestos a continuas violaciones. En los primeros años de la revolución emancipadora se discutió con calor la tesis del sistema político. Al mismo tiempo, y más o menos por esos años, en un país cercano había triunfado la tendencia traducida en el grito de “Viva la santa federación, mueran los salvajes unitarios”, lo que equivalía a admitir que la lucha entre federalistas y unitarios subsistía. Los hombres que conducían a su leal saber y entender los destinos de la república, los capitanes de las antiguas montoneras, no tenían en cuenta los obstáculos que significaban los ríos torrentosos y las altas montañas nevadas y combatían entre sí denodadamente, ganando y perdiendo batallas, ocupando el territorio o compartiéndolo con el caudillo rival y estableciendo peligrosas alianzas y confederaciones efímeras, enajenando alguna vez una región importante y dando con frecuencia la espalda al mar. Las altas sierras eran el escenario principal de esas enconadas pugnas. Sólo en el testimonio de remotas culturas aparecía una balsa o un legendario pez. Se contaban historias de tritones

y de sirenas, de los gigantes que devoraban poblaciones de pacíficos canasteros de la costa, de naufragios que pertenecían a los tiempos idos cuando se salía el mar y enormes peces arruinaban la flora de los valles, la *mutisia acuminata* con sus bellas flores anaranjadas y rojas, los hermosos *lupinus* que daban la delicada flor de la pluma y hasta el venenoso *astragalus* que mataba ganados y era inocuo en las mandíbulas descomunales de los cetáceos y las serpientes marinas.

LOS GENERALES seguían combatiendo y en las fugitivas treguas se apoderaban de las prefecturas, los ministerios, los parlamentos ficticios y —no hace falta decirlo— del palacio de Gobierno. Las madres ansiaban para sus hijas maridos militares con el riesgo, claro está, de caer en desgracia al frustrarse una revolución y ser sometidos a la última pena. Así murieron el apuesto coronel Grijalba, el capitán Urías que no conoció ni la sombra del miedo, el temerario comandante Larrión fusilado después de un motín. En cuarenta años de revoluciones habían sido ejecutadas más de trescientas víctimas y una carretada, de las muchas que salían del tribunal revolucionario al cadalso, llevaba más gente que la sacrificada en medio siglo.

En una de esas revoluciones apareció el capitán Santiago Valdecabras. Se había librado de morir en el campo de batalla no obstante pertenecer al bando derrotado y anduvo caminando por los pueblos sin hacerse notar, bajo un sombrero que ponía más sombra sobre la barba negrísima y oculta en el poncho el arma siempre dispuesta a salir disparando. Recorrió los pueblos de las altas punas y los perdidos centros mineros de donde era sumamente difícil salir. Escaló montañas y salvó torrenteras. Se extravió en la selva y una mañana los indios contemplaron mudos una lucha cuerpo a cuerpo con la Gran Bestia, ese áspero animal semejante a un enorme jabalí que acababa de surgir del río y embistió a Valdecabras con su poderosa cabeza. Siempre había creído el capitán que se trataba de un ser fabuloso y ahora que lo tenía frente a fren-

te sintió que le temía menos que en la leyenda. Sacó su cuchillo se enfrentó resueltamente al pesado rival hundiéndole cinco pulgadas de acero en el lugar que calculó, con acierto, que estaba el corazón. Los indios encaramados en los árboles presenciaban esa insólita batalla que duró hasta que el corpulento enemigo rodó al río ensangrentando el agua. La corriente se llevó a la Gran Bestia que intentaba todavía nadar con las fuerzas que se le escapaban por la profunda herida hasta que se perdió de vista. Un ejército de voraces pirañas dejó limpio y blanco su esqueleto. Los indios bajaron de los árboles para tocar los brazos del héroe y comprobar que realmente existía y, de acuerdo a una costumbre tradicional, lo despidieron con alaridos disparando flechas al aire y agitando los cascabeles de semillas que llevaban atados a las piernas y llamándole a gritos la Gran Bestia.

Varios meses se quedó en la selva Santiago y en largos viajes por los ríos trató a las gentes de las tribus y una veces eran aguarunas y amueshas o escuchaba la conversación de los omaguas, escenario de la descomunal aventura de Lope de Aguirre buscador delirante de El Dorado, o se entendía con los chamas y los andoas y quiénes son los shipibos para creer que en el mundo no existen otros hombres mejores cuando allí están vagando bajo la noche interminable de los grandes árboles los machiguengas y los piros y no se olvide usted que los campos tienen vocación urbana y en los pueblos del Amazonas no faltan las chozas habitadas por el brujo que prepara los brebajes que te hacen ver el mundo como debiera ser y no como se nos muestra cada día entre crepúsculo y crepúsculo.

Santiago entró a la choza y allí estaba el ayahuasquero preparando sus cocciones diabólicas. Túnel secreto hacia ignorados países es esta fabulosa planta, el yagé salido de las manos de unos ángeles obstinados y viciosos. Santiago Valdecabras contempló la tisana de color avellanado y se llevó a los labios la vasija decorada con motivos geométricos buena para contener la ayahuasca que hace el milagro de transformar las imágenes y nos acerca a monstruos que vuelan sobre el río y boas enormes que nos abrazan sin hacernos daño porque en la ayahuasca todo es una fuga inverosímil y nos invade las neuronas el licor alucinante y tú eres diferente a como te ven los demás

y ese paisaje deslumbrador nos pertenece y debajo de los árboles Santiago se empeña en perseguir animales azules y encendidos como brasas y el canto es la prolongación de la magia y tú me vas a traicionar y por eso te hundiré antes mi cuchillo más veloz que el rayo en la tormenta que ahora mismo se está anunciando y en el horizonte señorea el relámpago que precede al trueno y entre ambos forman la gran trompeta por donde está bramando el cobre y todo el cielo de alquitrán es un cántaro que se rompe sobre los árboles y el río. El cielo de selva tiene un particular lenguaje en las noches de tormenta, se corta en zonas metálicas como si quisiera amanecer y es entonces cuando golpean los tambores profundos del bosque.

Santiago pasó un tiempo sin medida en la choza viendo desenrollarse la soga del ritual, serpiente de obsidiana que el chamán domina poniéndole cabelleras de humo mientras palabras que se llevan las ráfagas pronuncian sus labios de piel cuarteada y siempre el relámpago en el muro distante iluminándose sobre un certamen de elefantes grises. Volvió varias veces a visitar al brujo para que le siguiera ofreciendo la sustancia de esa liana de los muertos que le produce excitaciones incontrolables y las indias se acuestan con él embriagadas de ayahuasca y de piel ardorosa mientras Valdecabras camina por senderos virginales y todo lo que se diga no será sino la embriaguez de la ayahuasca que le provoca ese delicioso escozor en la epidermis y el efecto de la levitación le permite mirar la tierra como desde un hueco negro abierto especialmente para él.

Santiago no puede cerrar los ojos pero ese desorbitamiento no le permite tampoco leer los versículos de su Biblia que le acompaña siempre junto a su carabina. Los indios le rodean en ese estupor que se proyecta en el acontecer de su pueblo agitando brazaletes de chaquiras y adornos de plumas y lucen en la cara desconcertantes caligrafías que cuentan las hazañas de la tribu y las propias porque los tatuajes son iguales a las escrituras de las mocaguas y en esas geometrías hay un vibrador sentido emparentado con sortilegios que señalan los destinos del hombre. La ayahuasca tiene un sabor amargo que le seca el paladar y el humo de la pipa del brujo lo incorpora a un limbo excitante y la fuerza del alucinógeno se ex-

tiende hasta sus órganos sexuales y el temblor de un erotismo desbocado sólo se satisface con la adolescente que explora taciturno porque sus senos son como los de Ragusa y dónde se fue Ragusa y qué bien estaríamos ahora acariciando tus limones en la sombra de la choza sin tiempo y poco importan las culebras y los pájaros que me dan aletazos en los ojos porque cada vez que me sumerjo en este mundo delirante de la droga los colores se acentúan y tienen la virginidad del primer arco iris en la historia del cielo.

Los ruidos de la selva crecen, se distorsionan, conforman una renovada orquestación porque está llegando el alba y los pájaros pintan el aire y los monos chilladores saltan enloquecidos y hasta la voz de la hormiga es una poderosa voz que se difunde por los ámbitos anunciando una pequeña cigarra que acaba de morir y todos deben participar en ese pantagruelismo sin igual. “Las patas, no; las patas y el cerebro a la cueva para los días de escasez”. Alas de guacamayos despiertan infinitos insectos y el río habla en su idioma persistente y el chamán extiende el humo de su mapacho que es cómplice de esa aturdidora liana que te ayuda en la invocación de los espíritus protectores con los cánticos monocordes del ayahuasque-ro y sus plegarias intraducibles y el golpe de la chacapa que es el latido más entrañable del corazón de la selva.

“Fuerte serás como el otorongo y más astuto que la serpiente y tendrás la vista del halcón y percibirás los ruidos más lejanos como el venado que desaparece entre las retorcidas veredas del monte”. El chamán se eleva sobre las capironas y las gigantescas lupunas, las chontas y los copales; con su cachimba de cumaceba y hueso de mono está convencido de sus poderes sobrenaturales que le transmite a Santiago Valdeabras libre de todo maleficio. Silba, silba, silba el oficiante y su voz se va extinguiendo con las últimas ráfagas del día y Santiago siente que vuelve de remotas grutas y una angustiada náusea le sube desde su entraña convulsionada porque la alucinación se desvanece y han volado sus ángeles nocturnos y estaba rodeado de otras gentes sin saberlo y cruzan garzas y paucares y deja la choza con paso tambaleante y la mirada fija en el rojo muro del amanecer.

ABERRACION DEL ORDEN PUBLICO

El río trae por esta época abundante caudal. Llega desde las alturas de Vincocaya y corre de sur a norte por el valle de Majes. En el pequeño pueblo hay casas de quincha que es la sabia invención con cañas y barro para levantar el palacio de los pobres. Y hay también viviendas importantes como la de los señores González, la del finado Briceño, la otra en que vivía la familia Pastor. Aquí nació el sabio don Lorenzo de la Llamosa, ayo de Carlos IV, el que sufrió la derrota de Trafalgar y la invasión napoleónica y pasó a la historia con doble corona de cuernos. Don Lorenzo era un caso asombroso de organización mental y se cuenta que dictaba al mismo tiempo a siete escribientes. En las escarpaduras y laderas de los cerros que rodean el valle hay caliza que se ha ido formando con los despojos de animales marinos. Las capas reposan en formaciones de silicato de alúmina que los orictonostas llaman fel-despato y los chinos caolín porque está en las altas colinas y se convertirá en la tierra de porcelana que llevará el sello de prestigiosas dinastías. Y platean viejos olivos que no son cadañeros sino veceros y con la caña se hace rubias chancacas amelcochadas y tienen fama el ají amarillo y el colorado que los campesinos cambian en la sierra por charqui, chuño, ponchos y papa seca. En el valle se cultiva arrozales y hay ocho variedades de camotes y dos de yucas y frijoles blancos, cocachos y del Espíritu Santo y los zapallos brillan al sol como si fueran de oro y hay maíz tremesino y trigo candeal y son ex-

quisitas las naranjas, las chirimoyas, las guayabas y las lúcumas.

Serapio salió temprano de su choza para darles orujo de aceituna a las gallinas y los pavos. Su hermano mayor, arriero de la hacienda Querupalca, ha dejado la yunta y está buscando lizas y camarones en el río. Tadeo tiene apenas diez y ocho años y ya anda por los campos ganándose la vida y preparándose para incorporarse en las montoneras porque ya no puede seguir aquí, sacándose niguas que se le incrustan bajo las uñas de los pies y matando las pulgas que han invadido el camastro que comparte con Manfredo, las garrapatas y los alacranes. Al menor de los hermanos, a Mauro, lo atacó una vez una nutria del tamaño de un perro cuando se bañaba en un remanso y fue una lucha frenética porque las nutrias son más feroces que los bandoleros y una vez llegaron hasta Majes y pusieron fuego a las viviendas y Tadeo tuvo que defenderse con su honda y la tierra está llena de peligros y las arañas caminan por las quinchas carcomidas y el ají les da a los hombres ese carácter agresivo e insurgente.

No era cierto que pudiera hacerse rico Serapio si descubría las minas de amatista que se suponía en las proximidades del nevado de Sallaly, cerca de la quebrada de Murco, en terreno de arenisca y esquisto negro. Ya había explorado largamente la región con Mauro y tampoco halló nada en la hacienda Querupalca, ahí nomás en Majes, donde nacieron todos y murió la madre y se fueron haciendo duros frente a una naturaleza pródiga pero con frecuencia hostil. Es verdad que en el valle hay viñedos y los vinos tienen mercado en las ciudades de la provincia y aun en las naciones vecinas. Pero también es cierto que cualquier día se te llena la piel de manchas diferentes y el rostro te queda como un mapa y en eso no se diferencia uno de los parrales cuando les da la caracha en los años excesivamente secos. Porque la "ccara" es a la piel lo que la chimorra a las viñas y Tadeo Silvestre ha sido el primero en decidir que ya es tiempo de emigrar y le seguirán Serapio y quién sabe en qué momento Mauro se marchó a buscar a su padre y durante varios años no se tuvo noticias de él. Los Silvestre no eran precisamente como los González o el finado Briceño ni como don Lorenzo de la Llamosa, el pre-

ceptor del rey de España, sino una familia empobrecida y oscura. Cuando dejaron Majes ya estaban en edad de enroscarse y así lo hicieron sin sospechar que pasarían a la posteridad entre el fuego y la sangre de las revueltas.

Tadeo había nacido en los primeros años de la República y no hace mucho han llegado hasta Majes los ecos de guerras civiles incipientes y revoluciones francas como esa sublevación de tropas que da paso al entendimiento entre dos generales en tanto el enemigo común cabalga desde los nevados hasta la costa donde espera refuerzos. Tadeo Silvestre ha oído hablar en el tambo de las mujeres de los caudillos que se identifican porque llevan sortijas negras y le suenan los nombres de los jefes rivales y por los campos de la hacienda Querupalca han soplado los vientos contrarios de los soldados de la Confederación. “El *Pichincha* es el más fuerte”, le ha dicho Manfredo. Y cree también que es mejor ser de a caballo y para eso nada como el *Lanceros*. Pero a Tadeo le tientan las montoneras. “Tendrás que irte al norte”, le hace ver Serapio. Hay mucho camino y Tadeo no se decide. ¿No sería preferible presentarse al *Zepita*? “Pagan bien y te dan ropa y tienes techo seguro y puedes conseguirte una rabona que te prepare el rancho y se acueste contigo. Los montoneros duermen a la intemperie”.

Tadeo Silvestre alcanzaba una mediana estatura y era grueso y lento, con los brazos fuertes por las exigentes faenas del arriero. Tenía el pecho ancho y tostado que no le cubre la camisa de tocuyo abierta y sin botones y las pantorrillas musculosas y apretadas por el pantalón de jerga plumizo, casi negro, desteñido, lamentable. En los pies lleva ojotas como los indios aunque es un mestizo con algo que se va diluyendo en los labios carnosos y el cabello ligeramente ondulado. Habla poco y su vozarrón resuena en el maizal con acento autoritario.

Mauro y Serapio son hasta físicamente distintos. Y tampoco se parece a él Manfredo, enjuto, espigado, cetrino, locuaz. Acaso son hijos de distinto padre pero han crecido juntos y se entienden. El día que murió la madre parecía, sin embargo, que roto el nexo se hubieran podido dividir los destinos. Por caminos inciertos los veremos discurrir, dudar, detenerse en los tambos, trabajar a destajo en alguna hacienda, dor-

mir a la sombra de los árboles en los sofocantes mediodías, embriagarse con los peones, violar minuciosamente a las cholas, bañarse en la acequia grande, caminar otra vez. Ya ni se sabe dónde está Mauro que se fue a encontrar a su padre. Manfredo es un hombre inestable y desidioso. El único que se aferra a los sueños heroicos es Tadeo. ¿Estará en el *Pichincha*? Se nos ha perdido la huella de Serapio. Los cuatro hermanos se han repartido, sin proponérselo, las cuatro puntas de la Rosa de los Vientos.

Alguna vez se han encontrado en los disturbios populares o en las rebeliones indígenas, defendiendo a las comunidades o disparando contra ellas, siguiendo a los caudillos, dedicándose al comercio, volviendo a las faenas del campo, ganando galones: “Capitán Mauro Silvestre. . . Mayor Manfredo Silvestre. . . Comandante Tadeo Silvestre. . .” Y se les verá en las aldeas perdidas, en los desiertos, fugitivos o perseguidores, cabalgando sobre el lomo de las cordilleras o enraizándose en el sedentarismo de las ciudades

EL PODER Y LA MASACRE

Conforme fue creciendo la suma de los años se vio que habían pasado por el gobierno uniformes y medallas en vez de hombres; sables en lugar de combatientes; caballos con arneses y monturas donde pudo haber húsares y lanceros; clarines destemplados a cambio de victorias gloriosas; fantasmas, que no paladines. Nadie gobierna cuando todos quieren gobernar y el caos adquiere proporciones jamás imaginadas. Ha habido en un año cuatro presidentes al mismo tiempo. Terminaron destruyéndose unos a otros hasta que una mañana aparecieron tres coroneles carbonizados. Dos de ellos habían sido suspendidos de las torres de la iglesia. El pueblo, más furioso que las pirañas devoradoras de la Gran Bestia, tomó en sus manos lo que consideraba la justicia, sorprendió a los insurrectos en diferentes lugares de la ciudad, los arrastró impiadosamente por las calles, hizo una hoguera con sus desfigurados cuerpos y a media noche izó esas banderas macabras en las torres obligando al campanero a repicar a gloria.

Lo ocurrido era consecuencia natural del clima de zozobra e indecisiones que se había ido alimentando en los últimos tiempos y el usurpador se empeña en perpetuar el sistema y ya estamos hartos de militares que no traen sino conflictos y la inmoralidad en las arcas fiscales llega a límites intolerables.

—El presidente ha consultado la opinión de su ministro de Guerra sobre este desbarajuste que tiene en sobresalto a to-

do el mundo —se había escuchado días antes del golpe en el café de los Bodegones.

—Conozco la respuesta. Ha sido negativa. Se asegura que el país no aceptaría la candidatura del doctor Cosme Salcedo, —comenta desde su asiento Pedro Contreras.

—El país no cuenta sino quienes gobiernan. Después de todo, para algo existen las clases dirigentes, —reflexiona Juan Bernal.

—Que están dirigidas por los militares. Mire usted, será inútil que el Intendente se asome a los balcones de Palacio para apoyar esa candidatura aprovechando que el gobernante está en cama con un resfrío de órdago. Pueden ocurrir cosas muy graves, —augura Contreras.

—¿Como qué, por ejemplo?

—Que les disparen desde los techos y se provoque una situación de violencia de efectos imprevisibles.

—Claro, eso puede suceder. . .

Los candidatos no ocultan sus propósitos y multiplican sus trabajos electorales y Eladio Loayza ha conversado con los jefes de algunas guarniciones sin saber que ya lo ha hecho Cosme Salcedo y ha habido reuniones la víspera del acto electoral y don Francisco de Paula Aguilera no se pronuncia y el que menos especula con situaciones que cambiarán en menos tiempo que las agujas del reloj dan una vuelta al cuadrante.

—Ha habido disturbios en el norte. . .

—El sur está más agitado. Es tierra de insurgentes. Las Juntas Preparatorias no contaban con las barriadas.

—Salcedo tiene comisionados en los departamentos con inagotables bolsas.

—Eso se llama prender la mecha de la guerra civil.

—Será una más —dice Tadeo Silvestre a quien encontramos como saliendo de unas densas brumas porque están lejanos los días de Majes y el tiempo ha robustecido el aplomo que ya tenía el arriero.

El coronel Tadeo Silvestre acaba de reunirse con el presidente para conminarlo a que desconozca el resultado de la elección. Cosme Salcedo no debe asumir el gobierno. El presidente le ha respondido que someterá el asunto al Congreso y acatará sus decisiones.

—No cumple usted su palabra y he contraído compromisos. Mis hermanos y yo estamos dispuestos a intervenir. No olvide usted que Manfredo y Serapio tienen mando de tropa.

—El coronel Serapio Silvestre jamás será ingrato con quien le ha dado su confianza.

Tadeo Silvestre no se resigna a desempeñar un rol pasivo. Son muchos años de aventura, de riesgo, de escalar posiciones, de esperar. Los cuatro hermanos desesperan en esa angustiada incertidumbre. El poder llama con voces de sirena y ellos no tienen la inquebrantable voluntad de Ulises. El presidente les ha sugerido ausentarse ofreciéndoles una suma importante, con la promesa de considerar el asunto cuando cambien las cosas. Pero los coroneles no se conforman. Más aún, Tadeo es ministro de Guerra y le ha dejado un mal sabor la proposición. La conjura está en marcha, creciendo en la sombra, moviéndose siniestramente sin considerar las consecuencias que puede traer un golpe de estado. Serapio Silvestre manda el batallón que custodia Palacio y no le cuesta nada apresarlo al presidente y recluirlo en un cuartel. Y esa noche cumple su propósito.

Mientras tanto, las Juntas Preparatorias siguen trabajando en el Congreso y hasta allí llega la noticia del secuestro. Al mismo tiempo, la guardia ha sido retirada y en pocos minutos las tropas ocupan la plaza con orden de disolver a los representantes que huyen trepando a la azotea del edificio.

—Los hermanos Silvestre eran los pilares del gobierno —dice Bernal.

—Eso es cierto, —puntualiza Contreras— pero son insalvables. Tadeo no olvida que por tres veces ha sido ascendido a general y devuelto otras tres veces al grado inferior.

—No hay nada más peligroso que un tigre herido. La primera vez lo ascendieron porque tomó parte en el asalto de una ciudad. . .

—Y llegó a ser diputado. . . —se admira Contreras.

—Si, pero la política cambia como el viento. Después de una temporada en prisión. . .

—Lo recuerdo muy bien. Tadeo Silvestre fue víctima de un nuevo desaire. Lo despojaron del grado de general y tuvo que volver a empezar desde abajo. ¿Se lo imagina usted des-

cendiendo hasta soldado raso? “A la orden, mi General. . . mi Coronel. . . Mi Ge. . .”

—Es mala suerte Y así le sucedió en cada revuelta. Se pasó la vida cambiando de charreteras.

Los hermanos Silvestre habían tenido, en efecto, una foja de servicios y unas conductas muy accidentadas. Serapio y Manfredo se distinguieron menos que Tadeo y Mauro tuvo escasos méritos. Desde que abandonaron Majes vivieron una existencia insegura, una inestabilidad que reflejaba de manera impresionante los avatares de la República. Alguna vez se les acusó del delito de flagelar a un alto jefe del *Pichincha* a quien le dieron doscientos azotes y a un modesto celador que fue humillado con igual castigo. Se les enjuició por esos delitos, pero en estos días en que Tadeo Silvestre se ha proclamado dictador poniendo en prisión al presidente han vuelto a ser personas importantes.

La situación ha ido agravándose y el efímero gobernante ha cometido su primer error al ordenar el fusilamiento del Jefe de Estado depuesto en la misma celda en que estaba recluido. El pueblo se agita furioso hasta un grado que no registra precedentes. Las casas de los coroneles han sido saqueadas y destruidas, las manifestaciones son tumultuarias, hay barricadas en las calles y el candidato elegido corre a pedir protección en un barco. La cacería de los coroneles es implacable. Nadie se atreve a salir uniformado porque la culpa se proyecta a la institución misma. El odio crece como una tormenta y provoca en los vengadores reacciones de locura. No queda ya sino uno de los cuatro repudiados coroneles porque los demás han ido pagando, con altísimo precio, la imprudencia de soñar con el inseguro paraíso del poder.

—Están cortando en pedazos los cadáveres, —grita Contreras con la garganta seca.

—Dicen que a Tadeo Silvestre le han arrancado el corazón, —va y viene Bernal de la plaza al café.

—Está desnudo colgando de un farol y todo el que pasa le hunde un cuchillo.

Se escuchan disparos de lejanos rifles y el griterío llena las calles y los que tienen miedo cierran sus puertas y las igle-

sias están colmadas de hombres y mujeres que rezan. La muchedumbre quiere arrastrar los cuerpos mutilados hasta la jaula de los leones pero se lo impiden unos celadores a quienes milagrosamente ha respetado el pueblo, en recuerdo del humilde celador azotado por Tadeo Silvestre y porque esta insurrección contra los coroneles no comprende a los guardianes del orden público que son indios y mulatos, como usted y como yo, pero que no han podido evitar que las casas de los usurpadores sean sólo escombros humeantes.

El capitán desconocido no estaba lejos. No había tomado parte en la asonada y tenía su conciencia como la de un recién nacido en esa hora que no marcan los relojes cuando se extiende el desconcierto como una niebla y ya no se ven las caras ni sabemos a quién seguir ni en qué manos ha caído el poder. Al capitán montonero en jornadas que no compartió con los ajusticiados no le interesaba conservar el modesto grado y se despojó de él desde el día en que tomó parte en una insurrección desastrosa y no tuvo más remedio que huir para que durante algunos años no se hablara de su persona.

La noche de los coroneles incinerados llegó con su carabina y su Biblia hasta los portales de la plaza y conoció la intimidad de la muchedumbre cuando la miseria, el alcohol y la rabia despiertan sus instintos. Porque era la rabia de pueblo oprimido y ninguna otra consideración subalterna, como la que defendía teóricas demarcaciones territoriales y sistemas de gobierno de confusas ideologías, el sentimiento que la había comprometido en esa cacería sin precedentes en el acontecer de la desafortunada nación. El alcohol era el complemento necesario para cambiar una tragedia en fiesta. Y allí se quedaron vociferando en la plaza toda esa noche y el día siguiente hasta que alguien hizo descender esos cuerpos y les dio sepultura en el lugar que corresponde a los que mueren sin rostro.

Siguieron noches de pesadilla y arrepentimiento y las gentes piadosas se agolpaban en las puertas de las iglesias, ante los altares y congestionaban los confesionarios. Se había difundido la verdadera y dramática aventura de los cuatro coroneles y el pueblo sentía sobre su cabeza numerosa todo el peso del horrible castigo.

EN EL RECUENTO de los hechos que hacen Juan Bernal y Pedro Contreras, en la recapitulación definitiva el terrífico episodio se reduce al acto final. Tadeo Silvestre, el ministro de Guerra que había depuesto y ordenado la muerte del infeliz mandatario proclamándose dictador, sintió llegar hasta su despacho ese sonido que tiene el río en las crecientes y que sube de la multitud enardecida y con la decisión de figurar en el ancho mural de la historia. El arriero de Majes que quiso tercamente evitar que Cosme Salcedo asumiera la presidencia de la República intentó huir refugiándose en un cuartel y luego, con ropas civiles, trató de confundirse entre el pueblo caminando por calles apartadas hasta que fue reconocido cuando ya había logrado ocultarse en la farmacia de un amigo que metió al coronel en la pila de mármol de la trastienda. Hasta ese penumbroso rincón llegaban los amenazantes gritos de la multitud y luego la multitud en persona que derribó las puertas y descubrió el escondite y a Tadeo que fue descalabrado hasta quitarle la vida y arrastrado con todas las graves heridas imaginables y con su propio sable le abrieron una zanja entre el hombro derecho y la cadera izquierda simulando la banda que llevan los presidentes y que el incipiente dictador no llegó a ceñirse.

En la mente del coronel Mauro Silvestre germinó una idea pueril y compró insignias doradas y quepis con el galón de alferez y preparó despachos en blanco para llenarlos con los nombres de veinte sargentos amotinados que serían automáticamente ascendidos a esa primera clase de oficiales que es como iniciar el camino tentador del mando supremo. En esa maleta de Santa Claus había además abundante dinero para ablandar posibles resistencias porque Mauro estaba educado en esos trámites de gentes venales y se fue entonces a la estación del ferrocarril que iba al puerto y se acomodó sin hacer ruido con su equipaje corruptor en un vagón y de pronto empezaron los gritos que llevaban las sílabas de su nombre y quiso también huir como Tadeo y unos mendigos se acercaron con la mano tendida y él disparó su pistola y sonaron otros

disparos y Mauro cayó irremediablemente herido y ahí fue la masacre del segundo coronel desnudo y acribillado y pisoteado hasta que alguien se lo llevó a la iglesia que está detrás de la estación del ferrocarril y estuvieron velando esa piltrafa hasta que lo sacaron de la protección sagrada y lo que quedaba del insurrecto fue a dar a un farol de la plaza donde estuvo balanceándose al lado de Tadeo porque el asesinato del presidente depuesto era un crimen que reclamaba un castigo ejemplar.

La circunstancia de comandar el batallón acantonado en el Palacio no era impedimento para que el coronel Serapio Silvestre tuviera una panadería en la calle lateral sino algo perfectamente lícito porque de sus hornos salían el pan candial y el de munición que consumían los jefes y empleados y la tropa de la casa de gobierno. La mañana de los hechos lucuosos salió Serapio con su batallón porque Tadeo ya había corrido a refugiarse y para qué quiere usted que cuidemos el Palacio si ya no hay a quien proteger y el tercer coronel se fue a los Castillos del Real Felipe y ahí murió combatiendo porque valiente era sin lugar a dudas y enterraron sus restos en el cementerio del puerto y de ahí lo acomodaron de nuevo en una carreta que llegó por la noche hasta la plaza y de su panadería eran las artesas y los mostradores y la leña de algarrobo con que encendieron las hogueras atizadas con las largas cucharas y las palas del panadeo y en ese infierno estaban los cuerpos sometidos a la acción purificadora de las llamas.

Manfredo consiguió escapar pero con los cadáveres de sus hermanos hubo actos de antropofagia entre el estrépito de espantosas músicas y el aguardiente enloquecedor. De las torres de la catedral fueron las víctimas arrojadas al atrio y ya no regresaron a los faroles sino al fuego y así que pasen los días Santiago Valdecabras volverá a su mundo del ayahuasca y es posible que se presente el problema de la sucesión pero ocurre que don Cosme Salcedo es el gobernante elegido en el sufragio que desató la tragedia y tampoco puede haber convocación plebiscitaria alguna ni nuevas juntas militares y de civiles o mixtas que en el pasado solían durar semanas o pocos días y con frecuencia algunas horas y todos hablaban un

lenguaje diferente en una tumultuosa babel que provenía de los hechos vituperables que acaban de ocurrir. Y existían los que de ningún modo hubieran aceptado el gobierno por la inseguridad que traía aparejado el asumir culpas ajenas y ordenar ese maldecido caos. Juan Bernal y Pedro Contreras están convencidos de que algo urgente es necesario hacer.

—Siempre fue así en este pueblo —comentó Bernal.

—Con esta son sesenta y cuatro revoluciones, —recordó Contreras.

—El gobierno del general Inocencio Segoviano duró dos meses.

—Y el de Benito siete semanas.

—A Diego Venerable no lo aguantaron ni una semana, —dijo Bernal.

—Tres días estuvo en el Palacio el coronel Malagón.

—Catorce horas sesteó en la silla el doctor Orestes.

—Con la mano sobre la Biblia —silabeó Contreras— mataron al general Nicomedes Baronio.

El golpe de estado era una institución consagrada por la costumbre y el número de gobernantes desaparecidos en forma violenta alcanzaba cifras pavorosas. Se había dado casos de derrocamientos en pleno campo de batalla y otras veces la casa de gobierno permaneció cerrada durante angustiosos interregnos y el Ejército debía resguardar las ciudades. En cada provincia deliberaban los jefes en las comandancias bebiendo y fumando hasta que llegaba el amanecer sin que el *ma-remagnum* pudiera resolverse.

En esos borrascosos dólmenes penosamente contruidos en una república inestable y epiléptica el pueblo seguía esperando. Y mientras esperaba se divertía en los coliseos de gallos, en las excursiones al campo donde se hartaba con chocos y lechones y camotes asados en piedras calientes, armando tumultuosos nacimientos en diciembre o acompañando con flores, cirios y sahumeros multitudinarias procesiones. No duró mucho esta vez el vacío de gobierno y se instaló un consejo transitorio antes de entregar el mando al doctor Cosme Salcedo.

DENTRO DE ESE PARENTESIS apareció la figura de Santiago Valdecabras. No recordaba nadie ni él mismo los días en que consumía leguas en la Cuesta del Viento ni cuando se presentaron dos mil quinientos negros para servir a la patria y se formaron seis compañías y los esclavos abandonaban el servicio de sus amos y había una tropa selecta de jóvenes robustos y la compañía de *Granaderos* era lo mejor que podía ambicionarse y el poderío de los ejércitos se quebraba frente a esas fuerzas sin formación de línea y un día de las vísperas de la Independencia veinte hombres evitaron el paso de un millar de soldados realistas y en las jornadas por la costa a veces de dos días y medio a caballo se avizora la fatiga de sus desplazamientos agobiados por el calor y el hambre y en una de esas marchas el alcalde del pueblo llevará vasijas de agua a los guerrilleros desfallecidos en el arenal que cuidan sólo de evitar los llanos para no sufrir descalabros como acaeció en las montañas de Rancas y el mayordomo de una hacienda condujo al enemigo por planicies donde no podían operar las galgas. Y así lo dice el historiador del futuro, cuyos juicios recogemos al pie de la letra o muy cerca de lo ocurrido en el tiempo real, porque en una situación semejante se ha visto Santiago Valdecabras que nació esa noche y se fue por los caminos buscando la huella de los montoneros y se incorporó a ellos ya bien entrada la República y entonces las guerrillas se enfrentaban a otros caudillos y todo es un solo y fabuloso fresco de jinetes y ponchos y escopetas y morrales que renacerá en la apostura de este capitán endurecido que llega de la Cueva del Viento y pasará por la misma sed y las jornadas interminables y en el curso de sus marchas abrumados por el clima acampan al raso y se sostienen con alimentos mínimos casi sin pan para el camino y sus jefes reclaman para ellos coca sin la cual no pueden subsistir y tabaco y jabón y vestimenta y otros memorialistas nos han dejado el retrato subyugante de esos paladines de abigarrada indumentaria y los jefes siguen pidiendo incesantemente ponchos o pantalones de cordellate o jerga acudiendo a la ayuda de los pueblos. Y una de esas noches en la Cuesta del Viento aparece Santiago Valdecabras haciendo lo mismo que los precursores aunque no figu-

re su nombre en los despachos porque es un hombre sin tiempo y esta historia es la reflexión de lo vivido y lo soñado sobre un extenso muro de auténticos fantasmas.

Porque ha llegado ese minuto inesperado en que el acontecer va diluyéndose, haciéndose nebuloso e impreciso y aparece el tiempo alucinado, el mundo imaginario de la ayahuasca. Lo verdaderamente increíble es la aceleración del cambio, lo vertiginoso de los acontecimientos, la visión distorsionada primero y, más tarde, casi inmediatamente, transformada en otra que conserva algunos perfiles de vivencias legítimas y empieza entonces la fusión hasta integrarse en unas imágenes que no se podría asegurar si debemos confiar plenamente en su existencia.

El brujo había preparado su mejor cocimiento y esa noche en que Santiago se quedó en la cabaña rodeado de monstruos y colores inconcebibles cambió violentamente la visión de la República convulsionada por los recalcitrantes militarismos y las indecisiones de los juristas y la corrupción total de una sociedad insensata que era urgente reemplazar por otra mejor. ¿No es cierto que esta es la auténtica república de las imponderables utopías? A Valdecabras se le borra el nombre real de su nación y le suena en los oídos otro diferente pero cargado de esencias ancestrales. Esta es la República de Jora. “Pero, señor. . .” “Le he dicho a usted que los faroles han sido puestos ahí para iluminar la plaza y no para colgar cadáveres”. “Pero, señor. . .”. “Usted ha profanado las torres de la iglesia que han sido construidas para que las campanas anuncien los oficios y las fiestas y no para izar impunemente y con sadismo desconcertante cuerpos de infortunados coroneles”. Es verdad también que tenemos cincuenta años de guerras civiles que son, con lenguaje más exacto, choques militares y les llamamos civiles porque la crónica tiene pasión por los eufemismos y lo que interesa no es el rostro sino la máscara. “Pero, señor. . .”. El ayahuasquero ha llenado otra mocagua y lo que viene después sale rigurosamente de sus manos y crea la verdadera historia de la República de Jora.

Santiago Valdecabras no percibe que ha entrado sigilosamente en los dominios de un mundo irreal, en sus veredas y encrucijadas, en sus orillas neblinosas, en el suburbio recién-

dito del sueño. Si le ocurre algo que podría ser definido diríamos que la suya es una claustrofobia y que, por esos senderos, sería posible irse caminando hacia la liberación absoluta. Pero le ocurre todo lo contrario y en su alucinación traslada su angustia de sentirse encerrado y le suprime al territorio sus mares, su salida, su libertad. Su claustrofobia se desplaza hasta compenetrarse con una realidad física inabarcable. Todo está incomunicado y recluso. Las cosas y los hombres, los árboles y las colinas, el alba y el ocaso, ayer y mañana, el silencio y el zumbido persistente del tiempo ven limitadas sus posibilidades de evasión, a la inversa de lo que esperaba de esa misteriosa soga de los muertos que lo ata en lugar de indultarlo de las prisiones ordinarias de lo virtualmente existencial. Y contempla, desde esa esfera sin señales horarias, un país diferente en el que se ve a sí mismo desplazándose y actuando como uno de esos montoneros del alba que se encontró de pronto en un sillón de alto respaldo y un dosel de granates densos y una servidumbre prevista en códigos jamás escritos.

II

Anécdota del tiempo alucinado (Scherzo)

HABIA CONSEGUIDO ENCABEZAR el Consejo de Estado por uno de esos golpes de audacia en los que no tuvo tanta suerte el bandolero Jeremías, un mulato que entró a la Casa de Gobierno porque no había guardias en las puertas y cuatro facciosos ejercían al mismo tiempo el poder en cuatro regiones estratégicas de la república. Santiago Valdecabras hizo lo que Jeremías pero con una decisión mayor. En el convulsionado territorio todo podía suceder. Era un país relativamente grande si se le comparaba con los más pequeños y relativamente pequeño si se le ponía al lado de los países grandes. Esa relatividad se veía en grave manera comprometida y transformada en algo así como una cabeza reducida por los jíbaros cuando, a pesar del cálculo optimista según el cual dentro de los límites de la república de Jora cabían holgadamente tres naciones europeas, la verdad era que de su territorio había que descontar desiertos, quebradas, cordilleras y aun las impenetrables selvas donde siempre es de noche y el hombre no puede vivir sino en pequeñísimos grupos tribales que cohabitan, decoran mocáguas, túnicas y sus propias mejillas, comen yucas, falsas vacas y pescado y mueren en las riberas de los ríos, encogiéndose entonces el país a una extensión habitable que podía compararse con el principado de Mónaco.

Pero los jorinos no aceptaban ese razonamiento impertinente y seguían pensando que en la puna, en el arenal y en la devoradora selva la vida era perfectamente posible. El único que se dio cuenta de esa realidad invertebrada y, en conse-

cuencia, fácilmente controlable fue Santiago Valdecabras. Y una mañana lo encontró el pueblo gobernando el país. El congreso —reunido de nuevo— se apresuró a reconocer el hecho consumado y le ofreció hacerlo Jefe Máximo. Santiago se negó a aceptar. Después de largas, polémicas y calurosas discusiones acordaron los legisladores otorgarle el título de Conductor Supremo. Tampoco aceptó. Y de pronto, en medio del desconcierto que su obstinada negativa desencadenaba, Valdecabras volvió a disolver el Parlamento y se proclamó Caudillo de la República, consejo del maquiavélico Malaquías, un enteradísimo profesor de historia. Le había hecho notar que todos los otros títulos estaban desacreditados y percutidos, que numerosos gobernantes se hacían llamar con nombres deslustrados, en tanto que el de caudillo no se llevaba desde los días aurales de la república.

Santiago escuchó el sabio parecer de Malaquías y decidió asumir la plena responsabilidad del gobierno. Todos los poderes quedarían reunidos en sus manos, incluyendo los corrompidos tribunales con sus magistrados que llevaban una venda más impenetrable que aquella tradicionalmente ajustada sobre los ojos de esa matrona apócrifa que simulaba la austeridad e independencia de la Justicia.

Comprendiendo que la nación necesitaba hombres nuevos, el primer acto del Caudillo fue convertir el recinto del Congreso en un espacioso puericultorio. Y, donde habían perdido el tiempo los hechizos representantes del pueblo, se oirían pronto los prometedores llantos de los niños. “En cada escaño una cuna”, era el lema del visionario Caudillo.

Cacas era el pueblo natal del nuevo adalid; un lugar rodeado de alfalfares y agua rumorosa que caía en cascadas debido a la topografía propia de un territorio montañoso. El aire traía el rústico olor de las retamas y el clavel de las Indias era la flor nacional por elección de los caquenses, aunque el Consejo de Ministros no hubiera considerado oportuno pronunciarse. Los valles eran pródigos en esa extraña planta, menor que un arbusto, más bien pequeña y escuálida, que daba una flor amarilla sin belleza y desagradable al olfato. Decían que era la flor de la envidia, sentimiento al que ningún jorino podía sustraerse porque estaba en su naturaleza, en su

constitución orgánica, en su manera de ser individual y colectiva. Los campesinos la llamaban *Flor de muerto*, aunque algunos insistían, con vanidosa pertinacia, que se trataba del clavel de las Indias. Los disidentes observaban que sólo la envidia puede dar flores de ese color bilioso y funerario cuyos órganos de reproducción contaminan el aire y abren surcos en la frente y son como cicatrices en el entrecejo y en las comisuras de los labios. La *Flor de muerto* estaba en todas partes y el pueblo la regaba con orines para conservarle su color de uremia y su resistencia a las plagas. Abeja que se aproximaba a ella moría instantáneamente porque su jugo estaba emponzoñado y su color cegaba los ojos de los bullidores abejorros que se atrevían a mirarla de cerca. No podía el Consejo de Ministros, que acaba de organizarse, aprobar como símbolo la elección de una flor que representaba de una manera justa pero negativa la idiosincrasia de esa informe comunidad humana.

En cambio, el nombre del pueblo y la necesidad de ser sustituido motivó una sesión que fue una de las más constructivas de ese año en que habían ocurrido hechos notables que pasarían, no obstante, inadvertidos entre el aturdimiento del resonante cajoneo y las quijadas de burro con que se anestesiaba la mulatería.

— ¡Tumba! ¡Tumba! ¡Tumba! ¡Aaaaah!

Cacas era una palabra del idioma nativo que aparecía con insistencia en su pintoresca y poética toponimia. Se la encontraba designando predios agrícolas, comunidades, cordilleras y lagos. Escrita con K —*Kaka*— aludía al tío heredero de la madre, aunque eminentes lingüistas aconsejaban la ortografía de las lenguas aglutinantes y escribían entonces *Qa'qa*, que quiere decir peñasco vivo, porque eso era la región, una imponderable mole de granito y rocas de constitución basáltica en cuyas grietas abismales corrían ríos y medraban valles. La influencia del conquistador iconoclasta y destructor de otros testimonios de comunicación, como su elemental sistema contable, había hecho que esa doble letra Q de la fonética nativa que le daba su valor exacto al sustantivo desapareciera en siglos de corrompida gramática y la costumbre de escribir Cacas se convirtiera en ley.

En todo caso, el nombre recogía la tradición más arraigada de Jora, rica en manantiales salados de los que habían hecho los habitantes una valiosa fuente de ingresos por el procedimiento de la evaporación y otro símbolo de su adverso destino. Para compensar esa esclavizadora condición de país monoprodutor había desarrollado la industria singularísima de las curtiembres. El río de los Caimanes, que cruzaba la ciudad, era un río de lecho profundo como un canal de altas paredes, que nacía en la cordillera del Hanansuyu y seguía hasta el mar por ricas tierras de labranza que compartían con una nación vecina, región que los jorinos desearon siempre poseer, si alguno de los caudillos que se repartieron el gobierno hubiera tenido los cojones necesarios para intentar una aventura bélica. El río arrastraba más caimanes que agua. Aunándose a una orografía sumamente accidentada, ese desfiladero en el que navegaban centenares de saurios constituía una protección contra posibles invasiones. Los cazaban con arpones en una operación peligrosa porque era preciso izar a un caimán de seis metros y matarlo, después de atarle las mandíbulas, para hacer con su piel carteras, calzado, cinturones y monturas, alcanzando niveles de producción tan altos como los de la industria de la sal.

El escudo nacional estaba dividido en tres cuarteles, por disposición estricta del Caudillo: dos en la parte superior y uno en la inferior. En el superior de la izquierda se veía una mazorca de maíz con el que se preparaba la célebre chicha de Jora; en el de la derecha había una montaña coronada de sal simulando un nevado; y en la parte inferior campeaba la figura grácil, curvada y casi femenina de un sonriente caimán.

EL INCREIBLE MINISTRO SIN ERRES

En la memorable sesión que los escribas trasladaron al diario del gobierno de don Santiago Valdecabras y que, afortunadamente, se ha conservado en el Archivo Nacional y en las prestigiosas páginas de "El tiempo de Cacas", constan las palabras del ministro Prontuario Ergástula, transcritas y corregidas en limpio idioma porque, aunque el ministro tenía frenillo, esa membrana que no permite desbocarse a la lengua, era defecto apenas perceptible ya que, gracias a una disciplina sólo comparable a la de Demóstenes, había logrado Ergástula componer discursos de antología. Su mérito era mayor que el del célebre ateniense de las filípicas porque, en vez de colocarse piedrecillas bajo la lengua, que no le hubieran servido para nada, el ministro omitía en su oratoria las palabras con erre y conseguía que el incordio lingual pasara inadvertido. Así, en lugar de empezar sus discursos con el nominativo "señores" lo hacía diciendo "amigos" y al dirigirse a los demás consejeros empleaba el término "colegas". Lo importante era desterrar la letra erre.

La noche que se acordó modificar el nombre de la ciudad el ministro, hombre de poderosa imaginación, fue el encargado, por unanimidad, de defender el proyecto. Estaban presentes todos los redactores de los órganos de información —"El tiempo de Cacas" era el único diario— que no hacían falta porque aquí la existencia transcurría sin noticias que alguien pudiera ignorar ni incidentes dignos de perpetuarse, salvo aquellos que emanaban de la acción progresista del gobierno

y que unas pocas publicaciones eventuales difundían, recibiendo una muy justa compensación pecuniaria por parte del organismo que tenía asignada la propaganda oficial. Acompañaban a los escribas, con el exclusivo propósito de asesorarlos, las secretarías de los secretarios, los maestros del sistema lancasteriano recientemente adoptado, algunos historiadores, filólogos y encargados de tener al día el archivo que guardaba el tesoro invaluable de la nación.

Prontuario Ergástula acató la voluntad del Consejo, se puso de pie, se estiró los faldones de la levita, se acomodó los órganos genitales que se le habían pasado a la pierna derecha del pantalón, se alisó la caudalosa melena, desató sonoros crujidos con las falanges, carraspeó, esperó que hubiera un silencio completo y dijo:

“Colegas: El asunto que motiva esta sesión y a la que asisten eminentes invitados es digno del consenso público si pensamos que atañe hondamente a toda la comunidad de Cacas”. (Aplausos frenéticos de la concurrencia como premio a la suma habilidad del ministro que no había empleado en su exordio una sola erre). “Y atañe —continuó diciendo— a los que aquí hemos visto la luz, gozado, padecido y batallado en la defensa de cada pulgada del país, si meditamos en la significación que tiene Cacas en el pasado y en la continuidad de su espléndida existencia”.

Nuevos y atronadores aplausos interrumpieron la exposición del ministro.

—¡Admirable! ¡Admirable! ¡Admirable! —repetía el director de “El tiempo”.

—Si me lo cuentan, no lo creo —comentaba un enjuto juez que tenía enorme prestigio como orador forense.

—Es un don del cielo, un don del cielo, un don del cielo —reiteraba hasta el infinito una maestra.

Ergástula tuvo tiempo para organizar sus ideas, aguardó que se restableciera el silencio y prosiguió: “Y ese motivo sustancial que alude a los fastos de este pueblo, a su vida por mil conceptos digna de alabanza en la extensión de los siglos, es el de la designación misma de este pedazo justamente encomiable del suelo nativo. Sí colegas y amigos, la toponimia

de Cacas se nos antoja inconveniente y los distinguidos académicos que nos acompañan en este acto solemnísimo saben que esto es indiscutible. Indiscutible y posible. Algo así como el *nihil obstat* de las publicaciones eclesiásticas. . .”.

—No me parece bien que el señor ministro meta a la Iglesia en este asunto —deslizó el padre Hisopo en el oído de Avicena.

—Es sólo una metáfora —creyó prudente aclarar el boticario.

“Sofisma inadmisibile —continuó Ergástula— es el que nos impone la sumisión a cánones anticuados en los que la filiación legítima de este pueblo se debilita y esfuma y nos delega sólo el aliento de algo que fue y ya no es. Dejarme que os diga, vivamente convencido de la autenticidad del momento que estamos viviendo, que esta obligación común nos une con más sólidos vínculos al concepto incommovible de nación y la comunidad que habita en ella identificada con sus lejanos aunque palpitantes símbolos que le dan la imagen de algo que no es semejante sino a su identidad inalienable y única. Y la designación de esta ciudad no se concibe ajena a quien tiene en sus manos el destino de su existencia misma y es el elemento aglutinante de una sociedad que le debe todo, desde su nacimiento hasta su actual indiscutible estabilidad. . .”.

El ministro sentía que le faltaban las palabras, que divagaba, que no podía entrar a fondo en el tema, que esos rodeos le limitaban importunamente el lenguaje. A pesar de esas incómodas trabas, Prontuario Ergástula decidió no hacer concesiones a su diáfano pero evasivo discurso. La ciudad necesitaba una denominación distinta, pero ¿cómo mencionar la república de Jora sin exponerla al riesgo de su frenillo? ¿No equivalía a manchar su limpio pasado y su propia y encomiada pieza oratoria? Haciendo un esfuerzo más, se atrevió a decir: “Cacas no acepta ese vacío en su toponimia. . .”.

Los asistentes comprobaron con asombro la nueva victoria del ministro.

—¡Bravo! —insistió una voz—: Así se habla!

Entonado por esa aprobación, Prontuario siguió refiriéndose a las bellezas de la región, a las virtudes de sus pobla-

dores, a su inteligencia y a su terca personalidad consubstanciada con el símbolo de su flor nacional. Pero el circunloquio se prolongaba de manera inconveniente y un historiador había bostezado varias veces sin abrir la boca mientras otros se esfumaban de puntillas tratando de no ser advertidos. Era necesario terminar. ¿A dónde iba el señor ministro? ¿Qué pretendía proponer? Lo que había dicho era del dominio público. Se está haciendo tarde y en una consola, prisioneras en un jarrón de greda, unas flores se marchitan ojerosas y frías. Ergástula volvió a meterse los dedos en las ingles, tomó un trago de agua, rompiendo el silencio con el gorgoteo del líquido al pasar de la garrafa al vaso, barrió con la mirada a la concurrencia, se ajustó el nudo de la corbata. Tosió y tosieron varios.

“Sí, colegas y amigos míos —se desahogó finalmente—: pido que el pueblo natal del eminente estadista que ha asumido la defensa de la nacionalidad modifique su antigua denominación adoptando una más identificada con su significado actual. No es posible que Cacas siga siendo Cacas, a secas, como un peñón innominado y sin fama. Desde hoy en adelante, en homenaje al estadista máximo, al caudillo sin tacha, pido que este pueblo se llame Santiago de Cacas”.

Un sonoro torrente de aprobación recorrió la sala. Se cruzaron comentarios entre los asistentes y habláronse al oído los envidiosos. Se hizo de nuevo el silencio y unos ladridos llegaron desde la calle solitaria. Sin levantarse de su asiento, don Santiago agradeció con una inmensa sonrisa la proposición que él mismo le había insinuado la noche anterior a su ministro. Y el rostro del gobernante, iluminado por esa distensión que más parecía una mueca, obligó a los presentes a ponerse de pie con gran alboroto de mobiliario y desfilar ordenadamente para tener el privilegio de abrazar al prócer que, en un rasgo de generosa solidaridad con su pueblo, había consentido que se bautizara con su nombre a la ciudad.

ASEGURAN PERVERSOS cronistas de la oposición que nada de esto ocurrió y llevan su mezquindad a decir que ese ministro

emancipado de la letra erre no existió jamás porque nadie ha podido nunca hablar sin erres y que toda esta extravagancia es tan inverosímil como la que cuenta que el himno de la república se cantó con lágrimas esa noche y que era una sensual invitación a la embriaguez porque afirman —odiosa calumnia— que su letra decía: “Chicha, chicha, chicha, patriotas cantad / la inefable dicha de la libertad. . .” irreverencia inaudita en un pueblo sobrio y enervado al que no se le recuerda como la República de Jora sino con otro nombre que figura en cartas geográficas y enciclopedias aunque probablemente tuvo asentamiento entre altísimas montañas de donde persona alguna podía salir ni siquiera los ministros que, además, —corría entre los ancianos el malévolo infundio —para hacer más inicua la patraña, se apellidaban todos Valdecabras, nombres sustituidos por el pueblo con la complicidad de notarios venales, misteriosamente desaparecidos y saqueados sus archivos, para que no se pudiera hurgar en el laberíntico pasado de los Valdecabras y eran todos los ministros sus hijos ilegítimos en distintas y olvidadas concubinas y la gente ignoraba ese fabulario y había resuelto identificarlos por su función y responsabilidades en las complicadísimas tareas de los negocios públicos.

De este modo, al de gobierno —llamado también ministro de Iniquidades porque estaba allí para impedir las— cuyo nombre era Elsiario Valdecabras, lo etiquetó el pueblo como Prontuario Ergástula —el del notabilísimo discurso— considerando que de su autoridad dependía recluir a los malos ciudadanos donde en tiempos antiguos se pudrían los esclavos. Y así ocurría con los demás y Medardo Valdecabras, coronel de caballería y ministro de Guerra —mejor conocido como ministro de Montoneras— se convertía en Dardo Corvejón —parte de la caña del caballo donde se dobla la pierna— y Ovidio en Ofidio Denario, a quien llamaban ministro de Coimas desde que su padre el Caudillo —cuya identidad inexplicablemente desconocían todos— le encomendó organizar y disponer las finanzas del estado. El único que pudo conservar a medias inalterable su nombre de pila fue Eolo Valdecabras, que pasó a ser Eolo Gérmenes, ministro de Epidemias, ya fueran del hombre, de los animales o de las plantas, y porque

así cuadraba a los oscuros intereses de quienes imaginaron esta insidiosa transmutación. No nos olvidamos de Onagro Présbita —Almagro en la leyenda de los Valdecabras— bautizado con suma perversidad como ministro de Incultura para significar sus alcances en el manejo de la educación pública, obligada como estaba a respetar el prestigio de las letras, sin las cuales no podrían sustentarse las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y están sujetas a ellas y las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados, según pontifica el maestro Malaquíás que se ha aprendido de memoria un curioso discurso encontrado en un viejo libro sin tapas que nadie sino él sabe a quién pertenece y donde se demuestra que es más fácil premiar a dos mil letrados que a treinta mil soldados —como en los años de las montoneras en que unos patriotas arrojaron de esta tierra al invasor y luego casi se arruina el Tesoro— mientras alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigiliás, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas a éstas adherentes.

Cuando terminó Malaquíás de hablar deslumbrando al grupo de escribas y secretarias de los secretarios ya el Consejo había aprobado, sin abstenciones, la luminosa ponencia de Ergástula y por lo tanto la capital se llamará desde ahora Santiago de Cacas en honor de su benefactor excelentísimo, el gobernante sin par.

NOCTURNO DE LA MARIPOSA Y EL SANDALO

El Caudillo despertó temprano. Vivía en una quinta de las afueras que en tiempos coloniales no muy precisos pero evidentemente lejanos había pertenecido a los marqueses de Torre Antigua, uno de esos títulos confundidos en una maraña de pregonados blasones. La casa pasó por las manos de diversos dueños hasta que, en un lamentable estado y rodeada de enfermos frutales y maleza, la tomó don Santiago en enfiteusis al último propietario que falleció poco después *ab intestato* y sin que se presentaran herederos a reclamarla, luego de los edictos hechos públicos por el juez en los lugares y plazos exigidos por la ley.

El amanecer turbio y achacoso de invisibles bacterias fue entrando por rendijas de ventanales con ecos de ladridos y pisadas de abúlicas acémilas. La habitación es pródiga en ociosos rincones: una peinadora con un alto quinqué, consolas de mármol y, en una de ellas, en madera policromada, la Virgen de las Vicuñas, llamada así porque se apareció en una loma en medio de un rebaño de vicuñas acosadas por indios abigeos, sembrando el pánico entre sus crueles perseguidores. Y había en el dormitorio alacenas con yerbas medicinales, amuletos y frutas secas, bancas fraileras y un armario de tres espejos frente al lavabo de ónice con una jarra muy barroca dentro de su palangana que tiene orlas de angelillos y guirnaldas azules y un alto lecho con dosel y cortinajes de brocato y sobre una mesilla un grueso volumen jamás abierto que

encerraría nadie sabe qué aforismos, oraciones y recetarios escritos en un estirado pergamino con las aureolas del agua que viaja escondida en el aire. Al lado, un pequeño libro que explica la ciencia de Albucasis cuando logra la aglutinación de las heridas en el bajo vientre aplicando hormigas gigantes que atenazan los bordes con sus mandíbulas al ser decapitadas anticipándose en varios siglos a las suturas.

Contiguo a la alcoba estaba el cuarto de los regalos de los pueblos al conductor de su destino: barcos confeccionados con cornamentas de toros que representaban el olvido del mar y el desafío a volver a mirarlo de frente alguna vez; medallas conmemorativas y placas con frases del más exaltado fervor; una abotonadura completa semejando ojos de caimanes y una esmeralda en la pupila de cada botón; una escultura de sal en la que se veía al Caudillo de cuerpo entero con una pierna adelantada como en las esculturas griegas primitivas de influencia egipcia y una espada en el puño levantado dando la orden de avanzar; pájaros disecados mirando cielos vacíos desde jaulas de ámbar erguidos sobre raíces con extraños nudos; retratos pacientemente confeccionados con plumas de colibríes y guacamayos, de berilos y piedras raras, de semillas y dientes de mono, de alas de libélulas sombreadas con antracita y tierras de colores.

Pero lo que sobresalía en ese santuario del servilismo y del mal gusto era el trono que los mineros del Hanansuyu le obsequiaron y que era una silla de alto respaldo con brazos apoyándose en dos crispadas garras de águila aprisionando una esfera. El trono estaba fundido en metales inexplicablemente combinados como el estroncio y el iridio amarillentos, el rutenio y el cobalto de tonalidades rojizas y el paladio que cubría gran parte del respaldo con su blancura de platino envejecido en escamas y meandros de la más insondable reminiscencia clásica. Y había, además, mesitas y banquetas de una sola pieza, espadines y bastones, sortijas con camafeos con el perfil del dictador y un gran escudo de la república de Jora repujado en cuero de caimán con el lema "Honor y Libertad", ofrenda de los condenados a cadena perpetua en Siquipacha. Y en medio de ese museo inmemorial, de ese maremagnum que hubiera envidiado El Bosco para su *Tríptico de las deli-*

cias, el señor de las Cabras contrabraceando bajo el velamen de las sábanas emitiendo ronquidos entrecortados y otros ruidos de su propio despertar biológico, dando fe de que se incorpora a la vida y el lento párpado de la noche se levanta como en ese escritorio de cortina donde una vez se quedó aprisionado un ratón cuya podre propagó un desesperante olor imposible de localizarse, hasta que oliendo, oliendo por los rincones, criados, guardaespaldas, vinientes que siempre acuden deseando, más que sospechando desgracias, el ministro Eolo Gérmenes y el mismo don Santiago, se supo de dónde provenía la intolerable peste y fue preciso desarmar el escritorio de cortina y se encontró retóricas proclamas y decretos desechados, sentencias de muerte no cumplidas, cartas de amor que parecían inspiradas por Abelardo y Eloísa y al ratón cubierto de gusanos de un precioso rosicler, como el que no se verá en esta aurora en que el caudillo sigue contrabraceando bostezante hasta casi trabársele el recio maxilar.

Holgadísima la alcoba de la casa de campo como para dar cabida al sueño de don Santiago que duerme sin compañía porque su celibato se ha repartido incansablemente en los innumerables lechos que desde sus años mozos le aguardaron a la hora de la siesta cuando fue procreando los cincuenta y dos hijos que le dan derecho a que se le reconozca como el indiscutido padre de la república.

El hombre se deslizó de la cama suavemente, metió los pies en las pantuflas y el resto de su cuerpo en la bata de felpa que tenía siempre a mano porque esta era una tierra sísmica y don Santiago no arriesgaba jamás. Tenía prohibido que le despertaran y todo el mundo guardaba silencio hasta que él disponía que acababa de amanecer. Entonces era el ajeteo como si fuera el primer día de la creación. Antes de abandonar la alcoba se había mirado en el espejo del armario de tres cuerpos peinándose con los dedos la cabellera gris y sacando la lengua bajo el bigote tupido para ver cómo andaba el estómago. A pesar de algunos excesos, llevaba bien sus años. Puso agua en el lavatorio y se mojó las manos. La noche ensucia las uñas. Deja unas finas huellas de su rondador hollín que busca los apretados intersticios y allí se que-

da dormida también la tiniebla y hay que despertarla con el auxilio de cuchillos y herramientas delicadas.

El agua estaba fría y se inclinó para enjuagarse el rostro. Tenía unas anchas y blandas espaldas donde la noche anterior había hecho que le aplicaran ventosas empleando esos pequeños vasos verdes que se compran con el propósito de tomar el vino dulce de una botella que nunca nos decidiremos a descorchar. No sentía ya el malestar del enfriamiento y se miró en los espejos del armario los círculos coralinos que le dejaron las ventosas en la piel. Le agradaba comprobar que en esos túneles ópticos de los espejos de ambos muebles en los muros opuestos de la alcoba se repetía su imagen hasta el infinito como si en esa falsa multiplicación estuviera prefigurándose su perdurabilidad. Esta ilusión le compensaba de los descaecimientos del ánimo porque despertaba algunos días deprimido y exhausto, con el disgusto de retornar del sueño después de haber sido fusilado.

CRUZÓ TROPEZÁNDOSE una azul mariposa envejecida, con las alas ajadas; una mariposa que había alcanzado una edad inverosímil sobreviviente de ahumados quinqués. La *taparaku* le llamaban los nativos porque era una mariposa crepuscular de mal agüero.

—Sin presupuesto nunca ha sido posible gobernar, salvo los sátrapas persas y los jefes victoriosos en los imprevisos repartos del botín —exhibe sus conocimientos Ofidio Denario que acompaña al Caudillo en la mesa sobre la terraza que da a la huerta.

Le expone el estado de las cuentas durante el último ejercicio, el equilibrio necesario entre ingresos y egresos, el juego de la tributación que permite el desarrollo de las obras públicas y el cumplimiento de las promesas condicionado, claro está, a las posibilidades del erario.

—Sólo el puericultorio —subraya— hace desaparecer la cuarta parte del Tesoro. Ya lleva cinco años y sigue creciendo.

—Más consumía el parlamento —replica don Santiago, defendiéndose, porque fue suya la ingeniosa idea, de la posible intención de su ministro de Coimas.

La idea no es mala; pero es preferible no dejar constancia de ciertos gastos indispensables y privados. Por lo demás, nadie en todo el territorio se atrevería a cuestionar la conducta del gobernante cuyas propiedades —exceptuando la quinta que le cayó del cielo— le han sido generosamente ofrecidas por donaciones personales en retribución de servicios útiles a la comunidad y casi siempre con el espontáneo aporte popular. ¿No están ahí, como testimonio elocuente, la estatua de sal, los bellísimos pájaros disecados y el trono de metales inconcebibles? Tierras, rebaños, inmuebles y una corte de servidores negros, todo lo que posee, está respaldado por la gratitud de los jorinos hacia el guía, ejemplo y salvador eminentísimo de la patria.

“¡Salvador! ¡Salvador! ¡Que viva el salvador!”, gritaba la enfervorizada multitud en la plaza la tarde de su último cumpleaños en la fiesta de San Juan. El Caudillo agradecía desde una de las torres de la iglesia de modo que pudiera el pueblo contemplarlo mejor, si bien no podía escuchar las aclamaciones y algunos vociferantes agravios, tan ensordecido lo había dejado el furioso repicar de las campanas.

—¿Presupuesto? ¿Cuentas? ¿A quién debemos rendir cuentas? Eres un soñador, Denario. Acabas de comprar el latifundio de “Las cumbres” y no te he preguntado por el origen de tus ingresos. Después de todo —observa cínico don Santiago— quién nos dice si no hay entre tú y yo una posible aunque lejana vinculación familiar. No oculto mi simpatía por un Consejo de ministros cuya consonancia nos acerca y compromete mi afecto. Algún secreto designio nos une en esta empresa de reconstruir esforzadamente la república.

El ministro de Coimas no sabía a qué atenerse. Una íntima comezón, casi una congoja, le roía la conciencia. En efecto, Valdecabras y ellos parecían ramas de un común árbol genealógico y constituía una sospechosa circunstancia que él y sus hermanos tuvieran madres diferentes y ninguno conociera a su padre, un aguerrido montonero de las jornadas eman-

cipadoras en las que cualquier imprevista confusión podía ocurrir. Para evitar impertinentes conjeturas, él y los cuatro ministros preferían llevar los nombres que les había asignado la leyenda.

Desde "Las cumbres" se apreciaba el valle como lo ven los pájaros. El viento va esculpiendo bosques de mármol en las nubes que sugieren metódicas manadas de ovejas y dóciles oleajes, regimientos en caballos de algodón sobre explosiones de montañas, vírgenes violadas en el aire entre las alas de poderosos albatros. Es como un vuelo de horas insensibles, una morosa navegación en un mar imaginario y sus islas predilectas que bien podrían ser las de Ulises o el estoico mar de Gades donde Séneca humedece sus pisadas. Ascender hasta el más alto pico de "Las cumbres" es avizorar islas verdes con líquenes, jades y óxidos de monedas encontradas en tumbas de corales o en los tibios trópicos de lentos tiburones amputadores de piernas de piratas. El viento tallador de nubes llega diligente organizando encajes blancos.

EL CAUDILLO padece la nostalgia de lo que nunca tuvo sino demasiado tarde y ese paseo a las tierras de Ofidio Denario acentúa su incómoda sensación de planta sin raíces. Prefiere por eso quedarse solo en la quinta bien protegido, naturalmente, desde afuera. Recorre entonces la residencia de los marqueses de Torre Antigua donde el negro Ismael asegura que vive el fantasma de la marquesa. La sentía cruzar por el patio —aseguraba— dejando en el aire un perfume de esos que ya no se llevan. Ismael ignoraba muchas cosas del mundo, pero conocía historias de soledades de ultratumba y embrujamientos y relatos de perros negros en los que se oculta el diablo. Y esa señora en pena por los huertos y los salones de la casa de campo hacía traer el sándalo de la India y llevaba sobre sí el perfume como la aureola del profeta en el instante de la transfiguración. De lo que no estaba seguro Ismael era de la naturaleza del perfume o si sería simple hierbabuena lo que dejaba al pasar la marquesa porque él no era experto en esas exquisiteces y le habían contado que esos per-

fumes los llevaban las personas de alta alcurnia para no tener que bañarse en el invierno, justamente en los años en que la señora de la casa pasó a esa mejor existencia que consistía en discurrir por los patios y corredores con categoría espectral.

Don Santiago no había sentido ese misterioso airear del sándalo ni creía en el fantasma que unas veces, según Ismael, atravesaba el comedor y otras se perdía entre los limoneros de la huerta. Y decía el negro que arrastraban cadenas y que, pasada media noche, se escuchaban sordos golpes en el batán y entrechocar de vajilla como si en la casa estuvieran preparándose para una fiesta.

—*Pordiocito*, patrón, por estos ojos que se han de comer los gusanos, anoche no se podía dormir con el escándalo.

—Estarías borracho, Ismael; borracho como siempre, zambo embustero. Después de esta vida no hay nada.

—¿Nada, *miamito*? ¿Y la Virgen de las Vicuñas? Todos la vieron cuando se apareció cerca del molino del *Sorgo Negro*.

—De eso no estamos hablando. Una cosa son las vírgenes y otra muy distinta las almas en pena.

Ismael tenía razón. El fantasma de la marquesa existía y dejaba al pasar un extraño perfume y a la Virgen de las Vicuñas la vieron muchos, deslumbradora entre el rebaño, y por eso fue coronada Patrona Tutelar de la república. Más aún, Ismael no era el único que había escuchado, cuando daban las doce, los golpes en la piedra de moler y el arrastrar de cadenas de los condenados en el mundo escalofriante de la sombra. Dominga la cuarterona tenía también *ojos de ver* y cuando no podía dormir era en las noches en que ningún ruido alteraba el silencio.

—Anoche no hubo fiesta —dice Ismael.

—Anoche no hubo fiesta —repite Dominga.

—Ni pasó la marquesa.

—Ni pasó la marquesa. La habrán llamado los brujos. Tampoco cruzó la mariposa que es su ángel guardián.

—Dicen que tiene como dos siglos —calculó Ismael.

—Desde que murió la marquesa porque la *taparaku* nació el mismo día.

—Cuando sale atraviesa los desiertos y los mares.

—Yo nunca he visto el mar. Unos cuentan que es verde y otros dicen que es azul. No sé cómo es.

—No lo sabes, Dominga, porque esta es una tierra prisionera entre cerros, como el cangrejo ermitaño que vive dentro de una concha muerta vagando de un lugar a otro.

—¿Quién te ha contado esa paparrucha, Ismael?

—¿Paparrucha? La purita verdad. Me lo contó el maestro Malaquías que tiene sus libros. Dice que sobre la concha donde vive el ermitaño crecen unas plantas con brazos largos y con muchas bocas.

—El maestro Malaquías es como tú. No deja de soñar con el mar.

—No es sueño. A mi padre lo trajeron encadenado desde unos mares que cuesta varios meses atravesar. Y decía que cuando el agua estaba limpia, limpia, asomándose a un hueco del barco se veían bosques en las profundidades.

—¿Bosques en el fondo del mar? ¿Y no te dijo que veía pájaros? Nunca he entendido eso de que la rana cantaba debajo del agua.

—Y peces con alas y escamas que son lo mismo que plumas de metal. No encuentro diferencia entre un cernícalo y una piraña. Los dos son animales de rapiña.

—¿También eso te lo contó Malaquías?

—También eso.

Había oscurecido y Dominga fue a apagar el fogón. Ismael se quedó en la huerta pensando, solo. “Claro que una piraña no es un pájaro ni un cernícalo es un pez. Pero son voraces y comen carne”, discurría el negro. De pronto se alborotó el gallinero. “Ya está el *Carmelo* pisando”, se dijo con una sonrisa. El *Carmelo* cubría de noche a las gallinas, como si fuera un hombre, mientras los otros gallos dormían. En ese momento pasó la marquesa de Torre Antigua y el aire se llenó de olor a sándalo. Ismael la sintió aproximarse. Seguía la trayectoria del perfume como si fuera una luz, una sorpresa luciérnaga, un fuego fatuo. “Esas son las emanaciones del hidrógeno, Ismael” le había explicado Malaquías. “El fosforo de hidrógeno sale de los pantanos y de los cementerios. Es una pequeña llama que cruza veloz”. Y el negro le respondía:

“Este no es un cementerio ni un pantano. Es el alma de los muertos que está en todas partes”. El maestro insistía: “El alma de los muertos no es inflamable y el fosforo de hidrógeno, sí. Llámalo como quieras, pero ese fuego fugitivo indica que hay cuerpos que se pudren. Y nada más”.

Ismael no comprendía el significado de esas palabras porque él no había visto una luz sino sentido una presencia. La marquesa estaba allí, hablando con el lenguaje de su perfume. La imaginaba sigilosa y delicada entre los chirimoyos y los lúcumos. Pero no podía verla. Tal vez no convenía seguir hablando de eso porque los demás dudan y se burlan de uno. Malaquías no cree en el misterio y admite únicamente las cosas tangibles, lo evidente, la vibración de una voz. Como si no hubiera nada después de la muerte que no se pueda tocar ni oír ni ver. A Ismael no lo dejó convencido esa conversación que ahora recuerda. Para él un fuego fatuo es el alma de un ser que vaga y atraviesa las paredes; pero es también un aroma y una brisa.

La estela de sándalo se fue desvaneciendo y en el corral continuaban agitadas las gallinas. Se escuchó la voz de don Santiago:

— ¡Ismael! ¿Qué haces ahí como un árbol? ¡Ponle la traba al *Carmelo*, maldita sea!

El negro contestó entre dientes porque en ese mismo instante vio alejarse a la mariposa vieja y todo quedó en silencio. Pequeñas ráfagas movían las hojas. Dominga, la espigada mestiza, terminó de apagar las últimas brasas cubiertas de una ceniza lunar. El *Carmelo* saltó de su palo, se acomodó en otro más bajo y cantó destempladamente confirmando el proverbio según el cual todo animal se entristece después de amar, excepto el gallo, que canta. Luego se quedó tranquilo. El criado pensó que ya no era necesario amarrarlo a la traba.

— Acaba de pasar — le dijo a Dominga que volvía del fogón.

— ¿Y la mariposa también?

— También.

— Hasta ahora sólo se me ha aparecido la mariposa.

— Es que la *taparaku* está viva y la señora marquesa no.

¿De qué te sirve tener ojos que ven?

—Oigo los golpes y las cadenas y te juro que la veré antes que tú. Ya he sentido el olor del sándalo.

—De la hierbabuena.

—Lo mismo da. Es algo que llega con el aire. Lo que necesito es concentrarme. Te juro que la veré antes que tú. Lo que pasa es que debe faltarle tiempo. Los fantasmas han de tener su edad, recorrer y desandar lo que caminaron en toda su vida, crecer y dar frutos como los árboles. Algunos esperan años penando, sin sombra siquiera, hasta que les amanece y ya se les puede llamar apariciones.

Se diría que alguien estaba dictándole esas palabras, que no hablaba por sí misma, que estaba poseída. Ismael la escuchaba pensando que sabía más que él porque pudo ir a la escuela. Los angolas la respetaban. Dominga no había cumplido veinticinco años, era bella y esbelta y tenía los ojos verdes y la piel del color de las vicuñas. Su madre repartió sus amores entre un minero asturiano y un mercachifle de La Coruña, razón por la cual decía que era hija de dos padres a ninguno de los cuales conoció. Eso le daba prestigio entre los negros. Se encargaba de ellos, los curaba, les daba consejos, los defendía de los abusos del capataz. Atendía la casa, a pesar de haber una servidumbre numerosa. Algunos sospechaban que tenía algo con el patrón, pero nadie podía asegurarlo. Y, si así fuera, ¿a quién le importaba? Don Santiago era dueño de todo. De las tierras, de los árboles, de las montañas, de las quebradas y los ríos, del ganado y de los negros viejos, antiguos esclavos que no abandonarían sin nostalgia las chacras que a lo largo de los siglos habían regado a latigazos con su sudor. En cinco años de dictadura el número de los áulicos, de los turiferarios, de los prevaricadores, de los funcionarios deshonestos le oscurecía el horizonte, desfigurándole la realidad. Pero lo cierto era que su dominio iba debilitándose fuera de los linderos de la capital que llevaba su nombre desde esa memorable asamblea en que hasta "El tiempo de Cacas" acordó denominarse "El tiempo de Santiago", en una nueva y reiterada insinuación servil. Por extraño que pudiera parecer, su poder no se extendía más allá de los suburbios y algunas provincias vecinas. El resto eran feudos de terratenientes omnímodos y oprimidas comunidades y caciques sin

escrúpulos. Administrativa y económicamente el territorio se hallaba abandonado y sin recursos porque el tirano, como en las antiguas oligarquías, había vivido de espaldas a él.

Pero los pueblos olvidados tenían conciencia de su miseria y retumbaba como un latido ese germinar de rebeldías que no podía manifestarse por el temor a los fusiles y al confinamiento en las minas. Don Santiago había logrado imponer su voluntad de usurpador pero no pudo jamás apoderarse de la voluntad de los hombres.

LOS COMUNEROS DE URPICOCHA

Anselmo Páucar abrió los ojos y vio que entraba por las rendijas de la puerta el hilo escarchado del amanecer. Había pasado la noche sobre sus pieles de oveja arrebuñado en un mugriento y descolorido poncho. No acostumbraba quitarse la ropa y dormía con el chullo de lana encajado hasta los ojos y cubriéndole las orejas. La choza de adobes sin encalar conservaba el olor acre del humo y el aguardiente de caña de la noche anterior porque los comuneros de Urpicocha se habían reunido allí para deliberar. En un ángulo de la estrecha habitación se recostaba una antigua escopeta, el cántaro con los restos del cañazo, unas palmas secas de un Domingo de Ramos inmemorial colgadas de un clavo y el sombrero pringoso de su compadre Rosalío Encarnación, el último en irse tambaleante, tropezando y haciendo temblar los cacharros sobre la mesa rústica del comunero.

Anselmo Páucar abrió la puerta y todo el resplandor del nevado se le vino a la cara iluminándole las mejillas rosadas y tersas por el frío. Contempló despacio los cerros, los campos de verdes numerosos, el camino circundando la laguna, las retamas de flores ambarinas, el corral de piedras desiguales, la sombra de un pájaro que cruza veloz. Lejos se divisaban las primeras chozas del caserío de *Amachani*, palabra que significa salir en defensa de los demás y pacificar a los que riñen, actos humanísimos que jamás pusieron en práctica los propietarios de esas ciento cincuenta mil hectáreas

con doscientas mil cabezas de ganado lanar, cifras suficientes como para ser considerada la más importante finca agropecuaria de la región. A pesar de su despótico proceder, en los últimos tiempos y para evitar conflictos, los hacendados habían cedido veinte mil hectáreas de pastizales a los comuneros de Urpicocha, a quienes representaba Anselmo Páucar —el único que tenía altas botas con espuelas roncadoras— con plena autoridad en la solución de los problemas derivados del usufructo de las tierras que, en poco más de un año, habían agotado y ahora discutían su derecho a que los dueños de la hacienda les entregaran nuevamente una extensión igual.

Urpicocha es también una bella palabra. Quiere decir laguna de las palomas. Pero aquí los nombres tienen poco que ver con el comportamiento de los seres humanos y, si los amos y señores de *Amachani* no eran, en modo alguno, pacificadores y filántropos, tampoco Anselmo Páucar y Rosalío Encarnación tenían grandes virtudes que exhibir. Anselmo Páucar es un mestizo de carnes flacas y ojos brillantes y esquivos, piel cetrina y altos pómulos. Rosalío Encarnación es, por el contrario, grueso y pequeño, de rasgos indefinibles, mirada escondida entre los párpados y cabello duro y lustroso. Se entienden, acaso, porque son diferentes. Bajo su mansa apariencia se ocultan los cabecillas de una veintena de abigeos y asaltantes que empañan la imagen de una comunidad de varios miles de campesinos tradicionalmente humildes y ajenos a la existencia de esos facinerosos que salían con las primeras sombras y asaltaban a los indios arrebatándoles sus llamas cargadas de víveres y productos de la tierra destinados a las ferias de los pueblos distantes. Para darse coraje, los forajidos bebían largos tragos de aguardiente y en la embriaguez no sabían con certeza si habían salido en busca de las reuas de llamas o si era más práctico dirigirse a la casa-hacienda y exigir a los dueños la entrega de las otras veinte mil hectáreas que reclamaban invocando unos vagos títulos que, desde hacía mucho tiempo, no se encontraban en los registros públicos, si es que existieron alguna vez.

Una noche volvían del pueblo Rudecindo Laguardia, administrador de *Amachani*, el mayordomo y tres servidores más

de la hacienda, cuando advirtieron que unos hombres a caballo se movían entre los álamos y los eucaliptos del camino, con evidente intención de no ser descubiertos. “Disparemos primero, antes que ellos nos ataquen”, aconsejó Rudecindo. “Son los asaltantes de Urpicocha”, dijo el mayordomo. “Seguro, confirmó Rudecindo; por aquí andan merodeando desde hace varios días”. Se metieron entre los sembríos y sorprendiéndolos por detrás hicieron la primera descarga. El ataque fue violento y tres asaltantes cayeron junto a la acequia. Los demás (no se hubiera podido decir cuántos eran) huyeron haciendo algunos disparos mientras los tres caballos sin jinetes desaparecían en la noche con un galope desordenado y sordo.

Ya vendrán a enterrarlos mañana —comentó el mayordomo—, sin advertir que uno de los muertos era el fornido Encarnación, compañero de fechorías de Páucar que pudo salvarse.

Los asaltos continuaron y las víctimas se contaban entre los viajeros que iban al Hanansuyu o volvían de las minas con las alforjas repletas de metales preciosos o en carretas cargadas de sal.

Una noche reunió Anselmo a su gente y acordaron difundir en Urpicocha que los terratenientes de *Amachani* habían asesinado a tres inofensivos comuneros y que era necesario vengar esas muertes y que por fortuna tenían la fuerza del número y que si no lo hacemos ahora quién sabe cuántos muertos más habrá que contar. Claro que tenían pocas y anticuadas armas de fuego pero para eso estaban sus hondas y no permitirían nuevos abusos y esa misma noche fueron dándose la voz por los caminos despertando a los comuneros e infundiéndoles valor para hacerse justicia porque los hombres de Páucar lo tenían de sobra y las botellas de aguardiente pasaban de mano en mano y antes del amanecer estaban haciendo disparos y arrojando piedras y sobresaltando a los peones del caserío que no esperaban esa explosión de furia por parte de los campesinos de Urpicocha.

La gritería que se escuchaba desde lejos y la tardanza en llegar permitieron a los guardianes de la hacienda ir en busca de sus fusiles y contestar las primeras descargas de los

agresores parapetados tras de las tapias en tanto iban descubriéndolos las luces violáceas del amanecer. Hacía falta estar en el centro de la batalla, en el corazón de la algarada para sentir su tremenda pulsación, su estallido final; estar rodeado de esos hombres que esgrimían estacas y machetes y enmohecidas escopetas para comprender que estaban cargadas con un rencor ancestral. Un rencor que subía desde las tumbas profanadas, que se reconocía en los densos muros arruinados, que hablaba este idioma vociferante estremeciendo los caminos tortuosos y manchando el aire de intraducibles maldiciones.

Poco tiempo duró ese primer asalto y fueron retirándose resueltos a volver al día siguiente, sin sospechar que el coronel Dardo Corvejón había sido informado de la revuelta y una compañía de gendarmes a caballo está a dos o tres horas de camino y hay que castigar a estos indios de mierda y por ahí huyen rumbo a los cerros y no les dejen escapar y hagan fuego sobre esos malditos que perturban la paz de los campos y vaya usted a creer después en el cuento de la Laguna de las palomas, yo diría que buitres, y cuando terminaron su tarea quedaron tendidos centenares de comuneros engañados por Anselmo Páucar que otra vez se salva para acusar al tirano y seguir su misión redentora de asaltante que es una forma de entender la justicia aunque estén para siempre inmóviles los rostros iracundos del amanecer cuando aún estaban congestionados en ese choque desigual en que unos quieren arrebatárselos a otros lo que defienden porque es suyo y debajo de esa tierra ensangrentada están los huesos venerables de sus ancestros.

No terminó el conflicto en esos cadáveres abandonados y las tropas les quitaron sus ovejas porque eran parte de lo que habían robado los abigeos y encima los agobiaron con nuevas contribuciones y en cada planta crecía el parásito venenoso del tributo y ya no eran dueños de nada incluyendo su menuada existencia y ni siquiera de sus armas vendidas por los mismos soldados que tenían la misión de mantener el orden y así es el drama de las comunidades degeneradas en organismos enfermos de aislamiento y de miseria después de tantos siglos de incertidumbre frente a los pueblos dominado-

res que llegaron desde la montaña o desde el mar en distintas épocas con flechas y mazas o con lanzas y arcabuces ya fueran lampiños o con barbas y estuvieran desnudos o llevaran armaduras y los que venían de las montañas los aniquilaban haciendo rodar galgas enormes y los que aparecieron por el mar ignoto llenaban el cielo de explosiones y el pasado y el futuro que son infinitos hay que cargarlos en la ignominiosa cuenta del tirano que ordenó a las caballerías aplastar sin piedad a esa pobre gente y les vendió las armas para luego decir que eran fuerzas iguales y que la ley está del lado de los vencedores desde que fueron organizándose las tribus en tiempos remotísimos y conquistaron la tierra de los abuelos de los abuelos de los abuelos de Anselmo Páucar que ha huido y no vale la pena perseguirlo porque los comuneros de Uripicocha sienten en las entrañas las botas enrojeadas del sicario y las garras del aborrecido gavilán.

JUICIO Y TORTURA

La noche que se descubrió la gran conspiración don Santiago estaba por finalizar el despacho con su ministro de Montoneras, el coronel Dardo Corvejón, que no se había enterado, aparentemente, de nada. La puerta se abrió como empujada por un vendaval y la figura de Ergástula quedó inscrita en el marco. En el campanario de las Hermanas Nonatas acababan de dar las nueve, hora inadecuada para estudiar expedientes y firmar decretos, pero apropiadísima si convenía disponer de inmediato las medidas destinadas a desbaratar la conjura. Además, las tropas estaban acuarteladas y no era difícil movilizar los primeros efectivos.

—No tenía yo por qué saberlo, excelencia, —se disculpó el ministro, respondiendo a la mirada interrogadora del Caudillo.

—Las águilas no saben lo que ocurre en las madrigeras de los topes —ironizó el Caudillo.

—De todos modos, —habló Ergástula— no es imposible que haya muchos complotados.

—¿Quiénes, por ejemplo?

—La lista es larga, —intervino el coronel Corvejón. Hay campesinos y trabajadores de la ciudad; arrieros, vendedores de baratijas, esos que llaman buhoneros. . . ya me entiende. . . agujas, cintas, pasamanería, que son agitadores disfrazados. Se habla de un tal Páucar, Anselmo Páucar, un bandolero que anda oculto por las montañas.

—Y también algunos intelectuales subversivos y reclutas dados de baja —apunta Onagro Présbita que acaba de llegar.

—¡Eso es ridículo! —golpeó la mesa con el puño don Santiago. No se hace una revolución con bordadores de trencillas de oro y lentejuelas. Y en cuanto a esos escribas, no creo que haya uno solo capaz de apretar el gatillo de una pistola.

—El comandante Diosmeguíe ha sido visto con asiduidad sospechosa en la compañía del “Piesplanos”, —dijo Ergástula.

—Cubil de resentidos adiposos —completó Corvejón.

Así era, en efecto. Los ciudadanos inhábiles para ingresar al ejército regular se incorporaban a la compañía del “Piesplanos” desempeñando oficios diversos pero que constituían algo así como las fuerzas de emergencia. No había lógica alguna para prescindir de un combatiente potencial por el insignificante defecto de no poder tomar parte en los desfiles o hacerlo inclinándose ligeramente hacia adelante. Se les adiestraba entonces en los trabajos de la maestranza reparando las piezas de la artillería; en la zapatería, talabartería y sastrería; en la cocina y en la enfermería. Pero el cuartel del “Piesplanos” era un castigo. Preparar el rancho, rasquetear los caballos y hacer herraduras no constituía, de ningún modo, desempeñar funciones dignas de un soldado. De allí que en esa tropa con uniformes que eran, más bien, disfraces, hubiera siempre problemas de disciplina.

—La conjura está en el rumor de la opinión pública, —aclara Onagro Présbita.

—Aniquilemos la opinión pública, —se alisa Prontuario Ergástula el cabello. “El tiempo” es un medio eficaz.

—Tú quieres destruir lo que no existe, —dice el Caudillo. El pueblo nunca ha tenido opinión.

—Hablo de lo que va de labio a oído, de lo que se discute en las esquinas que es, en suma, la decisión de la multitud.

—Al pueblo no le interesa pensar, —descubre el ministro de Montoneras. Es demasiado trabajo. Ni hace falta que piense. Lo importante es el ejército y se ha venido mencionando con insistencia al regimiento de “Piqueros Verdes” que está bajo el mando de Rufasto Diosmeguíe.

—Conozco a Diosmeguíe, —comenta Ergástula. Es ambi-

cioso y audaz. Tengo entendido que también acude al convento de las Nonatas.

—Justamente, acaban de sonar nueve campanadas en la torre.

—Y son las ocho y media, — comprueba Ergástula con perspicacia sorprendente.

—Podría ser una señal, — levanta el índice Corvejón.

—Tal vez. . . — repite el ministro de Iniquidades.

—¡Que se ocupe inmediatamente el campanario! — pone punto final don Santiago.

Fijó la mirada por un instante en Prontuario Ergástula, meditó en lo que había insinuado sobre Diosmeguie, se levantó del asiento, dio un paseo por la habitación, se asomó a una ventana a mirar la noche, le dieron vuelta en la mente los conceptos de opinión pública, intelectuales, comuneros, descontento, volvió a ocupar su mesa, hojeó unos papeles sin leerlos y, hablando consigo mismo: “Las hermanas Nonatas tampoco son de confiar. Es una congregación donde se refugian las decepcionadas y las tardíamente arrepentidas. Mujer con la honra percutida se hace nonata”. Luego, alzando la voz, ordenó:

—¡Que registren el convento!

—Es de clausura, — susurró Corvejón.

—¡Que la violen!

Se rodeó el convento de las Nonatas y el comandante Rufasto Diosmeguie fue encarcelado porque bastaba con los indicios para saberlo comprometido en la abominable conjura contra un gobernante misericordioso al extremo de que a don Santiago sólo le faltaba una aureola para colocarlo en una hornacina en vida, cosa que ya podía considerarse como un hecho y, en todo caso, tenía un pie en el primer peldaño de ese altar mayor que era una reliquia del más endiablado churruigueresco salido de las manos habilísimas de Servato Miqueas, un artesano de los que ya no se encuentran, porque es preciso disponer de todo el tiempo que tiene un recluso para enfrascarse en esas tallas que ni el laberinto ideado por Dédalo superaría. Y así fue verdaderamente porque Miqueas encontró una noche a su mujer durmiendo junto a un desconocido y de diez puñaladas le extendió una cédula de identi-

dad como para que no se dudara que había recibido el más legítimo bautismo de sangre que Servato purgó con cinceles y buriles y otras herramientas entre las que estaba la del justo castigo de un miserable violador de señoras dormidas y así resultó ese retablo prodigioso al que poco falta para que ascienda el Caudillo tan lleno de virtudes que hasta milagros se le achacan pero que no está en sus poderes perdonar al conjurado siniestro bajo el celestinaje de unas monjas que no eran sino solteronas cansadas de esperar y por eso las rodeaban los soldados de la guarnición y el comandante fue a dar con sus huesos a la misma celda en que murió Miqueas lo que no significaba en absoluto que algún día pudieran salir de sus manos altares tallados como el que adornaba el norte devotísimo del templo de Nuestra Señora de las Vicuñas todo de una pieza como el difícilísimo párrafo que el jefe de informaciones de "El tiempo de Santiago" acaba de relatar al ministro de Incultura a quien le interesa profundamente la historia gloriosa de su nación.

TRAS UNA SUCESIÓN minuciosa de metódicas averiguaciones se llegó al convencimiento de que Rufasto Diosmeguie era culpable de intento de sedición y atentado contra la tranquilidad pública. El juicio fue tan sumario que, imparcialmente considerado, resultaba un monólogo del Fiscal. Si en los juicios ordinarios de los corruptos tribunales anteriores a la dictadura la justicia fue vilmente escarnecida, el fuero privativo se reducía a un grotesco cuestionario sin respuestas. Era una sola voz la que resonaba en el recinto: la voz estentórea del acusador. Aquiles combatiendo con el río en el poema homérico no hubiera estado más lleno de tribulaciones. Y aquí el río era un imputador implacable más que un adversario. Lo rodeaba, lo perseguía, arrojaba sobre él las aguas turbulentas de los cargos y no tenía un dios que intercediera por él, que le ofreciera su brazo. Mientras Aquiles tuvo un aliado olímpico, Rufasto Diosmeguie no consiguió ninguno. Estaba solo el comandante, solo de una soledad siniestra frente a la arrolladora argumentación del Fiscal.

—Diga cómo es verdad que en la madrugada del domingo salió usted del convento de las Hermanas Nonatas cubriéndose la cara hasta las cejas con una capa de vueltas rojas, evidenciando el propósito de no ser reconocido.

—Diga cómo es verdad que la puerta falsa del convento se cerró sin hacer ruido para no despertar al vecindario, desapareciendo su cuerpo convertido en una sombra.

—Diga cómo es verdad que en el día de autos sonaron en la torre nueve campanadas, siendo las ocho y treinta, con el propósito indubitable de preparar una coartada.

—Diga cómo es verdad que, sin mediar asuntos del servicio, ha realizado usted frecuentes visitas al cuartel del “Pies-planos”.

—Diga cómo es verdad que se han encontrado en su poder cuatro pistolas cargadas, debiendo tener sólo una que, por otra parte, no le hace falta si se considera el orden y la paz logrados por el régimen.

—Diga cómo es verdad. . .

—Diga cómo es verdad. . .

—Diga cómo es verdad. . . da. . . da. . . da. . . —resonaban los ecos cayendo en cascadas desde el estrado hasta el banquillo.

Los cargos se sucedían incontenibles y el comandante no tuvo una sola oportunidad de dar respuesta a ninguno de ellos. En cuanto abría la boca, el Fiscal lo abrumaba con otra acusación. El defensor de oficio guardaba un disciplinado silencio en espera de un turno que llegaría tardíamente. Diosme gué lo miraba y sentía por él más lástima que por sí mismo. Una vez que se levantó del banquillo para decir: “¡No!”, lo obligaron cortestemente los alguaciles a sentarse de nuevo. Era como cuando en una pesadilla se quiere gritar y no sale la voz o correr y se está siempre en el mismo sitio. Esta vez Aquiles había perdido su combate con el río y el fuego no acudió a ayudarlo en su desventura. Transpirando copiosamente, agotado y muerto de sueño porque había pasado cuatro noches sin dormir se lo llevaron a la celda donde Servato Miqueas había tallado su maravilloso altar.

Pero, si bien no se le había permitido levantar cargos, tampoco existían pruebas concluyentes y era indispensable

hacerlo confesar. Rufasto Diosmeguie bostezaba, se le caían los párpados y sentía en el cerebelo un dolor compacto y agudo, semejante al que deben sentir los toros cuando les clavan el estoque para descabellar sin conseguir hacerlos caer. Y Rufasto no tenía, ni muchísimo menos, la fortaleza de un toro.

Entonces llegó el capítulo más cruel del proceso. Le arrancaron las uñas con unas tenacillas que pidieron prestadas al conservador del museo de la Inquisición y Diosmeguie aullaba pero no podía confesar. Le hicieron caminar sobre carbones encendidos y Rufasto —que ya despedía un olor de cabrito a la parrilla— no era capaz de articular palabra. Lo extendieron en el potro —cedido también gentilmente por el museo —y con un embudo le endilgaron no se sabe cuántos litros de agua y perdió totalmente el habla. Esponjoso y blando, como un animal deshuesado, con los ojos que eran dos cicatrices rojas, la boca suplantando a la máscara de la Tragedia, con la piel encendida, desnudo y promiscuo, cayó sobre las piedras de la sala del tormento convertido en un fardo espantoso. Los verdugos, extenuados y sin convicción alguna sobre la seriedad de la tarea que se les había encomendado, lo acostaron en la tarima de Servato, le echaron encima una frazada raída y abandonaron la celda que cerraron con llaves y candados como si el comandante estuviera en condiciones de huir.

Algo parecido al sueño le venía en oleadas pero despertaba sobresaltado, ceñida su garganta por una angustia tenaz. Todo era cerrar los apilongados párpados, que ya no le obedecían, y densas visiones desfilaban en aquellarres goyescos. El sueño de la razón produce monstruos, pero el suyo no es sueño sino una abrumadora superposición de imágenes que saltan desde las páginas de los Anales de la Inquisición que ha leído alguna vez en las tediosas guardias del cuartel. Deformes seres se amontonan contra el muro de piedra, bajan, se deslizan, se le cuelgan con obscenos ademanes de las piernas dislocadas, de los dedos que comienzan a researse en violáceas costras y hasta le parece escuchar destempladas voces y su razón es una hirviente caldera de miembros y órganos que sobrenadan en ese caldo infernal que borbotea en su cerebro. “Ese debe ser Juan Díaz, barbero penitenciado

por jurar por las orejas del Papa y decir que es mejor ser concubina que monja y que tener contacto carnal con una india en Semana Santa no es pecado". Y ve a Gonzalo Rodríguez, natural de Extremadura y de oficio labrador, llevando el sambenito por haber dicho que al que no cabalgaba en este mundo lo cabalgaba el diablo en el otro. Y el de más allá, un flamenco achicharrado en la hoguera —¿se llamaba Miguel del Pilar o Juan Miller? —casado con Quiteria, gran pecadora de medio cuerpo abajo, que acusó a su marido de ser luterano, aconsejada por un clérigo indigno. El desdichado —¿era Juan, era Miguel?— se negó a abjurar y después de jaderar en los tormentos del potro y el garrotillo en los dedos, la caritativa Inquisición, fastidiada de bregar con semejante pícaro, lo mandó a la hoguera.

En la prisión inmundada estaban todos los registrados en los anales del irreverente cronista; nigromantes agoreros, poseedores de ocultos textos con sacrílegas invenciones volterianas y tratados de magia y demonios que aparecen bajo formas infigurables y siniestras aves de la medianoche comparten el lóbrego ámbito. Y están allí rodeándolos la mulata panameña acusada de hechicería, Sebastián de Orbieta, Jorge el Griego, Pedro de Talavera, Luis Juliá el Marsellés, grandísimos putañeros, y los blasfemos y los judaizantes y unos piratas ingleses, justicieramente quemados vivos por luteranos y esos portugueses convictos de guardar el sábadu y sacar la landrecilla del carnero y los negros brujos y los bígamos.

Francisco Núñez de Oliveira está igualmente en las horrendas visiones del comandante, en su sopor, en su insomnio intolerable. Núñez se había abierto las venas con un alfiler. Lo salvaron, persistió en suicidarse negándose a probar alimento y obligando a sus piadosos carceleros a abrirle la boca con una estaca para meterle la comida. El y Baltasar de Lucena eran judíos pertinaces y murieron en la hoguera, gritando su fidelidad a la ley de Moisés.

En la celda hay galerías, repisas, hornacinas y en cada uno de estos accidentes del muro las mujeres y los hombres condenados circulan, desaparecen, cambian de formas, hacen el amor desesperadamente, se convierten en animales abyectos,

con cabezas transmutadas en gárgolas de catedrales góticas, con ojos de batracios y lenguas de áspides y grandes uñas que se clavan en las úlceras de esqueléticos leprosos desnarrigados errabundos en una sombra de variables densidades mientras Rufasto se busca el sexo a tientas para comprobar si algo verdaderamente de hombre han dejado sus verdugos en él y advierte que circundando su cuerpo no hay aire sino un color morado que se mueve. El comandante no quiere verlos pero los reconoce aparejados a su miserable destino porque —imagínese usted— decir que las barraganas de los frailes se convertían en mulas es algo que Rufasto Diosmeguie no puede comprender ni aun en ese estado de cuasi vegetal en que lo han puesto sin saber siquiera lo que son proposiciones heréticas ni burlarse de excomuniones y censuras, así como está con la boca abierta, tumefacto, con la piel que es una sola ascua en esa mazmorra poblada de insufribles fantasmas, que no son los monstruos goyescos y sí su propio ser monstruoso multiplicado en las paredes ennegrecidas, girando en torno al camastro, arrastrándose en las baldosas frías, su propio cuerpo de jefe humillado de los altivos “Piqueros Verdes” puesto ahora en un degolladero brutal.

POR MUCHO QUE QUISO GUARDARSE el secreto de la tortura de Diosmeguie, algo trascendió, primero por indiscreción de uno de los verdugos en ese instante de la intimidad conyugal en que aparece la vanidad supuestamente varonil aunque se trate de confesar un crimen. Más tarde, porque el rumor callejero es una inundación sin diques y, finalmente, debido a la prolongada desaparición del comandante, cuya plaza no había sido oportunamente cubierta dando lugar a esporádicos pero alarmantes actos de insubordinación detenidos a tiempo. Se dijo que Rufasto Diosmeguie sufría de una pasajera dolencia, pero esto lo hubiera sabido inmediatamente Avicenna, el boticario, siempre mejor informado que los escribas de la ciudad. El jefe del “Piqueros Verdes” era uno de los más asiduos concurrentes a la tertulia vespertina de la rebotica a la que no faltaban el maestro, el médico principal del pueri-

cultorio y hasta el padre Miniato que se encargaba de organizar las festividades de Santiago Apóstol y tenía a su cuidado la imagen del matamoros que recorría las calles con la gallardía de un conquistador.

Diosmeguie no tenía familia y se murmuraba de una relación algo sacrílega, sospecha que comenzó a cobrar cuerpo cuando no volvieron a oírse las campanas de las Nonatas. Dueño o señal de protesta, permanecían calladas y para saber la hora había que esperar el canto de los gallos o cuando comenzaba a oscurecer, salvo el ministro Ergástula y unos pocos privilegiados que pudieron hacer traer de Europa el extraordinario *remontoir* de bolsillo al que se podía dar cuerda sin llave alguna y sin destaparlo, superando todas las posibilidades humanas de registrar el transcurso de las horas, porque en la ciudad no había relojes de torre y ni siquiera algo parecido a la clepsidra que colocó en una plaza de Roma el censor Escipión Nasica, siglo y medio antes de Cristo.

Pero lo más alarmante ocurrió cuando se supo que un número desconocido de oficiales y tropa del “Piesplanos” había sido enviado a las minas de Siquipacha, justo en las fuentes del río de los Caimanes.

—Eso es maldad y nada más que maldad —se atrevió a comentar el cabo Mario Tebessa, encargado de las caballerizas en el “Piqueros”. Es un crimen mandar a esos pobres a Siquipacha. Por algo le dicen el culo del mundo.

—No hable así, Tebessa —le corrige el padre Miniato que había sido capellán. El soldado debe ir donde le ordenen, hasta a ese perdido lugar tan ingeniosamente bautizado por los indios.

Las minas de estaño de Siquipacha se encontraban tan alejadas de todo camino, río navegable o centro poblado que vivir allí equivalía a un ostracismo. El viaje se hacía en caravanas que atravesaban selvas cundidas de víboras, montañas con precipicios peligrosísimos y desiertos y un hombre solo no podía hacerlo a menos que tuviera vocación de suicida.

En cuanto a las Hermanas Nonatas, cerraron sus claveados portones con tal energía que hubiera sido imposible ingresar al convento y el asmático reloj de péndulo que pro-

porcionaba su información a las campanas fue detenido por las manos de las rebeldes enclaustradas. Prontuario Ergástula se vio obligado a declarar que se respetaba la cenobítica clausura aunque llegó a entrecerse, a través de conversaciones y comentarios, que si no se podía entrar al convento tampoco se permitiría a nadie salir de él. De este modo, lo que estaba realmente clausurado para las cuestionadas religiosas era la ciudad. Afortunadamente, en el convento había gallinero bien poblado y despensa mejor abastecida y, sobre todo, se confiaba que el dictador no podía durar más que las menestras y las aves de corral que las previsoras hermanas habían acumulado.

—De este año no pasa —dijo sin mencionar nombres la abadesa.

—¡No pasaaaaa! —respondieron en coro cincuenta voces, tan acostumbradas como estaban a la letanías y al disciplinado diálogo del rosario.

—¡Que el Señor salve a Jora!

—¡Que la salve el Señor!

—¡Nuestra Señora de las Vicuñas nos ampare!

—¡Nos ampare. . . nos ampare. . . nos ampare. . .! —se atropellaban las voces en los claustros, en el refectorio, en la intimidad de las celdas

Las campanas continuaban enmudecidas. Las cadenas y el péndulo del reloj permanecían inmóviles. Un impulso casi sonambúlico levantaba a las hermanas para oír la primera misa a través de las rejas, única comunicación del convento con la iglesia atendida por el padre Hisopo, un cura de edad incalculable a quien a su vez despertaban los gallos antes del amanecer.

La vida en la ciudad atravesaba por un período de inconveniente alteración. Alta y no muy extensa, centro de un país aislado, metida en un cinturón de montañas, cruzada por un río donde no se podía mojar un pie sin perderlo, a merced de las arbitrariedades de un déspota, se sentían sus pobladores como dentro de una camisa de fuerza. Un clima de angustia colectiva comenzó a prosperar. En las calles los pregoneros, improvisados en adivinadores, contribuían a fijar la distribu-

ción del tiempo, en tanto que la ronda de encapados, con farol, estaca y cordel para atrapar delincuentes, confirmaba el monótono transcurrir de las horas.

—¡Viva el caudillo de la nación! Las ocho han dado y serenooooo!

No era cierto. No se podía dormir ni eran las ocho ni deseaba nadie que se prolongara la vida del hombre que, sin que se supiera la causa, provocaba ese malestar nunca antes conocido. La hora de maitines —lívida y canónica precursora del alba— era para el pueblo como fuera antes el bronce baritonal de la campana mayor y la respuesta de las tiples en una ágil conversación de sonidos que, desde tiempo inmemorial, equivalía a abrir las puertas del día. Y mucho más grave que el desbarajuste en el plácido transcurrir de la existencia era ese estado morboso que irritaba con el escozor de una urticaria. El prestigio del gobernante se deterioraba de estrella a estrella. Don Santiago Valdecabras había dejado de ser popular.

ANATEMA DEL PREDICADOR

En la fonda de "El oso hormiguero", penumbrosa y limpia, se encontraban todas las personas conocidas de la ciudad. La llamaban *el tabernario*. El café hacía esquina entre uno de los tres portales de la plaza y una de las calles que desembocaban en ella. El cuarto lado lo ocupaban el Ayuntamiento y el templo de Nuestra Señora de las Vicuñas, como si fueran hermanos siameses la Iglesia y el Estado. "El oso hormiguero" era el lugar donde, en una media luz de grises y violetas variables, Avicena discutía con el padre Hisopo y hasta las personalidades del gobierno acudían allí, con liberal desenvoltura, sin temer el vocabulario agresivo de algún parroquiano próximo a cruzar la frontera de la embriaguez. Grandes toneles detrás del mesón deliberadamente mal desbastado y delante de él los taburetes de vaqueta y arriba el cobre reluciente de pailas, jarros y cacerolas y la estantería con las botellas y la vajilla y unas lámparas que reparten resplandores de suaves topacios y las mesas rústicas y los bancos. Los parroquianos entran, se abrazan, conversan, dan voces, rueda sobre los manteles el comentario y a veces el humo del tabaco y el del horno para asar las carnes se queda suspendido debajo de las vigas y hay que abrir las ventanas y entonces entra también el invierno en el tabernario.

El régimen paternalista había eximido a don Santiago, hasta ese momento, de la crítica. A lo más, alguna alusión veladísima a sus aventuras de alcoba, siempre con un matiz de humor que, en ningún caso, calaba hondo y con la malevolencia

de la sátira. Pero la situación había cambiado desde el día en que el campanario de las Nonatas entró en una voluntaria catalepsia. Ahora se habla en los registros graves de la murmuración y últimamente ni Ergástula ni Corvejón se han atrevido a ocupar sus mesas de costumbre. Los redactores de "El tiempo" lo advirtieron, pero no estaba en sus facultades hacerlo público, entre otras razones por la rígida censura impuesta al único medio de información de la capital. Como signo de protesta, la silla en que se veía siempre a Diosmequíe quedó vacía, sin acuerdo expreso, aunque el boticario conjeturaba que era más bien superstición. "De la silla al potro no hay sino un pellón", decía Avicena y el improvisado aforismo, más que risa, provocaba rabia y lástima.

Dicen que ha perdido el habla.

—¿Y desde cuándo hablan los cadáveres?

—Es que está vivo.

—Mucho lo dudo. Nadie vive sin uñas, con los pies hechos carbones y diez litros de agua en las tripas.

—Son unos sádicos.

—No digas eso, Avicena.

—Es la verdad, padre Hisopo.

—Sí, pero te pueden oír y no querrás vivir sin uñas.

—Diosmequíe era un hombre íntegro.

—Ahora ya no lo es.

—Aseguran que lo han castrado, padre Hisopo.

—Imposible; me lo habría contado Corvejón que fue a confesarse ayer.

—Está usted revelando el secreto de confesión.

—De ninguna manera. Digo solamente lo que no me han dicho y eso no es revelar secreto alguno.

—Es que, a lo mejor, el único que lo sabe es el ministro de Iniquidades y, como es ateo...

—Claro... eso tiene lógica.

—Para mí que está muerto y enterrado sin uñas ni testículos. Rufasto tenía muchas virtudes. Era comprensivo y humano. Jamás castigó a un hombre del "Piqueros Verdes". Agregue usted a eso su castidad. Aunque dicen...

—Calla, Avicena. Ya sé a dónde vas. Nada de enlodar a las Hermanas.

Muchos otros temas circulaban entre las mesas de la fonda. Se decía que un motín de los reclusos en la prisión de Siquipacha había sido reprimido con sangre. Otros agregaban que los condenados consiguieron dominar a sus guardianes y huir desafiando los riesgos de la jungla y el arenal, de los precipicios y el hambre. Se imaginaban a unos desgraciados que cumplían condena de internamiento acribillados por las balas, mordidos de serpientes, arrastrándose por los médanos con la lengua cuarteada y reseca. Y los veían harapientos y agonizantes, cubiertos de heridas, con las manos crispadas en una muerte inacabable. Nada se podía asegurar, pero algo grave estaba ocurriendo en Siquipacha, donde no todos eran delincuentes y se aseguraba que algunos fieles de Rufasto Diosmeguie habían sido enviados a ese infierno.

Y había otro hecho que se sumaba al repudio súbitamente aparecido contra el dictador. El colegio de la señorita Borrel —fallecida hacía más de treinta años— fue asaltado y destruido a media noche por manos criminales. ¿Se había acaso descubierto la verdadera identidad de don Santiago? No hay sobrevivientes de esos días, de ese calendario en blanco. La escuela estaba en una de las calles más solitarias de la ciudad y, en el momento de la reprochable devastación, se encontraba en estado casi ruinoso. No hubo investigaciones ni se acusó a nadie y los depredadores quedaron impunes. El hecho, por coincidencia, sucedió cuando se declararon las monjas en huelga de campanas y, maliciosamente, se le relacionaba con los secretos rencores del Caudillo. En el tabernario, en suma, se refugiaban las noticias en la media voz condicionada por la prudencia y el temor.

—No viene desde hace varias semanas Escombreras.

—Tampoco está en su casa. Le hemos golpeado la puerta muchas veces.

—Jamás faltaba a la tertulia de la rebotica.

—Ni Mario Tebessa.

—Ni Maragall.

—Tebessa era furriel del “Piqueros”.

—Le dieron de baja cuando no le tocaba ni lo había solicitado.

—Maragall era un químico estudioso y serio. Trabajó un

tiempo con Avicena y siguieron siendo amigos cuando pasó a servir al ayuntamiento.

—Ya no se vive en paz.

Hablar, hablar, hablar. No queda otro recurso. Y hablar con medias palabras, cautelosamente, sin cometer imprudencias. Puede ser cierto o no lo del motín de Siquipacha, pero lo innegable es que Maragall, Tebessa y Escombreras han desaparecido y que la escuela de la señorita Borrel ha sido ensañadamente demolida y saqueada en un acto de pillaje incalificable. El inmueble había sido almacén de artículos de primera necesidad, casa de huéspedes, logia masónica y terminó en burdel cuando fue incendiada por desconocidos, pocos días después de haberse apresado a media docena de meretrices y a su administradora, acusadas de funcionar sin licencia y la casa estaba, por lo tanto, vacía. ¿Podría relacionarse el hecho con un propósito político? ¿Tenía alguna relación con acontecimientos recientes? Difícil hubiera sido encontrar la verdad; pero el tema es bueno para discutirlo entre la penumbra del tabernario con sus topacios y sus cobres y donde ya no se ve al coronel Corvejón ni al astuto ministro de Iniquidades.

FUE EN ESE PUNTO, en una tarde de silbadores vientos, cuando apareció Habacuc. Era un hombre de regular estatura y piel constreñida a los huesos, melena lacia y barba apostólica, vestido con un sayal de jergas con remiendos y sandalias de franciscano. Nadie había visto antes a Habacuc, pero hablaba con el inconfundible acento de las sierras jorinas y no podía pensarse que fuera un extranjero. Venía, sin duda, del Hanansuyu, la desolada región donde hubo unos mineros asturianos que se quedaron allí, se aclimataron, se mezclaron con las indias que a su vez tuvieron hijos de los angolas como Dominga y tantos otros debajo de cuya epidermis las arterias eran ríos de diversos continentes hablando cada uno el idioma de sus genes pero entendiéndose todos en la necesidad imperiosa de comunicarse.

La plaza estaba casi solitaria. Hacía frío. Por los portales circulaban viejas que iban al rosario, soldados, vendedores que acababan de recoger sus mercancías, vagabundos. Un perro le ladró a la mula del recaudador de impuestos. En el centro de la plaza había araucarias y bancos de piedra. Sobre uno de los bancos se irguió Habacuc.

—¿Hasta cuándo he de clamar sin ser oído? ¿Hasta cuándo daré voces al viento?

Su reclamo resonaba como si viniera de otros mundos, como si saliera de bóvedas oscuras en ecos desiguales, de gargantas ardientes vociferando en las colinas bíblicas. Se le acercaron tímidamente unas mujeres desgredadas y tristes.

—¿Por qué, Señor, me haces ver la iniquidad y contemplar inmutable la violencia?

Un sargento de caballería fue aproximándose, presumiendo que se trataba de uno de esos predicadores que se expresan en un lenguaje incomprensible y sin la menor intención de impedir que continuara dando voces.

—La opresión y la injusticia están delante de mí y hay contienda y se levantan pleitos. Pero seres siniestros paralizan la ley y la sentencia no sale conforme a la verdad. ¿Hasta cuándo he de clamar. . . hasta cuándo?

El viento soplaba fuerte y algunas de las palabras no podían escucharse haciendo el discurso incoherente. “Violencia. . . contienda. . . injusticia. . . verdad. . .” Se reunieron otros curiosos al lado de las turbias mujeres que habían ido acercándose más. Hablaban entre ellos:

—Debe ser el misionero del Hanansuyu que anda sermoneando por los pueblos.

—Lo que lleva no es hábito sino andrajos. No puede ser fraile.

Al sargento se le hacía tarde para volver al cuartel.

—Está loco —dijo. De estos hay muchos por los caminos.

—Porque el infame asedia al justo y prevalece el juicio depravado. No desoigas la voz de los proverbios que acusan a quienes abandonan las sendas de la luz para andar por las tinieblas pavorosas y se regocijan en las perversidades de

los hombres malos. . . Porque su casa se hunde hasta la muerte y sus senderos conducen a la nada insondable. Cuantos trasponen su umbral no tornarán más ni han de ganar los caminos de la vida. Porque los rectos habitarán la tierra y los perfectos permanecerán en ella. Maldito aquel que maquina contra el prójimo que duerme confiado junto a él. . . Maldito el que navega en mares de sangre porque acabará ahogándose en ella.

Comenzó a oscurecer y Habacuc lanzaba aún sus anatemas.

—Bajo la misma tienda descansaba tu hermano y le hundiste un malvado cuchillo en la garganta. Y remachaste cadenas en los tobillos a sus descendientes condenándolos a vagar por el desierto. Maldito sea el que toma por asalto el lecho donde reposa la mujer ajena y mancha sus entrañas ignominiosamente.

Cayó un súbito aguacero y se dispersó el grupo. El perro continuó ladrando a nadie, porque sí. Algunos se cobijaron bajo las araucarias a esperar que pasara el chubasco y se fueron también. En “El oso hormiguero” se comentó el extravagante discurso.

—Lo que ha dicho es poco —habló Malaquías. Me acerqué a él cuando cesó la lluvia y conversamos. Tiene en la cabeza las más desconcertantes ideas. Dice que el Padre Eterno detesta la música celestial con una ojeriza divina que no puede sobrepasar la más arraigada antipatía de los humanos por cosa alguna y que los ángeles eran seres encarcelados en sus arpas por el delito de organizar enloquecedores arpegios sin imaginación que jamás hubieran podido salir de las manos de los clásicos.

—Es un desequilibrado —interrumpió Avicena.

—Yo diría que tiene obsesiones. Dijo que en el cielo nadie sería capaz de producir sonidos aceptables porque ninguna abstracción era semejante a lo que entendemos por música, salvo la idea misma de Dios, y juró que destruiría todas las imágenes de bienaventurados con laúdes y salterios medievales, verdaderos culpables de la corrupción que habían propagado teólogos que sabían tanto de música como del sexo de los ángeles.

—Eso es blasfemia —dijo Hisopo indignado.

Malaquías siguió contando que se escucharon truenos lejanos con un fragor de piedras que ruedan y arreció la lluvia. Habacuc vociferaba pero ya no se percibía su voz. En eso salió el padre Miniato de la iglesia con un descomunal paraguas como para acompañar al Santísimo y se encaminó hacia el banco donde todavía agitaba los brazos Habacuc. Como el perro sin dueño, hablaba a nadie. No aceptó la propuesta de protegerlo con el paraguas y se fue saltando entre los charcos hasta los portales.

DIALOGO DE LAS COMADRONAS

Lo que ostentaba el científico y humanitario nombre de Puericultorio Central de Santiago no era, en verdad, sino un gigantesco y vergonzante orfelinato. En los últimos años se había hecho frecuente encontrar recién nacidos abandonados en los portales de las desconchadas casonas, en los confesionarios y hasta dentro de algún coche de alquiler. Los hijos ilegítimos registraban un alto e inquietante índice en las elementales estadísticas. El adulterio en sus más secretas y pecaminosas formas y los niños condenados al cruel ostracismo del torno conventual conducían a un *status* que obligaba al gobierno a asumir esa superproducción de párvulos sin nombre. El Puericultorio era el lugar destinado a proteger la desconsiderada condición prolífica que venía a ser como la contrapartida de la degollación de los inocentes.

Es fácil suponer que la adecuación del recinto parlamentario a otros fines más nobles y prácticos requirió del concurso, la habilidad manual y el esfuerzo imaginativo de pediatras, economistas, artesanos, dietistas y expertos en decoración de interiores. El ambiente no debía limitarse a ser funcional sino también grato. El lema que proclamaba: "En cada escaño una cuna" tenía únicamente, como es notorio, una connotación alegórica. Había sido necesario demoler las curules, el estrado de la presidencia, las casetas para los estenógrafos y convertir el hemiciclo y las demás instalaciones en un lugar confortable y útil. Era una gloria escuchar esa sin-

fonía de angelicales llantos, mucho más elocuente que las insípidas, tediosas e interminables exposiciones de los eliminados padres de la patria que, probablemente, eran los que menos hijos le habían dado.

La superproducción de críos llegó a alcanzar niveles más alarmantes todavía cuando no sólo se les encontraba en los zaguanes, entre los matorrales de los caminos, en las oficinas del ayuntamiento y en la acogedora soledad de los templos. Las propias madres comenzaron a traerlos en cestos de moisés, muy adornados y con cintas rosadas o celestes, según el sexo de la criatura y la capacidad económica de sus desorbitados procreadores. En algunos casos eran gemelos los que llegaban al Puericultorio en cuyo salón de sesiones, sobre un hechizo arco románico, prefigurando un lema de hondo significado filosófico, se leía el primer verso del célebre soneto de don Francisco de Quevedo, que dice: “La vida empieza en lágrimas y caca...”. Cuando daban las seis era costumbre entre las servidoras del establecimiento recitar, cual si fuera una oración de la tarde, el resto del cuarteto y se escuchaba entonces un coro afiatadísimo que completaba: “luego viene la *mu* con *mama* y *coco*, / síguense las viruelas, baba y moco, / y luego llega el trompo y la matraca”.

Sin embargo, no se recordaba nunca esa parte de “los trastos y miserias de la vida” en que, cuando el niño se convierte en hombre todo lo trabuca porque, antes de esos años azarosos, ya estaría el huérfano en la calle con un oficio bien o mal aprendido, aumentando el número de los que asistían a las manifestaciones de protesta por algún acto del gobierno que podría no encajar dentro del marco de sus precarias necesidades o de sus nobles ambiciones.

Lo verdaderamente grave vino al comprobarse que ninguna partida del presupuesto alcanzaba para cubrir los ingentes gastos del disfrazado asilo para infantes sin hogar. Todo era poco para leche, panetelas, mazamorras, polvos de talco, jabón, sahumero, pañales y ombligueros, sonajas y pomaditas para escaldaduras. La población del puericultorio aumentaba en tal medida que no se veía niños en las calles. Hasta los hijos legítimos iban a dar secretamente a esa fabulosa

incubadora que proporcionaba ocupación a bromatólogos empíricos, curanderos, costureras y carpinteros, sin contar el personal permanente que tenía a su cargo el establecimiento. Las instalaciones del transformado edificio parlamentario iban siendo insuficientes y se anexó un convento vecino restaurado y acondicionado más tarde y luego la capilla y una panadería y el solar con que se completaban los inmuebles de dos manzanas, para lo cual fue necesario cerrar una calle, operación que debió repetirse al año siguiente hasta convertir el orfanato en una ciudad enclaustrada con escuelas, hospitales y servicios que absorbían imprudentemente las disponibilidades del Tesoro. Ofidio Denario estaba dispuesto a renunciar. Ni las más exigentes medidas tributarias hubieran podido dar solución al problema.

El incremento de lactantes llegó a grados tan extremos que hasta los cónyuges más recatados y piadosos resignáronse a adoptar procedimientos de emergencia en las prácticas sexuales. El primero y más primitivo era la interrupción violenta en el instante del orgasmo, como el bíblico y astuto Onán, cosa que no siempre se conseguía por ese eclipse de los sentidos que anula el poder de la voluntad y que tanto se parece a la determinación del suicida. Otras veces intentaban evitar la fecundación con profundas duchas vaginales, recurso que no ofrecía garantía plena porque la rapidez con que se produce el contacto hace inútil esa tardía intromisión del agua. Se daba asimismo el caso de parejas sumamente informadas que llevaban la cuenta minuciosa de los días anteriores y posteriores a las reglas; pero resultaba problemático respetar esos paréntesis sobre todo en las noches estivales en que no valen contabilidades cuando se encuentran dos cuerpos en la tibia opacidad de las silenciosas recámaras.

EN EL CENTRO LITERARIO-MUSICAL de Comadronas Liberales se discutió el problema. Una señora cilíndrica, lustrosa, con pelo de foca pronunció una palabra misteriosa que no se había escuchado antes:

—Falopio —dijo.

Otra, creyendo que se trataba de un juego de salón, contestó:

—Cornucopia.

—Falopio —volvió a decir la señora cilíndrica, arreglándose una de las mangas de jamón de la blusa.

—Esculapio, insistió la segunda voz.

Y así hubiera vacilado ese diálogo de sordos si la secretaria general del centro no se da cuenta que la proposición no debía tomarse a la ligera.

—Hay que consultar un diccionario —aconsejó.

—El único que tiene un diccionario es el maestro Malaquías,

—Es muy tarde; estará durmiendo —se escuchó.

—No importa. El asunto debe aclararse esta misma noche.

—Hay que despertar a Malaquías.

Un partero joven que tenía un caballo voló haciendo estallar las piedras de la medianoche, cruzó la plaza, dobló la esquina de “El oso hormiguero” que estaba cerrado, avanzó unas cuantas cuadras más y retornando con igual resonar de cascos por el mismo camino, con el rostro encendido, irrumpió en la sala gritando:

—¡Ya lo tengo! Veamos: falo... falocampsis... falocripsia... falodiano... Aquí está: falopia.

—He dicho Falopio —insistió, casi irritada, la señora con pelo de foca.

—Efectivamente. Es la palabra que sigue. Curiosa coincidencia: es un hombre.

Se enteraron entonces, mudos de asombro, que Gabrielle Falopio fue un célebre anatomista italiano del siglo XVI, el primero que dio nociones precisas sobre el desarrollo de los huesos y la osteología del cráneo.

—Eso nada tiene que ver con el asunto.

—Déjeme terminar, colega... Descubrió el oído interno...

—Tampoco se trata del oído.

—...y la trompa de su nombre.

—¿De qué nombre?

—De Falopio, naturalmente, que conduce los óvulos del ovario al útero.

Y se supo de esa misión en las tenebrosas grutas donde se confunden el placer con el mandato bíblico. Hasta ese momento era desconocido el extraño personaje que establecía inexplicables comunicaciones entre el oído interno y la vagina, ese hurgador de trompas que nació pocos años después de la muerte de Leonardo de Vinci y cuando aún flotaban en el aire de los anfiteatros las impugnaciones del florentino contra los físicos denunciando su mentirosa alquimia y sin el menor respeto por sus conocimientos sobre la anatomía cuya intimidad dominaba Leonardo mejor que ellos.

—Un cirujano renacentista es capaz de todo —sentenció en tono erudito el joven partero.

—Hasta de profanar los caminos secretos por donde transitan los medios seres del futuro.

—Eso no resuelve nada —dijo una anciana comadrona.

—No dirá usted que ya se ha inventado la cirugía de las trompas.

—Podrían anularse. . .

—Se adelanta usted demasiado.

—Únicamente sugiero.

El fuego cruzado de ingeniosas proposiciones iluminaba el concurso, más que los mecheros de gas que acababan de instalarse en la ciudad. Al amanecer se habían retirado las comadronas, los pediatras, el joven partero que volvió a saltar sobre su caballo para devolver el inútil libro. En la sala vacía, lívida, helada, vagaba la voz de don Diego de Torres Villarreal: “Dios te dé buena hora, pobrecita, seas quien fueres. Su piedad te libre de las manotadas de esos osos, de los arpelones de esos tigres y de las hocicadas de esos marraños, vendimiadores de vientres, pasteleros de úteros, segadores de monstruos, hurones de pocilgas humanas y buzos de orines, que empujando vaginas y haciendo allá a las tubas falopianas entran a chapuzo por los que se aniegan en la profundidad de los riñones. . . rateros de las herramientas de parir que han hurtado a las comadres sus trebejos. . .”.

En el salón entró resueltamente la mañana. El eco de la voz centenaria, su inaudible y premonitoria vibración se apagaron con la harinosa luz. El doctor salmantino del XVIII, el matemático de los almanaques y pronósticos no servía pa-

ra esa operación imposible y don Diego de Torres, astrólogo y estudiante de medicina, el disparatado espectro de las visiones y visitas no aportaba sino su adjetivación gruesa, su denuncia, su airada protesta desde el ultramundo, desde la cárcel de un roído volumen jamás abierto y colocado por misteriosas manos en un oscuro anaquel del Centro de Comadronas Liberales. ¿Quién asumiría la responsabilidad de hurgar en las trompas de las mujeres de Jora? La ciencia no había avanzado mucho más que en los tiempos de Gabrielle Falopio que no es sino el bautista de los órganos, el navegante ciego de esa tierra incógnita.

Ninguna fórmula daba resultado. Los niños surgían semejantes a la invasión de los bárbaros por los sinuosos caminos del incipiente medioevo. En la suprema emergencia cobraron renovada asiduidad las humillantes prácticas contra natura para lo que servía de eficaz estimulante contemplar estampas japonesas, esotéricos *kakemonos* de una precisión fotográfica que habían traído, con sus ábacos y su arquitectura de carpinteros los inmigrantes okinawas y que tenían un poderoso efecto afrodisíaco por la naturalidad y la inocencia del dibujo. Otros, más cultos todavía, conocían los frescos de Pompeya y Herculano y habían leído descripciones de las delirantes épocas del imperio en que el enfrentamiento de los sexos alcanzó las más depuradas e inverosímiles tácticas o se sabían de memoria los consejos sapientísimos de los libros hindúes.

Pero los jorinos tenían arraigados principios morales y ese simulacro del amor resultaba ridículo teniendo en cuenta la posibilidad de que, luego de la dolorosa incursión, quedaba el riesgo de volver a las vías naturales resultando completamente inútil el sacrificio. Las aberraciones, los prodigios imaginativos, las formas en que el sexo era suplantado, la intimididad de los lechos convertidos en escenarios de empeñosos combates habían trascendido y ya invadían el comentario de la calle.

LOS ANGELES ENCARCELADOS

- ¡Habacuc es un impostor!
- ¡Habacuc es un anarquista!
- ¡Habacuc es un profeta!
- ¡Habacuc es un iluminado!
- ¡Habacuc es un farsante!
- ¡Habacuc es un perjuro!
- ¡Habacuc es una paloma!
- ¡Habacuc es un enviado de Dios!

El predicador ha vuelto a aparecer en la plaza y es el mismo su mensaje. La muchedumbre agita brazos y manos, mira con ojos iracundos, fulgurantes o apagados, con rostros que gesticulan frente al anuncio de la vida o que descubren los presagios de algo destinado a morir. La muchedumbre aprueba o censura y el hombre está en ese lugar sin tiempo, esperando entre las araucarias, escultórico sobre su pedestal de granito, con su sayal andrajoso y su melena que cae como un terco alquitrán en los pómulos agudos y en la frente que oculta angustiosos designios.

Habacuc espera que el viento se lleve las injurias histéricas y las palabras con dientes de lobo. Hace ademán de abandonar el podio, de irse, pero no se lo permiten quienes lo han llamado ángel ni los que le han gritado impostor. Sabe que el cansancio adormecerá el impulso agresivo y acaso pueda restablecerse la comunicación interrumpida, la indefinible corriente que circula entre el ser determinado y la ma-

sa anónima. Vuela un tordo graznador que va a posarse sobre el monumento del Caudillo que hay en el centro de la plaza, contrae la cola, deja caer un líquido blancuzco y se va en busca de otra cabeza para pintarle unas canas semejantes.

Habacuc observa y calla. Está como poseído. Mira entornando los ojos, sin fijar en un punto elegido la mirada, al infinito, a la eternidad de las palabras que irán llegando a refugiarse en el nido caliente de su garganta.

— ¡Impostor! —vuelve a oírse.

— ¡Profeta! —devuelven las colinas.

Pero no se deciden a dejarlo. Una fuerza hipnótica los mantiene adheridos a ese tronco inquebrantable. Han arriado el erizamiento de los dedos y los brazos. Dudan, niegan, vacilan, aprueban. Habacuc piensa que es llegado el momento de proseguir.

—He aquí que levantaré a los pueblos contra quienes se apoderan de moradas que no son tuyas en caballos más ligeros que leopardos y más feroces que los chacales nocturnos. Vuelan como el águila que se apresura a devorar su presa porque todos vienen embriagados de violencia.

La multitud apenas entiende pero no rompe el silencio. Ni las hojas de los árboles se mueven.

—Oh, Jehová, para juicio has elegido este azote. Y tú, roca nuestra, te yergues como señal de castigo. Tú eres de ojos demasiado puros para reflejar el mal ni puedes permitir la iniquidad. ¿Por qué soportar inmutables al que obra traidoramente? Guardas silencio mientras el malvado aniquila al que es más justo que él.

En los oídos de la multitud van germinando las palabras: “águilas... caballos... leopardos... violencia... azote... roca...”. Nombres que incuban símbolos. Habacuc no es un impostor, pero no tiene aire de ser un enviado del cielo.

Si el padre Hisopo estaba obligado a guardar el secreto de confesión, el estafalario visitante no tenía compromiso y era libre de desenmascarar la conducta de los hombres y las mujeres de la ciudad.

—La maldición caerá sobre quienes realizan actos impuros. Lloverá fuego, igual que en Sodoma, y la especie será diezmada de acuerdo al terrible castigo. Ay de aquel que hace beber a su prójimo y le incita a embriagarse para mirar su desnudez! Tú, que viertes tu licor inflamador, te sacias de vergüenza en vez de gloria. ¡Bebe tú también y descubre tus partes vergonzosas y te cubrirás de oprobio!

Nadie se atrevía a responder. La gente iba dispersándose porque ese lenguaje se tornaba incomprendible y desconcertante y pocos penetraban su sentido. Pero no había bendiciones ni improperios.

—¡Ignominiaaaa! —resonaba en la plaza, se enredaba en los arbustos, se perdía en las colinas, rebotaba en los muros de la iglesia; pero no penetraba en la conciencia de esas gentes que iban alejándose del desorbitado predicador. Su arenga no tenía eficacia para aquellos que habían bebido el licor irresistible de la lujuria. ¿Podía ser infamante el amor? ¿Había oprobio en la unión de los cuerpos realizada por inspiración divina?

—Habacuc es un enajenado —dijo Avicena, el último en retirarse dejando en su banco de piedra al original acusador del Hanansuyu. Comenzó el cielo a oscurecerse con una patética tonalidad de eclipse, más que de sombra crepuscular.

Habacuc llega como un aparecido y se esfuma sin dejar huella. Nadie lo creería. A pesar de juicios que no le son favorables no es un taimado propagador de dicterios y más bien un místico de los que ya no quedan y quién sabe lo que se propone y qué razones secretas lo mueven a presentarse en las plazas con ese atuendo exponiéndose a que le griten impostor o profeta y unos le sigan y otros lo condenen y con él parpadee un asomo de opinión pública en esa masa pusilánime y enjuta sin oídos ni garganta oprimida por cinco necios coroneles engendrados por un déspota en sucesivas concubinas y todos tienen la misma edad que es la edad en que terminaron las montoneras y no conocen otros oficios ni llevan otros nombres que los asignados por el pueblo bautista por el olfato y las miserias de las que Habacuc quiere redimirlo después de inmutables centurias de servidumbre y degradaciones nunca vistas.

Al día siguiente Avicena lo encontró en la esquina del mercado de La Candelaria recogiendo verduras marchitas y pellejos que le dan los carniceros y con eso se prepara lamentables condumios. Estaba más deprimido que nunca. El boticario le habló y no obtuvo respuesta, atento sólo a lo que iba metiendo en una bolsa de esparto con parches y archipiélagos de humedad como si fuera enseñando geografía universal en un mapamundi confeccionado con andrajos. Tenía la cabellera más hirsuta que de ordinario y un matorral de barba cubriéndole el gesto y enmarañándole la palabra.

Habló, por fin, con frases avaras y supo Avicena que había pasado la noche en un confesionario sin ser descubierto y al amanecer abrieron las puertas de la iglesia y llegaron unas viejas en una invasión de mantones negros y tuvo que emigrar al mercado en busca de su alimento. “¿Cómo es eso de los ángeles encarcelados en sus arpas?”. No parecía un desequilibrado mental y dijo que a este pueblo no lo salva nadie y agregó entre dientes que tuvo razón quien les llamó esclavos desenfrenados y que el déspota era un cabrón en las siete acepciones de la palabra y el consejo de ministros no podía hacer nada porque jamás los hijos de los caminos han sido capaces de resolver los asuntos del estado y que esto no era una nación ni cosa que se le parezca así como está encerrada entre paredes de basalto y poblada por lagartijas que huyen a esconderse —“¿puedo llevarme este repollo?”— cada vez que se siente ruido de cascos en las piedras de la ciudad —“y también esos tomates algo maltratados por el viaje de las carretas, disculpe usted”— y además cuando están solos les invade un pavor incontenible y si forman muchedumbre nace como un tumor maligno el espíritu gregario y aparece la manada. Hace muchos años, un aluvión de lodo, troncos, ganado muerto y piedras se precipitó desde el Hanansuyu y ese es el único remedio para estos males y estas podredumbres.

El boticario lo escuchaba y no sabía qué juicio podía merecerle ese enigmático ser como una sombra —“no le entiendo; su idea del cielo es extravagante y herética”— y amenazador en sus anatemas y en sus citas bíblicas y no comprendía si sería realmente un apóstol resucitado desde el fondo de las edades o un maniático y llegaba a conclusiones que hacían

justicia a los nombres contradictorios que recaían sobre su paso fantasmal.

Por otra parte, no le guardaba estimación porque, por una desafortunada circunstancia, Habacuc había aparecido en la ciudad por los días en que hubo una invasión de lejanas y repudiadas tribus. De este modo, el año que llegaron los chunchos de mierda, como muy duramente los calificaba, era para Avicena punto de referencia cada vez que se discutía algún acontecimiento decididamente siniestro. En efecto, los indeseables visitantes lo habían invadido todo. Curaban a los enfermos en la calle y los hospitales se quedaron con las camas vacías, cortaban el pelo en la orilla de las acequias y vendían yerbas milagrosas en la puerta de la botica, lo que provocaba, muy justamente, las iras de Avicena porque ya nadie traía una receta. Los chunchos vendían amuletos, polvos para las úlceras rebeldes, aceite de serpiente y sebo de lagarto, té de hormigas para el asma y chamico que encadenaba a los hombres a una sola mujer y eso era lo perverso y diabólico porque en los usos y costumbres más enraizados los machos eran biológicamente polígamos y el que no tenía por lo menos tres concubinas era despreciado por cultivar una inmunda castidad.

Por asociación de ideas, Avicena vinculaba al disparatado predicador con esa moral de varones disminuidos que se hacía más grave por la coincidencia de esa inundación de indios bárbaros procedentes de la frontera de Siquipacha. El año que llegaron los chunchos de mierda no podía figurar sino en una cronología aborrecible y adversa.

EN LA QUINTA DE DON SANTIAGO el negro Ismael guardaba a las gallinas que se habían quedado picoteando en la huerta. En medio del corral, *el Carmelo* esperaba. Movía la cabeza buscando, eligiendo, mientras sacudía sus alas de miel con un ronroneo de insinuante reclamo.

—Angurriente del demonio —le reprochó el negro sordamente, amenazándolo con la escoba. *El Carmelo* dio un salto

y fue a refugiarse en un rincón del gallinero. Ismael lo persiguió hasta atraparlo y le ajustó la traba.

—Hoy no te toca, viejo cachondo.

—¿Con quién hablas, negro? —se oyó la voz de Dominga desde la cocina.

Ismael no respondió. Volvía caminando bajo los lúcumos y súbitamente un viento suave movió las hojas. Ya adivinaba lo que era y se quedó quieto, igual que si a él también le hubiesen puesto una traba. Comenzó a difundirse el olor a sándalo y vio pasar a la mariposa vieja.

—La marquesa —susurró Ismael sin poder dar un paso y le latió el corazón y se le enfriaba la piel.

—¿Era con ella que hablabas? —preguntó Dominga, aproximándose.

—¡Calla! Ahora camina hacia las acequias por el lado de los viñedos.

—Siento el perfume pero no puedo verla.

—Nadie la ha visto.

Dominga dio unos pasos siguiendo la estela olorosa. Los perros ladraron con ladridos largos. Las hojas secas crujían bajo los pies de la cuarterona. Se le destrabó el andar a Ismael y avanzó cautelosamente. Imposible negar la presencia de ese ultramundo.

¿Cómo sería realmente la marquesa? ¿Cuántos años tendría en el instante en que empezó ese vagar nocturno y sigiloso? ¿Era joven, bella, inteligente? ¿Tocaría el clavecín en las veladas con el asedio de pretendientes de adormecidas voces? Tal vez en la amplia sala se escucharían las filigranas contrapuntísticas de Juan Sebastián Bach, algún preludio, una fuga o el apasionante *Clavicembalo ben temperato*. Como una figura más del instrumento decorado con paisajes de un comprometido gusto barroco, se deleitaría la marquesa con las geniales inspiraciones nacidas de ese espíritu. ¿Cómo serían sus manos, su cuello, su sonrisa, sus ojos siguiendo las notas de un rondó o una sonata de Mozart? Nadie podría reconstruir su imagen. Cuando la casa fue ocupada por otros inquilinos no quedaban retratos ni abanicos enmarcados ni un cofre ni una porcelana. Pero estaba allí la marquesa de Torre

Antigua. ¿No es ese su perfume, el que hacía traer de la India? ¿No es más penetrante esa fragancia que la de los chirimoyos?

—No quiere irse —tartamudeó el negro. Algo tendrá que decirnos. Se sigue sintiendo la hierbabuena.

—Ya te he dicho Ismael que es el sándalo.

—Es la hierbabuena.

—Lo mismo da. Parece que se aleja. Ya estará por la terraza, entrando a la alcoba de don Santiago.

Desapareció el perfume y las hojas se quedaron quietas. Cesó el ladrido de los perros y el silencio envolvió los frutales. La mariposa envejecida, la *taparaku* de alas marchitas, de un azul de alcohol ardiendo, se alejó con el aroma en la misma dirección que Ismael y Dominga adivinaban que seguía el fantasma. Josefa se había retirado temprano. Tenía muchos años y se pasaba horas enteras en uno de los cuartuchos de la huerta. Si era la madre de Dominga, al decir de los más viejos, únicamente ella lo sabía y jamás respondió a esa pregunta. No aseguraba ni negaba la existencia de apariciones y en su vida había visto a la mariposa. Compartían las viviendas *el Mochuelo*, un negrito de catorce años que hacía los mandados y ayudaba en la cocina y Jáuregui, jardinero, albañil, veterinario, alcantarillero, el hombre, dicho de una vez, que resolvía los problemas y en quien el Caudillo tenía mucha confianza. Había sido furriel del “Piqueros”, antes que el desaparecido Tebessa, y una vez le atravesó el cráneo de un balazo a un oficial que se llevó la mano derecha a la pistolera cuando pasaba el Caudillo. “¿Tú lo viste sacar el arma?”. “No llegó a sacarla, jefe; pero, por si acaso...”. Don Santiago lo llamó a su servicio. Le daba la ropa y los zapatos que ya no se ponía; tenía limpias las escopetas, colocaba sus dos manos cruzadas haciéndole de estribo cada vez que montaba a caballo. Era una garantía en la casa.

Pero ni Jáuregui ni Josefa ni *el Mochuelo* creían en el cuento de Ismael. Jáuregui no negaba que hubiera almas en pena, “siempre que se dejen sentir”. “Perfumes, perfumes... tontería. ¿Para qué van a perfumarse las ánimas?”. Lo del batán y las cadenas era diferente. Eso sí le constaba. Las penas hacen ruido de rabia, para no pasar inadvertidas. Cavan,

trabajan, defienden los “tapados” que casi siempre es su propia plata que tienen enterrada. Una vez se apareció en la glorieta un pariente que se había muerto hacía bastantes años. Los nietos, los hijos, los padres del dueño anterior de la quinta lo vieron salir debajo de las buganvillas, caminar unos cuantos pasos y desaparecer. Un día, hartos de tanta historia del tío-bisabuelo que andaba nomás molestando con esas entradas y salidas, consiguieron una lampa y cavaron, cavaron en el suelo de la glorieta, debajo de las buganvillas. ¿Y qué cree usted que encontraron? Una placa de hierro con el nombre del difunto y unas monedas verdosas de haber estado enterradas, que ni siquiera eran redondas y no tenían valor. Dicen que más abajo estaba el “tapado”, pero ya comenzaban a aparecer las alcantarillas y, más que nada, tuvieron miedo.

Esa noche llegó tarde don Santiago. Despidió a sus ayudantes y entró. Venía acompañado del coronel Corvejón. Todos dormían. Jáuregui, Josefa, *el Mochuelo*, Ismael, los perros. Hasta el aire se había quietado en los viñedos. Únicamente Dominga estaba despierta. Se quedó aguardando que saliera otra vez la marquesa. “Un fantasma al que no podemos ver no es un fantasma”, le había dicho Jáuregui. Y entre esperar y limpiar y poner orden en las ollas y apagar el fogón y asomarse a la huerta llegó el patrón. Se había quedado a cenar con su ministro de Montoneras para discutir la reorganización del “Piqueros”. Era necesario cambiar la plana mayor del regimiento. Rufasto Diosmeguie tenía cómplices era evidente y su ausencia había sobresaltado a la tropa. Se acordó trasladar a algunos jefes a la guarnición de las minas de Siquipacha. Barajando nombres se bebieron unos vasos. Se despidió el ministro de Montoneras y el Caudillo removió las espesas cortinas de la sala y salió a la terraza. Serían las once y todo estaba tranquilo. Sintió golpes en la cocina y bajó despacio cruzando la huerta.

— Ah, eras tú. . . — pronunció suavemente.

Dominga no pudo responder. Era la primera vez que estaba sola delante del amo. Se miraron a la luz de la lumbre que se extinguía. Ella se enjugó las manos en el delantal.

— Ven a mi cuarto cuando termines. Necesito que me calientes las sábanas.

Y se fue sin hacer ruido, tambaleándose, con ríos de vino en las arterias. Dominga dudó un momento, paralizada. El patrón no se le había insinuado nunca. Ni la miraba, creía ella. ¿Y si no fuera a su cuarto? ¿Qué le diría mañana? Por último, alguna vez tenía que ser. Se arregló el cabello, se estiró la falda y caminó en la dirección en que se fue la mariposa vieja. El dormitorio estaba a oscuras y don Santiago aguardaba tendido en el amplio lecho.

— Acércate.

Dominga dio unos pasos hasta el borde de la cama.

— Desnúdate — seguía hablando en un lenguaje lacónico el dueño y señor de Jora.

La mulata tenía poco que quitarse y no tardó en cumplir la orden. Se sentía sin voluntad para resistir. Más aún, el deseo comenzaba a golpearle en las sienes. Se acostó y sintió en sus muslos las manos del hombre que no eran las mismas manos del jefe. Después la boca buscó sus senos, su cuello, su mentón, sus labios. Dominga respiraba hondo, sin pronunciar palabra, sin moverse casi. El dictador mascullaba frases que ella apenas entendía, tan nuevo, tan inesperado y diferente era todo. Su cuerpo se estremecía con una sensación jamás experimentada, algo que trascendía las circunstancias de esa iniciación violenta. Una tenue luz caía sobre ellos y en un libro que está sobre la mesilla junto al lecho con alto dosel y cortinajes, entre otros de sentencias y oraciones nunca leídas, se mueren también de olvido los *Cantares*: “A mi yegua favorita te he comparado. . . Tus ojos son como palomas detrás de tu velo. . . Tus cabellos como manadas de cabras. . . Tus dientes como ovejas esquiladas que suben del lavadero. . . Mi amado metió la mano por el agujero de la puerta y mis entrañas se conmovieron por él. . . Sesenta son las reinas y ochenta las concubinas. . . pero una sola es mi paloma, la perfecta. . . Tu cintura como un tazón torneado donde nunca falta el vino. . . Tus pechos como mellizas de gacela. . . Tu cuello como una torre de marfil y tu suelta cabellera es lustrosa como la púrpura. . . ¡Un rey está preso en tus trenzas!”

Nadie profanó esas páginas. Están vírgenes del tacto y las miradas. Suponemos aforismos, cantos de amor que pertenecen a otras muy diferentes vibraciones del espíritu. Es distin-

to el lenguaje pero la esencia pasional es idéntica. De los labios de los amantes están ausentes esas palabras. De pronto, Dominga percibió en la oscuridad el olor a sándalo, turbador, excitante, conocido. Su sacrificio desgarrador y delicioso tenía una madrina fantasmal.

De entre las sábanas salía un rumor de torcazas, un ronroneo como el del *Carmelo*, de gato que se acaricia entre los muslos y a veces semejante al estertor final del que agoniza. El hombre se comportaba con el instinto de la bestia, sin exquisiteces ni refinamientos, puro sexo ardoroso, agresivo, en tanto que Dominga se desvanecía bajo el peso del inesperado amante con un escozor deleitoso, enardecida por el perfume que ella sola era capaz de percibir porque allí estaba el airecillo que anunciaba la presencia de la señora de Torre Antigua, espectro de celestina, poderosa alcahueta de ultratumba, gozando desde su ser invisible en un acto que esperaba hacía eternidades en ese mismo lecho con dosel y brocados.

El alba entró empujando las cortinas, repartiendo lechosas ráfagas en la alcoba. Dominga se había quedado sin hacer ruido, como cuando Julieta le dice a Romeo: "Ha sido el ruiseñor y no la alondra y no es esa la luz de la alborada". No es hora todavía de partir. Pero al Caudillo todo le es igual. Exhausto como lo ha dejado la marquesa encarnada en la cálida piel de la mulata, se siente dominado por el efecto de una droga, náufrago entre el oleaje de las sábanas, sin sospechar que lo ha poseído un fantasma.

En sucesivas noches ocurrió lo mismo. Entraba Dominga en la alcoba y detrás de ella la *taparaku* escoltando a la marquesa y su aire provocador. Y se repetía entonces la posesión del ectoplasma, la encarnación lenta, de una irresistible sensualidad en el cuerpo febril de la mulata. ¿Era júbilo por realizarse en las misteriosas vibraciones de ultratumba? Había muerto joven, decían, la misma noche nupcial, sin haber podido consumarse la unión. Se habría perfumado con sus manos delicadas para hacer más vivo y estremecedor el acto amoroso. Estaría desnuda y sedienta de vida cuando le llegó la muerte. Pero dejó en suspenso la entrega y retornaba en Dominga, en su ardorosa piel que incendiaba los sentidos de su amante.

EL INVENTO PRODIGIOSO

— ¡Ignominiaaaaa! — sigue gritando en la plaza Habacuc.

— No hay lugar ya para tanto hijo de puta — razonan los médicos del puericultorio.

— Las trompas. . . hay que neutralizar las trompas — repiten las voces en el Centro de Comadronas Liberales.

— ¡Pecado nefando! — insiste el predicador. ¡Ignominia! ¡Ignominia! ¡Ignominiaaaaa!

Los niños congestionan el puericultorio. Los llevan en cestos de mimbre, cajas acolchadas, envueltos en mantas de vicuña, en papeles y aun desnudos en los días del verano. Y el concierto de llantos aumenta. Unos, débiles sollozos; otros, agudos y destemplados. Las enfermeras entran y salen y las botellas de agua de azahar se acaban y hay que renovar la existencia. Y hacen falta más y más biberones y la crisis de nodrizas va en aumento y mejor hubiera sido dejar que siguieran los parlamentarios en sus curules y que cada quien se ocupara de sus endemoniados críos.

Onagro Présbita y Eolo Gérmenes buscaron durante varias noches la salida, entre pertinaces libaciones en “Las cumbres”, la suntuosa residencia de Ofidio Denario donde solían deliberar antes de someter al Caudillo sus proyectos. Parecía que hasta las simples coincidencias se volvieron contra ellos. Era urgente revisar, corregir, reconsiderar lo que se había hecho en el gobierno después de esa memorable sesión en que la capital fue honrada con el nombre ilustrísimo del benefac-

tor de la patria y el ministro Ergástula pronunció su célebre discurso sin erres. Habían transcurrido diez años desde entonces y las cosas estaban peor que antes. ¿Tuvo algún sentido modificar el nombre de la ciudad de Cacas?

—En la lengua aborigen quiere decir roca viva, que es una hermosa expresión —reflexiona cultísimo el ministro Présbita.

—El tiempo ha humillado la palabra. Es tarde para intentar lucubraciones idiomáticas —interviene Denario encendiendo su pipa de ámbar y espuma.

—No lo es si queremos dignificar los valores del pasado, —porfía Présbita— devolverles su pureza original.

—Nos apartamos del tema que es rigurosamente económico. Lo digo como encargado de administrar el tesoro de la nación.

—*¡Merde!* —aúlla Eolo que sabe algunas palabras útiles y mucho más expresivas del francés. El problema es principalmente social.

—¿Insinúas construir nuevos puericultorios?

—Propongo impedir que sigan naciendo niños.

—Las señoras comadronas fingen favorecer las prácticas abortivas pero lo que quieren es que no dejen de haber alumbramientos porque así, al tiempo que acatan las disposiciones de la autoridad eclesiástica, defienden sus intereses. Llegará el día en que no habrá alimento suficiente para los habitantes de Jora y se morirán los párvulos por miles. Pero eso no le preocupa al padre Hisopo para quien, al final de cuentas, es más importante aumentar la población del cielo donde todos seremos iguales y felices.

—Esos son cuentos de beatas —dice el ministro Gérmenes que tiene sus reservas. No todos son iguales en el cielo.

Y agrega que, empezando por el Padre Eterno, Señor Todopoderoso y Emperador del paraíso, hay una corte celestial con príncipes que vienen a ser las altas jerarquías conocidas como querubines, serafines, potestades y dominaciones, sin hablar de los arcángeles que también pertenecen a la nobleza —¿duques, condes, mariscales?— hasta llegar a los grados subalternos de los ángeles que son la tropa del cielo.

—Todo eso está bien —acepta Présbita— pero no es prudente incursionar en asuntos religiosos.

—Me interesa lo que es organización y disciplina.

—Debemos creer en la revelación, —intenta el aludido un gesto de humildad— que es el medio de conocer la voluntad de Dios.

Las similitudes con los sistemas humanos me hacen dudar. ¿Ha considerado algún reino de la tierra en sus legislaciones penales un castigo semejante al del infierno?

—Eso es blasfemia —se alarma Présbita.

—Eso es comprobar que esas leyes las hicieron los hombres. En la época en que se organiza de esa manera el paraíso, no olvidemos que los castigos eran terribles y entre ellos, precisamente, el tormento del fuego.

El recuerdo del comandante Diosmeguie pasó por las mentes e hizo cambiar el rumbo de la presuntuosa discusión. Porque son otras las preocupaciones de los señores ministros y ese debate pseudoteológico más parece una evasión de los problemas reales y Eolo Gérmenes está abrumado con la escasez de materias primas y los productos más elementales que demanda el puericultorio y la carestía del talco porque no tenemos silicato de magnesio y querido Denario no se puede seguir importando aguas de azahar es mejor combatir las plagas de los pocos naranjales que tenemos y el sahumero está por las nubes y hasta cuándo habrá que traerlo y es preferible dejar de sahumar los dormitorios y un biberón cuesta un ojo de la cara y Ergástula interrumpe para hablar de los castigos a los estudiantes y Présbita le hace reflexiones porque eso es intolerable y yo debo responder por la situación en las escuelas y afortunadamente cerramos a tiempo la universidad que sólo producía malos juristas y demasiados insurrectos.

—Nadie duda que hay malestar en la ciudad, —observa Denario.

—Los brotes de insurrección han sido sofocados con severos castigos —comenta Gérmenes. No con el fuego, exactamente; pero sí con las sanciones que establece la ley. No ha sido posible apresar a Anselmo Páucar que prosigue su campaña de agitación en las comunidades. Por su parte, las Hermanas Nonatas contribuyen a acentuar el clima de rebeldía

y ese predicador andrajoso y desequilibrado atrae multitudes en las plazas con fines que desconocemos.

—Hasta el sereno —se asombra Denario— parece sumarse a la protesta. Cumple con recorrer las calles, pero no quiere dar la hora.

Los ministros examinaron otros asuntos que consideraban de importancia, aunque siempre con una irresistible tendencia a divagar. Volvieron a hablar de los ángeles y el sahumero y las comadronas y la agitación en el pueblo y en las aulas y las penas que merecían esos descastados perturbadores de la paz del vecindario. Agotados los temas y ellos mismos agotadísimos se despidieron de Ofidio Denario cuya lujosa residencia contrastaba con las penurias y el descontento de los jorinos. Cuando salieron de “Las cumbres” la noche había invadido el cielo con su brea.

DE PRONTO COMENZARON a encontrarse fetos par las calles, engendros que no irían al cielo si tenían menos de cuarenta días, que es cuando el alma se incorpora al cuerpo afirmaban los teólogos medioevales, porque no puede suponerse un espermatozoide con alma, únicamente por haber encontrado un óvulo en su camino. Se hallaban incluso formas que parecían salidas de las manos de Brueghel, pequeñas y moradas, con desmesuradas orejas y dedos con membranas de palmípedos y batracios. Otras veces eran criaturas desproporcionadas que más parecían plantas acuáticas que niños.

Fue entonces cuando apareció, primero como un rumor, luego convertido en un hecho comprobable y, finalmente, con las características de un negocio jamás visto, el fabuloso invento. Tenía que provenir de un higienista inglés del siglo XVIII. Era tan elemental y, sin embargo, parecía imposible que no se le hubiera ocurrido antes a nadie.

—Es una simple tripa, estimado Malaquíás; nada más que una tripa de carnero, aunque puede también hacerse de cualquier materia flexible.

— De jebe, por ejemplo, la *hevea* amazónica, conocida como shiringa o caucho — acertó el maestro en cuyo diccionario no figuraba el invento.

— Eso es, caucho, jebe — gritaba Avicena. Tenía que ser un inglés, tan aficionados como son al impermeable.

— Bueno y . . . ¿después?

— Después se viste usted con ese traje de buzo y basta.

— ¡Milagroso . . . !

— ¡Imagínese, con la abundancia de caimanes y carneros que hay en Jora!

— Estamos salvados. Mister Condom merece un obelisco en cada plaza. Se acabó esa peste de lactantes que amenazaba destruir la república.

— Además, es higiénico.

— Y vistoso. Yo diría que hasta elegante, con ese borde que parece una chalina comprada en *Regent street*.

— Preserva de las procreaciones imprudentes.

— Y de las enfermedades de Venus. Un verdadero protector.

— Los franceses lo llaman “capote inglés”.

— Muy mercedamente. Y ¿tiene usted existencia?

— Como para abastecer durante un semestre a la ciudad.

— No es mucho.

— Pueden lavarse. Y están por llegar nuevas remesas. Es verdad que podríamos fabricarlos, pero hace falta una delicada maquinaria. No se crea, don Malaquías, que se trata de soplar y hacer pipetas.

Como lo había calculado el boticario, el invento tuvo un éxito fulminante. Ya nadie iba a discutir al tabernario. Y se veía a muy pocos fieles en la iglesia. Las parejas se recogían temprano y las tradicionales tertulias vespertinas, con tresillo y chocolate, apenas duraban.

El primero en recibir el sensacional invento fue don Santiago. Hizo la entrega solemne el propio Avicena. Lo había colocado en una caja de cuero rojo con seda azul y al centro ese toisón de oro que le daba al conjunto un aire heráldico. Hubo discursos, brindis encendidos, salchichas a la brasa y Avicena recibió la condecoración, por “Servicios distinguidos” en el grado de comendador.

Esa misma noche, el Caudillo estrenó en Dominga el prodigioso impermeable. Al principio encontró dificultades. No calzaba de primera intención y había que esperar. Y en la espera bebieron copas de vino espumante que quedaron de la actuación de la mañana, hasta el momento de comprobar que el adminículo extraordinario era de talla universal. Le disgustó, no obstante, esa condición de aislador que lo priva del contacto directo a él, amator insuperable que creía tanto en la piel. Pero no podía dudarse de su pasmosa eficacia. Era como hacer una visita sin quitarse el sombrero, el gabán y los guantes. Eso es, pensaba: los guantes. ¿Y si probara con esos que ya no usaba? Lavándolos un poco, estirándolos, lubricándolos, tal vez podrían servir por lo menos tres de los dedos. Desechó la idea porque le pareció más práctica la tripa de carnero. Instalaría una fábrica y fomentaría la explotación del artículo, pero, eso sí, firmando un decreto para que nadie pudiera utilizar, con esos fines, esa parte invaluable del intestino del animal. Era un derecho que se reservaba el estado. ¿Cuántos metros tenía el aparato intestinal del carnero?

—En el hombre tiene de seis a ocho metros —informó el maestro Malaquías al día siguiente en que se le permitió asistir al consejo de ministros. Me refiero, claro está, al intestino delgado.

—Habrá que medirlo —sugirió tímidamente Malaquías. Sin embargo —se atrevió— con perdón de su excelencia, en el país hay abundancia de cabras, que también pertenecen a los óvidos.

El debate se prolongó hasta la medianoche. Se nombró una comisión de veterinarios, para hacer las comprobaciones, integrada por químicos, talabarteros y botánicos, porque se pensó que el látex de la euforbiáceas era utilizable, tratándose de una sustancia sólida, inodora y elástica, menos expuesta a la descomposición que el intestino de los carneros y las cabras.

Decididamente, mister Condom le había ganado la batalla a Falopio. Mientras el italiano se limitaba a dar su nombre a las trompas, el honor de prescindir de ellas le correspondía al inglés.

No tardó mucho antes de que el gremio de servidores de la morgue obsequiara al Caudillo doce docenas de protectores he-

chos con la piel de cadáveres anónimos y que don Santiago que en la intimidad de su conciencia abrigaba principios morales, prefirió no usar, disponiéndose que fueran colocados en una vitrina en el museo de los presentes que, estando al lado de la alcoba, a lo mejor, si lograba vencer esas resistencias de su educación cristiana, se vería en la necesidad de utilizar.

VARIOS MESES DURARON los experimentos y el resultado fue tercamente negativo. Las tripas se ponían tiesas, ásperas y quebradizas. Se había probado con los intestinos de los caimanes, luego de comprobar que no servían los carneros y las cabras. Las entrañas de los caimanes eran igualmente duras y el incipiente desarrollo de Jora no le permitía industrializar la leche de las euforbiáceas. La *hevea brasiliensis* quedaba también descartada. Era inevitable seguir dependiendo de Inglaterra. El Caudillo envió un agente comercial a Londres, contrariando la opinión de su ministro de Montoneras que se declaraba enemigo de la pérfida Albión.

La discusión fue una noche en la acostumbrada residencia de Ofidio Denario. Quedó establecido que el país no estaba en condiciones de emprender una tarea tan delicada y difícil como la de fabricar preservativos. Se aprobó, asimismo, sin resistencia alguna, que la venta del producto era una empresa exclusiva del estado y, en consecuencia, de su gobernante que lo representaba al haber asumido todos los poderes. Cualquier intento de importar los profilácticos sería pasible de muy severas penas. No quedando nada en la agenda se dio por terminado el consejo.

Acababa de retirarse el Caudillo en compañía de Eolo Gérmenes, quedando en "Las cumbres" sólo cuatro de sus consejeros. El vino enseña a los pies la danza y traba o desanuda lenguas. Hace decir hasta lo que no se diría al cura en la hora de la muerte. Dardo Corvejón es un curioso tipo de rebelde y debe tener sus razones para no simpatizar con los ingleses. Conoce algo de historia y lee con frecuencia rara en un hombre sometido a la férrea disciplina del cuartel. La "pérfida

Albi6n" es una frase de uso corriente y no puede faltar en su agresivo juicio. Analizando el pasado, no hace diferencia entre corsarios, filibusteros y piratas, temas que le interesan aunque, como todo el mundo sabe, Jora no tuvo costas marítimas sino en una prehistoria que desaparecía en la enmarañada cuenta de las edades. Para el coronel —y no admitía polémicas— Drake era un bandolero del mar como otro cualquiera y un bandolero no es sino un hombre que se apodera de los bienes ajenos —en su caso el oro del Perú— y está, por consiguiente, fuera de la ley, por más que una reina, más histérica que virgen, lo hubiera nombrado almirante de la flota inglesa y recibiera el espaldarazo de caballero.

—Lo mismo hicieron los griegos con Sófocles —advierte Onagro— con la diferencia de que Sófocles era un hombre puro que pintó con tonalidades terribles la unión incestuosa de Yocasta y Edipo y lo del almirantazgo fue una decisión algo apresurada porque Sófocles se mareaba nada más que asomándose al golfo de Corinto cada vez que iba a consultar el oráculo de Delfos.

Enviar un agente a Londres constituía para Dardo Corvejón una determinación monstruosa. Ni más ni menos que meterse en la boca del lobo. Se llevarían nuestra sal y nuestros caimanes. No quedaría una sola muestra de las culturas prejorinas. Los valiosos monolitos del Hanansuyu irían a hacer compañía a los sarcófagos egipcios, las metopas del Partenón y los Budas de la India; a formar parte del botín capturado en el gran saqueo universal que custodian los densos muros del Museo Británico. Y eso no puede aprobarlo Corvejón. Decía que un siglo les bastó para usurpar el rango de primera potencia y que en esos cien años se han convertido en el gran depredador de las tierras bañadas por los siete mares.

—Catilinario has venido esta noche —sonrió Onagro Présbita, obligado como estaba a conocer la historia.

—¿Qué mano ha distribuido hachas entre los salvajes americanos, fusiles a los campesinos alzados de *la Vendée*, afiladas cuchillas a los esclavos de las colonias, armas de fuego y puñales a los emigrantes franceses? El Imperio Británico, se respondía a sí mismo el coronel de Montoneras. ¿Quién ha hecho del oro corruptor su representante diplomático en Europa y

Asia? ¿Quién es el empresario de las guerras civiles y de los conflictos entre las naciones débiles, el financiador de los crímenes y el ministro de la muerte? El Imperio Británico, volvía a contestarse Corvejón.

Un vino grueso, sangre de toro, encarcelaba crepúsculos en los vasos. El rostro del ministro de Montoneras iba tornándose lustroso, aborgoñado, culo de mono mandril, así como la calenturienta diatriba que acababa de oírse. Ergástula y Denario bebían sin oponerse. El único que reacciona, con tímidas objeciones, es el ministro de Educación. Recordaba que el sistema lancasteriano había prendido bien en las escuelas públicas y que “La educación de las clases obreras” era un tratado ejemplar y que no todo lo que venía de Inglaterra era nefasto y el mismo Lancaster fue un proletario.

—Que, si no estoy mal informado, querido Présbita, le robó a otro su método. Un pirata magisterial.

Corvejón no entendía de sistemas de enseñanza mutua y Onagro Présbita no insistió mientras los otros dos ministros guardaban un prudente silencio. Corvejón siguió su discurso diciendo que los ingleses habían devastado las colonias y que nadie se atrevió antes a concebir el proyecto de entrenar mastines, armarlos con penetrantes puntas, hostigarlos por el hambre y soltarlos entre los soldados franceses en las llanuras de Santo Domingo. Y repetía que los ingleses enviaban secretamente cargamentos de cuchillos y puñales para alimentar la guerra civil y asesinar a los mandarines y las inicuas guerras del opio y decía que cargaban cañones con grasa y tocino para dispararlos contra los buques y dejar en los rostros de los marineros las señales de ese sadismo feroz.

— El opio venía de la India.

— Pero el contrabando lo hacían los ingleses.

El ministro de Montoneras encarnaba la imagen del apóstol contra la injusticia y no le bastaba con defender a Jora; quería constituirse en salvador de la humanidad. Decía que un punto imperceptible en la carta geográfica que debía su origen a pescadores, piratas y traficantes de un oscuro cabotaje no podía aspirar a ser una potencia universal. Présbita le replica, en un raudo relámpago de lucidez, que en eso que llama un oscuro ca-

botaje está el secreto del dominio de los mares por un pueblo que tiene una irresistible vocación marinera y que el veneciano Juan Caboto enviado por Enrique VII llega primero que nadie hasta las costas norteamericanas y que su hijo Sebastián es un soñador que busca tesoros imaginarios en el río de La Plata y que para eso se vive y se muere y no es el oro de los Incas sino las diabólicas operaciones en ríos y puertos, en los estrechos y en los cabos donde pueden faltar peces pero habrá siempre navegantes británicos y que Drake tuvo que dar la vuelta al mundo porque a Magallanes se lo comieron los antropófagos y que venderles machetes a los indios es civilizarlos y que no hay nada como el opio para espantar los pesares —“qué cínico eres, Onagro”— y que el cabotaje es una política habilísima que consiste en no perder de vista la costa y estar en todas partes comprando y vendiendo y así insensiblemente no han tenido más remedio que conquistar el mundo.

A Dardo Corvejón no le interesa de dónde procede la palabra cabotaje y persiste en que los ingleses han feudalizado el mar y cobran censos y tributos y nadie sino ellos puede hacer y deshacer el mapa a su capricho y que si un terremoto desata toda suerte de calamidades un solo cañonazo de los ingleses conmueve los treinta y dos rumbos de la rosa de los vientos.

A Prontuario Ergástula se le caen los párpados y no han logrado arrancarle una opinión. Inglaterra, corsarios, piratas, ríos, tributos, guerra son demasiadas erres y prefiere callarse. Ofidio Denario no es extraño al tema porque comprende el campo de las finanzas y el comercio, pero está cansado y ha hablado poco. Onagro Présbita ha terminado por dormirse después de descubrir que esos furibundos ataques están dirigidos, en última instancia, al propio Caudillo que ha tenido la imprudencia de enviar un agente a Londres y en la conciencia de los ministros germina la disconformidad y el desacuerdo porque comienzan a comprender las causas del malestar popular y, como ocurre con todos los gobernantes despóticos, don Santiago será el último en enterarse.

Pero el Caudillo desconoce los juicios implacables de la historia y no sabe ni le importaría saber que los ingleses inventaron una máquina infernal para incendiar puertos, princi-

pio inspirado en los espejos ustorios de Arquímedes ni que de un cañonazo hundieran cien juncos chinos y no le han hablado de las artes panfletarias y los venenos de la calumnia e ignora si son los verdugos de Irlanda y le tiene sin cuidado si han vendido armas a los republicanos y dagas y puñales a los inocentes sudamericanos para ahogar en sangre la nueva cuna de la libertad. A don Santiago lo único que le preocupa es la importación masiva del invento de mister Condom, aunque su exaltado ministro sospeche que el impermeable constituye una nueva demostración de la perfidia británica en su deseo de exterminar a la especie humana.

El maestro Malaquíás, que había proporcionado información de remotos y recientes hechos históricos al ministro de las enardecidas catilinarías y algunos minuciosos conocimientos sobre los ovinos, está de acuerdo con Dardo Corvejón. Lo que persigue Inglaterra es acabar con las razas que considera inferiores. Malthus era la teoría, pero Condom es la práctica. Un país acostumbrado a la perfidia tenía que producir un objeto como este que vulnera en lo más hondo la esencia misma de las doctrinas que predica el Vaticano. Obra de protestantes para aplastar tres siglos de gallarda contrarreforma. El capote inglés viola los más sagrados preceptos bíblicos y el “creced y multiplicaos” que es, más que una ley biológica, una filosofía y un mandato. De este modo, una funda profiláctica venía a ser un instrumento igualmente diabólico y su inventor, el falso higienista, culpable de la peor de las profanaciones y el más abominable de los crímenes porque vulnera una ley de la naturaleza y rebaja el amor a una indigna función animal.

EL DIA QUE LA NOCHE DURO TODO EL DIA

Don Santiago no escuchaba razones. Había que comprar toda la producción de las fábricas inglesas porque seguir sin límites abasteciendo al puericultorio acabaría por arruinar las arcas públicas.

Fue en esos días que se produjo la invasión de mormopes, quiróptero horrible, orejudo e infernal, que rozaba las excrecencias foliáceas de su hocico, sus pelos duros y repugnantes, contra el cuerpo y la cara de las personas dormidas. Los mormopes aparecían en ejércitos nocturnos, pegaban los apéndices membranosos de su nariz a las ubres de las vacas, tropezaban en los cielorrasos y mamparas, cubrían de cagarrutas los alimentos. Asegurábase que presentaban las mismas características y la peligrosidad del vampiro y que chupaban la sangre de sus víctimas, de preferencia los niños, y por eso se colgaron tupidos cortinajes en las ventanas del puericultorio y cerraron herméticamente las puertas apenas empezaba a anochecer. Los mormopes llegaban en negras y apretadas nubes, se introducían por las claraboyas y rendijas, aleteaban en los patios y corredores gritando con menudos chillidos de ratones cuando trataban de espantarlos. No se podía dormir en el puericultorio y el llanto de los niños hacía más intolerable la tiniebla de los pabellones.

—No dirás que es el Imperio Británico quien nos manda esos ejércitos de murciélagos —dijo el dictador a su ministro de Montcneras en la reunión del consejo.

—Si fuera así, habría que agradeceréselo, excelencia.

Don Santiago lo miró perplejo.

—Digo, concretamente, que los mormopes pueden ayudarnos a resolver el problema de los niños.

—No lo había pensado —confesó el ministro de Epidemias. Si se tratara, por lo menos, de vampiros . . .

—Esa sería una solución de la más refinada crueldad —censuró Onagro Présbita.

—El gobernante no es cruel ni bondadoso sino práctico. Todo depende de las circunstancias. Al homicida lo cuelgan en la horca; al que mata en la guerra le cuelgan una medalla. Esa es la diferencia entre un asesino y un héroe.

—Pero, ¿y si fueran, realmente, vampiros?

—Tanto mejor. Que se abran todas las ventanas del puericultorio y que dejen a los niños dormir desnudos —ordenó el Caudillo. Y tú, Denario, prepárame la ordenanza liberando de impuestos al capote inglés.

La invasión de mormopes duró casi todo el verano y pudo demostrarse que eran completamente inofensivos. Por el contrario, desaparecieron los insectos y en las zonas palúdicas el número de enfermos descendió en forma considerable. Durante ese mismo tiempo el ingenioso producto británico inundó la ciudad. Malaquías fue el instrumento del dictador, su testaferrero en el negocio que mayores utilidades produciría en toda la historia de la república. No cabía dudar en elegir entre la disfrazada exclusividad para la importación de preservativos o el confinamiento en las minas de Siquipacha, la inhóspita región de donde no es posible evadirse y en la que hace tanto frío que sus desdichados pobladores hablan entre dientes. Es verdad que Avicena fue el primero en traer la mercadería; pero una nueva remesa se le decomisó por no haber recabado la licencia correspondiente, sacándola a licitación pública cuyo más alto postor fue Malaquías. Al boticario se le convenció de que era menos riesgoso vender jarabe de ipecacuana y bicarbonato de soda. Otras alternativas hubieran sido cerrar el establecimiento o dar una pisada en falso y caer en el río de los Caimanes. Avicena era un hombre razonable y no olvidaba que Rufasto Diosmeguie había viajado a la otra vida, presumiblemente sin uñas ni testículos y aceptó sin discutir la proposición. El agente volvió de Londres con los contratos firmados y la

compañía importadora "Malaquíás Condom Company S.A." abrió sus oficinas en uno de los ángulos de la plaza principal.

Los *jebes*, como se les llamaba, estaban en todas partes. Malaquíás era el distribuidor exclusivo y podían adquirirse en las tiendas de artículos de primera necesidad, en las zapaterías, en las barberías y al mismo Avicena se le autorizó a venderlos, aunque no a importarlos como la primera vez. Malaquíás ganaba una comisión pero las estupendas utilidades iban a incrementar las arcas de don Santiago. En los parques se encontraba los *jebes* arrugados y los niños jugaban con ellos resucitándolos, llenándolos de agua con anilinas y los colgaban en los árboles como frutos rojos, azules, verdes, morados.

Dardo Corvejón contemplaba el desconcertante espectáculo y seguía convencido de que el perverso recurso era una expresión más, un arma solapada y tremenda que sólo la felonía de los ingleses podía haber imaginado. Ya no nacían niños en Jora. En poco tiempo no habría soldados para defender la patria y en un término impredecible quedaría convertida en una república de viejos. Por otra parte, el acto sexual no ofrecía peligro alguno para las doncellas que se entregaban sin temores, protegidas como estaban por el asombroso adminículo. Analizada la situación con proyecciones hacia un futuro no muy lejano, este sería un país sin niños ni soldados ni vírgenes, razonaba el coronel Corvejón. Una nación anquilosada y senil. Y una noche le confió sus preocupaciones a Onagro Présbita. El diálogo tuvo acentos de conjura. Sin cuarteles ni escuelas, sin tropas que mandar ni párvulos que educar, Corvejón y Présbita no harían falta para nada. Era imperioso impedir la importación del nefasto artículo y que siguiera creciendo el puericultorio. Onagro arguyó que era infundada la alarma porque había, afortunadamente, gentes conservadoras que rechazaban vestir esa camiseta para hacer el amor. Tenía, además, importantes datos. Las últimas remesas habían resultado una estafa. El producto era de pésima calidad y los impermeables se rompían en el momento mismo de usarlos.

—Eso no le resta inmoralidad a la operación. El negocio es turbio y nos encadena el dominio tiránico de los ingleses. Nos irán sometiendo, conquistando y llegará el día en que nada se-

rá nuestro. El caudillo no abandonará el camino de los déspotas. Debemos impedir que avance.

Présbita le hizo ver que no decía nada nuevo y que si le permitieron dar el primer paso era tarde para oponerse a que siguiera la misma ruta y que al callar diez años habían consentido y que si lo pensaban bien todos eran partes orgánicas de ese absolutismo y el coronel insistía en la necesidad de hacer algo porque la inercia y el conformismo son enfermedades de pueblos castrados y Onagro replicaba que deberían esperar un poco más y Corvejón le sugirió la conveniencia de revisar el registro de ingresos al puericultorio porque era hombre sagaz y sin la estadística no se va a ninguna parte.

—El verano pasado no hubo una sola entrada —dijo Présbita— pero ya sabemos que es en la primavera cuando se producen más nacimientos.

A Dardo le invadía una negra inquietud. Sin comunicárselo a Présbita sintió que en su mente maduraban ideas desesperadas y rencorosas. El cuerpo del “Piqueros Verdes” había sufrido en carne propia el indecoroso sacrificio de su jefe. Era una buena razón. En cuanto al de “Piesplanos”, sus hombres estaban siempre resentidos, se sabían marginados y ningún lugar mejor para hacer saltar la chispa de la insurrección.

Como se presumía, el Centro de Comadronas Liberadas, olvidando el apresuramiento de alguna declaración contradictoria, comenzó a incomodarse ante la escasez de partos. En los primeros tiempos de recesión acordaron atender por parejas los alumbramientos. Más tarde, para cada parturienta había algo así como una junta de comadronas. Pero, transcurrido el primer año de instaladas las oficinas de “Malaquías Condom Company S.A.”, se produjo una alarmante saturación del mercado y no sólo ya nadie llamaba a las parteras sino que el Centro tuvo que cerrar sus puertas. Durante ese mismo período fueron despedidas las dos terceras partes de las obstétricas del puericultorio, quedando el resto asignado al cuerpo de enfermeras y cuidadoras. La legión de descontentos comprometía a todas las clases de la sociedad. Comenzaron a reunirse los jefes y oficiales de regimiento con los maestros, los vendedores callejeros y las comadronas, a quienes se sumaban las

diplomadas sin trabajo. Y otro hecho, más grave e imprevisto, se produjo en el bajo mundo. Como la virginidad había perdido la privilegiada cotización que tuvo antes del capote, no hacían falta los servicios de las hijas de la noche. En la calle del pecado las meretrices pasaban largas horas esperando en las puertas, con batas excitantes y ligas rojas, sobre un fondo de tenues luces prometedoras de jamás soñados deleites, provocando a los transeúntes con palabras que salían de lo más oculto del sexo. La alhucema de los braseros diluía en la calle nocturna su anticipo de una intimidad irrestricta, pero no había clientes para esos aposentos tan codiciados en tiempos que parecían no haber existido nunca. Mientras aguardaban al incierto amante, las meretrices dirigían desde las ventanas frases de amarga pesadumbre atribuyendo al dictador su injusta suerte. Su malestar provenía del desenfado con que impúdicas adolescentes se entregaban protegidas por ese tapabalazo que, si lo observamos bien, querido Corvejón, debía pertenecerles exclusivamente a ellas. Así lo pensamos cuando Avicena introdujo su mercadería, recuerda Onagro Présbita. Y ahora resulta que tenemos un nuevo y temible aliado en nuestras filas.

—Con pelanduscas y comadronas no pretenderemos organizar una revuelta.

—Agregando comuneros y conscriptos —retruca Corvejón habrá una turba como de aquí a Siquipacha.

—Es deshonoroso.

—Es práctico.

—No hay que mezclar la pólvora con el permanganato.

—El fin justifica los medios.

—La alianza con las prostitutas es una aberración.

—Sus razones son poderosas.

—La culpa de todo la tiene el Imperio Británico y sus despreciables agentes.

—Una puta a caballo es una heroína.

—Bebe tu vino y cálmate.

—En todo ejército hay rabonas.

—Pero van a la retaguardia, cargando las ollas iguales a otra artillería.

—Olvidas a nuestros heroicos “Piesplanos” confinados en las minas de Siquipacha.

—Caerán boca abajo a la primera descarga como soldados de madera.

—Está el “Piqueros”, que es un cuerpo de veteranos.

—Hay que prender fuego a la tienda de Malaquías.

NO PENSÓ NUNCA DON SANTIAGO que el amor pudiera llegar a tener una contextura igual. Para él, a quien todas las mujeres le daban lo mismo, no existía ya sino una sola mujer. Lo que había empezado a penetrarle por los ojos, por una forma elemental del deseo; lo que no hubiera pasado de una transitoria satisfacción de amator empedernido cobraba ahora las dimensiones de algo sin lo que no es posible vivir. La relación iniciada en un accidental encabritamiento de la sangre llegaba a sus últimas instancias, hasta la más escondidas arterias, condena sin indulto posible ni conmutación de pena. Y había lo que no se expresaba con palabras, la identificación plena en el pensamiento y los instintos, en las coincidencias del gusto, en el decir al mismo tiempo: “¿Por qué esta noche no?” Dominga se había introducido como un subrepticio virus en el ser de su amante sin cálculo alguno, sin sopesar ganancias ni riesgos. Entró en una gruta en tinieblas, asegurando cada pisada, el menor movimiento, con la respiración sofrenada, a tientas, llena de una pavorosa angustia. Y el hombre se dejó penetrar. La sentía invadiéndolo, tomando cada noche posesión de un territorio jamás conquistado, de unas tierras vírgenes del amor verdadero, sin apresuramientos, con el ritmo, el equilibrio y la lógica de la biología, del transcurrir del tiempo, del orden del universo. Y a Dominga le pasaba algo exactamente igual. No le parecía agresiva y grosera la voz del jefe ni despreciables sus impulsos de animal subalterno. El déspota había rejuvenecido veinte años sin pactos satánicos ni brebajes de brujas ni tratamientos esotéricos. Mientras sus ministros se marchitaban, perdían el cabello y los dientes, sufrían achaques, volvíanse escépticos, declinaban en sus arrestos sexuales, estaban lustrosos y obesos; cuando los demás perdían la confianza en la vida el Caudillo sentía que sus manos se tornaban más hábiles y profundizaban mejor la sabiduría del entendimiento amo-

roso. Sus sentidos vivían un renacimiento, una renovación de los plazos, un constante germinar de vigorosas semillas. No había lugar en su corazón para la ambición ni la crueldad. Si hubiera leído a Camoens habría adaptado su situación a las diferentes estancias del amor cuando dice que es un fuego que arde sin verse y es herida que duele y no se siente. Don Santiago apenas leía, no leía, detestaba la lectura y mucho más los versos, esa manera de evasión en que el poeta recomienda lo que no está en condiciones de hacer. Sentía en carne propia que el amor es un fuego invisible y es pensar que se gana cuando, en verdad, se pierde.

Muy de tarde en tarde se reunía con Prébíta, Ergástula, Corvejón, Denario y Gérmenes para despachar los asuntos administrativos individualmente, pero el consejo había dejado de funcionar como un cuerpo organizado y coherente. Le interesaba más su quinta que "Las cumbres", refugio en el que Ofidio Denario resolvía, por su cuenta, las finanzas nacionales contemplando los cúmulos como bosques de mármol suspendidos. Y, más que los limoneros y los lúcumos de la huerta, prefería la alcoba con el altar a la Virgen de las Vicuñas, la consola de lamparín, las alacenas con yerbas medicinales, el lavabo de ónice y su jarra bordeada de angelillos y guirnaldas barrocas, el espejo descomunal de tres cuerpos, el lecho con dosel y todo ese íntimo paraíso en el que Dominga era la primera mujer y la marquesa de Torre Antigua saturaba el aire con su presencia aérea y el sándalo embriagador que únicamente la mulata percibía cada noche.

El dictador estaba entregado en cuerpo y alma a Dominga. Cuando entraba al dormitorio hacía genuflexiones igual que si llegara una reina. Nada estaba antes que ella. Ni el gobierno ni los rumores sobre el descontento ni el monopolio del capote inglés. Dominga era el centro y la razón de su existencia y ella le correspondía entregándose con un frenesí y una sabiduría que hubiera querido Cleopatra para seducir a Julio César. Anonadado por el ardimiento de la mulata no podía negarle lo menor, de rodillas como estaba la noche en que ella consiguió la liberación de los esclavos. La noticia corrió velocísima y se expandió en los algodinales, en las plantaciones de caña, en los manantiales salados. Los negros abandonaron las duras

faenas e invadieron la ciudad con sus marimbas de calabazas, sus quijadas de burro y los ensordecedores golpes del tam-tam, instrumentos que fueron incorporados al Conjunto Filarmónico de Jora, formado hacía pocos años y que no había cesado de repetir las lánguidas composiciones de Vivaldi y las incomprensibles fantasías de Purcell.

No era suficiente con esa justiciera medida humanitaria y social. Valdecabras estaba decidido a ir más lejos. Considerando que la república había coronado patrona a la Virgen de las Vicuñas, se dispuso que entre los Reyes Magos se eligiera al negro como protector de la ciudad. Pero nadie sabía, ni el padre Hisopo ni el predicador Habacuc ni sus ministros a cual de los tres le correspondía el nombre. Alguien observó que, según la tradición, Gaspar era joven y rubio cuando llegó a Belén y que murió a los ciento nueve años y este hecho lo convirtió en una figura popular entre los pueblos orientales y quedaba, por lo tanto, descartado. Otro dijo que Baltasar, aunque no era el mismo personaje, le recordaba a un rey de Babilonia que vio aparecer sobre un muro, durante un festín, una mano escribiendo las palabras *Mane, Tecel, Fares* y que un joven judío descifró anunciando un desastre, ocurrido esa misma noche cuando entraron los persas en la ciudad.

—Eso demuestra —hizo notar reaccionando muy agudamente el maestro Malaquías— que Baltasar es nombre de reyes blancos. En cambio Melchor, cuyo nombre antes de esa deformación el profesor de Historia dijo que era *Melki-or*, quería decir “rey de la luz” y fue el embajador de los egipcios y de los etíopes, descendiente de Cam, el hijo maldecido de Noé y, debido a ese alto título, padre de la raza negra.

La erudición de Malaquías hizo enmudecer a la asamblea. No le gustó a don Santiago lo de la maldición de Noé; pero el episodio aparecía tan remoto e incierto que bien podía pasarse por alto. El rey Melchor sería el protector de la ciudad y se colocaría su figura, al lado de Nuestra señora de las Vicuñas, montado en un camello.

No se detuvo ahí la rehabilitación de la raza. En adelante no se llevaría ropa negra en señal de luto que sería reemplazada por vestiduras blancas y el día domingo se llamaría do-

minga, a partir de la publicación y pregón en la plaza principal de la ordenanza correspondiente.

—Esto ya no se puede permitir —gritó desde su dormán rojo Dardo Corvejón, en una cita secreta con Ergástula y Denario a quienes habían logrado ganar para su causa el de Montoneras y el de Incultura.

—La manumisión puede pasar —se le cayeron a Présbita de los labios las palabras.

—Vulnera seriamente los intereses de los gamonales y los explotadores de las minas. Tendremos una baja en la producción y habrá menores ingresos —golpeó la mesa Corvejón. Es inconcebible llamarle dominga al domingo.

—No veo la diferencia —se resignó el de Incultura. Es cuestión de costumbre. Para los italianos también es femenino. En el convento de las Nonatas, que habían levantado su huelga de campanas, dieron las tres.

—Las tres de la mañana —dijo Présbita.

—Las tres de hoy —jugó con las palabras Corvejón. Hay que decidirse ahora mismo.

COMO CONFIRMANDO la decisión del Caudillo sobre el culto a lo negro, ese día no amaneció. Serían las seis y treinta y en lugar de salir el sol apareció sobre los cerros, hacia el lado del Hanansuyu, una gran nube oscura. La nube se fue extendiendo, haciéndose más densa y unos truenos que prefiguraban tambores de danzas rituales se escucharon, primero distantes, pronto más cerca, hasta sentirse sobre los sembríos y los tejados.

—¡Es un eclipse! —gritó Habacuc. ¡Castigo a la ignominia!

Anocheecía a la hora en que debía amanecer, entre el desconcierto de los transeúntes, se transtornaban atterradoramente los crepúsculos y el tam-tam siniestro seguía retumbando y la nube fue en pocos minutos todo el cielo. Hombres, mujeres y niños salieron a la plaza con hachones y candiles, cayeron de rodillas rezando a voces: “Aplaca, Señor, tu ira, tu justicia y tu rigor”, golpeándose el pecho, llorando por esa inespera-

da muerte del día. No se veían las caras, envueltas en una lóbreguez que desbordaba ríos de tinta. Se protegían bajo las araucarias pero allí hacía más noche y las hojas se sacudían en un furioso vendaval. Súbitamente empezó a llover en medio de esa impenetrable tiniebla. Cayeron unas gotas como semillas de sandía, luego un abrumador diluvio; pero esa agua tenebrosa no venía sola. Unos cuerpos extraños se estrellaban en el suelo, en las cabezas y en los hombros del gentío, se enredaban en los árboles, se golpeaban contra las paredes del ayuntamiento y de la iglesia.

¡Son mormopes! — se escuchó una voz. Han vuelto los mormopes!

Entre torrentes de agua turbia caían — murciélagos muertos en la precipitación pluvial —, esos cuerpos negros, resbaladizos y pegajosos sobre la tierra fangosa con grandes charcos que inundaban la calzada. Se apagaron los candiles y la turba enloquecida corrió a refugiarse en la iglesia, bajo los arcos de los portales, en los patios de las casas, en las oficinas odiadas de la “Condom Company” que abrieron violentando las puertas, prendiendo fuego a los mostradores, al mobiliario y a los depósitos de donde subía un humo más negro que el de esa engañosa noche. Las llamas salían por las claraboyas y las ventanas y pronto el edificio fue una gigantesca antorcha. Nunca estuvo la plaza mejor iluminada y el viento repartía un nauseabundo olor a pezuña de bestia y a chamusquina de pez. El fatídico invento originó esa plaga y había que acabar con él. Nadie ignoraba quién era el dueño absoluto de la mercadería oprobiosa que acarreó tantas desventuras. Las oficinas quedaron en escombros. Cuando se extinguieron los resplandores del incendio volvió la falsa noche y seguía lloviendo, precipitándose sobre el lodazal miles de mormopes ahogados y la gente huyó a encerrarse en sus casas.

La noche duró todo el día. Por las calles corrían torrenteras y era una locura atreverse a salir. En la comandancia del “Piqueros” deliberaban los coroneles rebeldes a los que se habían adherido Avicena y Habacuc, el boticario ofendido y el profeta del Hanansuyu, el representante de los vulnerados intereses materiales y el defensor de las nobles causas del espíritu. Al

padre Hisopo no lo llamaron porque había dicho que Dominga y Domingo eran nombres de igual formación latina y no encontraba inconveniente en llamarle al lunes día lunar. Agregaba que a él le daba lo mismo decir misa los domingos o las dominigas y no comprendía que hubiera alguien tan estúpido como para no entender una cosa tan simple.

Pero el desprecio y el rencor contra el Caudillo crecían cada hora. El era la causa del mal, el *huchasapa*, que es como se designa desde la antigüedad a los libertinos y que quiere significar gran pecador; el mercader sin escrúpulos que para enriquecerse había multiplicado en la ciudad ese sucio poncho que atropellaba todos los preceptos humanos y divinos; el asesino del comandante Rufasto Diosmequíe y el verdugo de los comuneros de Uripicocha; el impúdico agente del Imperio Británico.

El día siguiente al de la lluvia de mormopes amaneció ardiendo. La población entera recogió los cadáveres para arrojarlos al río y la tierra fue absorbiendo los charcos.

— ¡*Huchasapa* maldito, hijo del diablo! — salían las imprecaciones de los zaguanes, de las lavanderas inútilmente sumidas en las acequias de aguas revueltas, de la garganta enronquecida de los mendigos.

Pero no se atrevían a materializar su protesta bajo ese sol enceguecedor que derramaba su lava hirviente, su resplandor insoportable, más agresivo que la nube tenebrosa, más desesperante que los tambores de la tormenta. Las oficinas de la "Condom" estuvieron humeando setenta y dos horas y Malaquíás desapareció de la ciudad. Aseguraban que había muerto bajo una montaña de mormopes y que el río arrastró su cuerpo confundido con los desperdicios envueltos en un fango oscuro y hediondo. Las hojas de las araucarias se secaron y los ramajes desnudos levantaban manos crispadas, esqueletos quemados por ese incendio calcinador del más pequeño retoño, hoguera de palomas y tordos más terrible que el castigo de Sodoma, cuerpo de un solo ocaso cubriendo el valle con su enorme geranio abrasador.

La tierra iba quedando limpia. Las montañas de mormopes arrojados al río fueron devorados por los caimanes y entre

ellos el cadáver de Malaquías, porque ese debe ser el destino de todo aquel que posee un diccionario y es culpable del resquemor de quienes viven en las cuevas de la ignorancia.

Y una nueva calamidad vino después de la tormenta y el fuego. Una fiebre de envidia atacó a los habitantes. Empezaron por no mirarse mientras conversaban. Luego no se hablaban y, finalmente, se desató un cúmulo de atentados criminales con las más inconcebibles formas de la abyección. Se extendieron todas las manifestaciones de la envidia en sus más agudos y alarmantes síntomas, desde las miradas solapadas y las sonrisas que se contraían en muecas de perros rabiosos y de simios hasta la mudez persistente erizada de desconfianza en las antesalas y en las barberías y en todo lugar donde esperaban turno los clientes. Un traje nuevo, una frase ingeniosa, un paraguas abierto en una tarde lluviosa cuando los demás tenían que guarecerse bajo los aleros provocaban gestos agresivos. Si alguien acababa de pintar su fachada, el vecino salía sigilosamente por la noche y arrojaban excremento, escupitajos, barro de la acequia o rayaba las paredes con instrumentos punzantes. Si tenía plantas de una ostentosa lozanía, el transeúnte enfermo tronchaba los tallos y arrancaba las flores y los brotes frescos o arrojaba residuos pestilentes en las macetas. Los perros de raza y los canarios amanecían envenenados y nada podía prosperar en esa sociedad gorgojosa corroída por el comején escondido y destructor de la envidia. Las virtudes de las personas sólo se mencionaban ante un ataúd en discursos que eran válvulas y desahogos entre cipreses y lápidas para el ciudadano cuyo nombre se omitió en vida y tenía méritos que provocaban derrames biliares e insomnios.

Fue en esos días que nació la fábula del sapo y la luciérnaga, que luego daría muchas vueltas al mundo. Parece probable que la contó el padre Hisopo que no salía de su asombro ante esa epidemia como las siete plagas en una sola y el fuego que cae del cielo en las mitologías y los versículos del Deuteronomio que tratan de las maldiciones y desde el monte Ebal resuenan las voces: “Maldita sea tu cesta y tu artesa” y “maldito serás cuando entres y cuando salgas” y “maldito es el que hace que el ciego se extravíe del camino”. Después vendrán las calamidades y el padre Hisopo no recuerda cuándo fue lo del fue-

go y en qué instantes de esos tiempos veladísimos llegó la inundación. Pero sí sabe que su prédica debe ser ejemplarizadora. “Una noche estaba el sapo en su charco de lodo — ¿me entiende usted?: charco, lodo— y desde allí vio una luz que cortaba la noche y era una luciérnaga”.

— Ya lo sabemos — interrumpe Avicena. Es la hembra de un coleóptero sin alas que despidе fosforecencias verdosas.

“ . . . cortaba la noche la luciérnaga y el sapo no podía contenerse y saltó sobre ella. “¿Por qué me aplastas?” — preguntó moribunda la luciérnaga. “¿Y tú, por qué brillas?” — le contestó el sapo.

Hubo un silencio, algo que se parecía a la desconfianza y a la duda.

— El sapo es un insectívoro muy útil en las huertas — porfió el boticario.

Algunas personas obesas, abotagadas, de ojos saltones y piel verrugosa enmudecieron. Otras se ausentaron sin hacer ruido. Hisopo pensó que si entre ellos podía haber sapos y luciérnagas los sapos estaban en mayoría.

En el tabernario todo el mundo murmuraba contra todo el mundo y las reputaciones se hundían en la baba corrosiva de la maledicencia. Se llegó a tener envidia del verdor de las lomas, de las noches de luna, de los crepúsculos del alba y el ocaso y en el altar de la Virgen de las Vicuñas se colocaban ofrendas porque Dominga perdiera un ojo y el Caudillo se desbarrancara en el río de los Caimanes. “¡Es el cáncer de la mente!” — gritaba Habacuc. “¡La protervia de Saúl contra David nos avasalla!”. El pueblo se extenuaba con esa extraña fiebre. A las gentes se les ponía la piel del color verdoso de la bilis que iba tornándose aceitunado y terminaban con una pigmentación apergaminada y macilenta. En “El tiempo de Santiago” que siempre fue una publicación limpia como el agua y, como el agua, incolora, inodora e insípida, comenzaron a aparecer anónimos pagados con el propósito de enlodar la honra de los hombres, las mujeres y las instituciones e instigar veladamente al atentado contra la propiedad. Parecía que “El tiempo”, antes tan aséptico y diáfano, en vez de tinta mojara con un líquido ponzoñoso sus rodillos. Por primera vez, desde su fundación, traía

noticias que reflejaban el estado anímico de sus lectores sin distorsiones interesadas ni convencionales entrelíneas.

No había quien pudiera diagnosticar las causas del mal y mucho menos proponer algún remedio. El padre Hisopo, Avicenna, Habacuc, que se libraron de la contaminación, se reconocían impotentes. Unos culpaban a la lluvia de mormopes muertos; otros a la deshidratación provocada por ese día canicular que agostó los campos y dejó extenuados a los pobladores y no faltaban quienes atribuían el malestar al capote inglés ahondándose el aborrecimiento hacia el mercader embozado de ese accesorio que obliteraba los conductos elegidos por la voluntad divina y las leyes naturales para la propagación de la especie.

Desde la desaparición de Malaquías el nivel cultural de la ciudad, que nunca fue realmente una sociedad culta, descendió en una progresión irreprimible. Porque eso de que Malaquías tenía un diccionario no era sino un pretexto mezquino para negar su erudición. La verdad es que el maestro poseía una biblioteca que hubiera sido el orgullo de cualquier comunidad civilizada. Pero todo lo devoró el incendio. Su libro de las *Siete Partidas*, sus *Pandectas* recopiladas por Justiniano, la edición de Linneo con sus clasificaciones de los animales y de las veinticuatro plantas, las leyes de la herencia de Mendel, el descubrimiento de la gravitación universal de Newton y su anécdota de la manzana, el tratado sobre estrategia de Clausewitz. Pero lo que más falta hacía era su consejo en las dudas gramaticales, su dominio de los solecismos, del uso de la coma, el punto y coma, los dos puntos y el acápite para lo que era frecuentemente consultado por el gobierno, por los redactores de "El tiempo", por los maestros de escuela y hasta por el propio ministro de Incultura que había realizado estudios sobre el dip-tongo inglés, el hiato espurio y la sinalefa entre consonantes. Desde la ausencia de Malaquías, sin ápice de duda descuartizado por los caimanes, ya nadie conocía la forma correcta de escribir las palabras. En "El tiempo de Santiago", invadido por los anónimos infamantes, las faltas de ortografía y de sintaxis, el desconocimiento absoluto de la semántica se advertían en los desaliñados editoriales y no terminaban ni en el obituario recogido de los libros parroquiales y en las informaciones del diario acontecer urbano. Los gacetilleros, los notarios, los semina-

ristas que sabían unos latines mal aprendidos divagaban y discutían las reglas más elementales y el único que no podía cambiar era Ergástula que, olvidando su frenillo, afirmaba que “en *Joda* hacía falta una auténtica *devolución*” que pusiera las cosas en su lugar porque los últimos acaecimientos la habían desquiciado y descompuesto. En efecto, la falsa noche que duró todo el día, el diluvio de repugnantes quirópteros, la agresión canicular que convirtió en hornos los edificios como no lo habían hecho siglos de sol, el capote y sus efectos de indignante plaga, la desazón que producían los bienes ajenos provocada por la envidia que llegó a tener proporciones de epidemia determinaron un desajuste y no era de esperarse milagros que redimieran de sus ofensas a la infortunada ciudad.

LETANIA POR EL CABALLO DE NIEVE

El invierno transcurrió con una lentitud exasperante. Nieblas, lloviznas, vientos, resfríos, reumas, toses.

La procesión de Santiago Apóstol no salió como en años anteriores.

La gente metida en su casa acumulando rencor para cuando el tiempo mejore.

No despiertan el interés de los transeúntes las oficinas de Malaquías hechas un promiscuo montón de escombros.

El río trae menos caudal pero arrastra sus caimanes de siempre.

Ha habido nacimientos y, como es natural, aumenta la cifra de ingresos al puericultorio.

No se consigue un capote inglés ni para remedio y algunos los compran de segunda mano.

— Hay que acabar con ese hijo de mala madre. Basta de tiranos.

— Dicen que está gravemente enfermo.

Las miradas torvas y el ceño adusto en las esquinas.

— No se lo puedo creer; si parecía tan virtuosa.

En el campanario suenan horas extrañas.

A las araucarias no les sale una hoja.

— Ya estamos en primavera y sigue nublado.

—Cuándo repararán esos malditos faroles. Es imposible mantener en ese estado los servicios públicos. No se puede caminar de noche.

Ofidio Denario ha acaparado el comercio de la sal y del maíz. Dardo Corvejón es dueño de todos los talleres que fabrican monturas, botas, corrajes, cartucheras, arneses para la caballería porque el ministro de Montoneras ha conseguido suprimir a los infantes dejando únicamente lo que queda del regimiento de "Piesplanos". Hacían falta más caballos, muchos caballos, para seguir confeccionando riendas, cabezadas, sillas, caparazones. Los servicios de remonta se publicaron. Se trajo sementales de las más apartadas regiones y la caballería creció y creció hasta que los caballos no cabían en ninguna parte. Los había en las plazas, en los patios de los viejos solares, en los claustros de los conventos, en el hospicio de ancianas desamparadas. La caza de caimanes fue la principal ocupación de los reclutas porque no era suficiente con el cuero de las reses que obligatoriamente debían entregar los camales a las curtiembres y talabarterías. Se ordenó que todo el mundo tuviera un caballo porque el número de los escuadrones había llegado a un grado de saturación inconveniente y se temía que exigiera del tesoro más que el puericultorio.

Se supo entonces que Rufasto Diosmeguie se había opuesto a esa locura de hacer crecer innecesariamente los escuadrones y lo de la conjuración fue una burda e infame patraña. Ya no era sólo el de "Piqueros Verdes" sino que se creó los de "Montoneros de la guardia", "Bucéfalos", "Espartanos de Cacas", "Sagitarios de la montaña", "Dragones de Santiago", "Lanceros de Jora". Cada cierto tiempo nacía un nuevo regimiento con vistosos uniformes y su presentación exigía desfiles espectaculares entre agudos toques de clarines y redoblar de tambores y los caballos relinchaban y en las calles se esparcía una bosta que olía a campo y a cuadra. Se importaron percherones y frisiones para las unidades de abastecimiento, las diligencias y las ambulancias; para traer los frutos de la tierra en las crujientes carretas y reemplazar a los bueyes en los arados. Se instituyó la orden de Santiago el Mayor y el primero en recibir la condecoración en el grado de gran cruz fue el caballo del apóstol.

Dardo Corvejón era insaciable y siempre por intermedio de terceros y de acuerdo con el ministro de Coimas comenzó el negocio de la cebada, la alfalfa, el afrecho, las zanahorias y toda clase de forrajes y se instaló una fábrica de escobillas y raquetas. La maestranza no se daba abasto. Había que fundir, forjar, martillar herraduras, hacer clavos, cadenas, frenos, estribos. La fortuna de Corvejón crecía. Las monedas de oro desbordaban sus arcones. El negocio era más productivo y con mayores ramificaciones y, para tranquilidad de su conciencia, lo consideraba más noble y patriótico que el del indecoroso invento inglés, hasta ese momento el más pingüe y seguro de la historia republicana,

Onagro Présbita ordenó por su parte que en el programa de todas las escuelas se incluyeran las historias de Merlín, los Caballeros de la Tabla Redonda, Lanzarote del Lago, Galaor y Amadís de Gaula y se decoraran las paredes con antojadizas versiones de Bucéfalo, Babioca y Rocinante con sus jinetes respectivos, perpetuando así la memoria de los conquistadores, guerreros y caballeros andantes y sus hazañas inverosímiles no aventajadas jamás. Al igual que Corvejón y Denario, el ministro de Incultura tenía un agente secretísimo que se encargaba de la venta de los textos y de encomendar a los hábiles artistas caquenses la pintura de las láminas.

La fiebre de producción masiva gravitará en la economía de la nación. Subirán los precios. Ya subieron. Hay ocultamiento de artículos de primera necesidad y la de especulador es una actividad lícita y muy rentable. No se puede comer sino pan de munición. El barrio de las meretrices muy concurrido. Ahí están otra vez en sus vitrinas con las batas abiertas y los muslos con medias caladas y ligas rojas. Las comadronas vuelven a tener trabajo. Han recibido a las enfermeras despedidas. “Qué le parece a usted la muerte de la madre de Ergástula; le hicieron el funeral el mismo día de Santiago Apóstol”.

— Por eso estuvo tan deslucida la procesión.

— Por mí que desaparezca — se oye la voz del maestro Ma-laquíás.

— Usted está muerto y no puede hablar.

— Eso es lo que hubieran querido mis enemigos. Me fuí en cuanto empezó la lluvia negra saltando entre las llamas que

destruyeron las oficinas. A este pueblo no lo cambia nadie. Han quemado miles de protectores que eran la única salvación de males. Pero siguen paseando por las calles al apóstol Santiago.

— Es una devoción tradicional.

— Es un culto de la servidumbre. Representa la guerra, la conquista, la dominación, la derrota. Por eso está a caballo pisoteando cabezas de moros que luego llevarán diadema de indios emperadores. “¡Santiago, a ellos!”, gritaban disparando arcabuces. Con el correr de los años los desafiantes alaridos del combate fueron apagándose y en la edad del apaciguamiento las muchedumbres repetirán en coro las letanías cada vez que se saca al matamoros en procesión, padre bondadoso en su caballo de nieve.

— Sobre nuestras cabezas inmundas . . .

— Caiga tu casco divino.

— En nuestras lenguas emponzoñadas . . .

— Caiga tu casco divino.

— Contra nuestros labios blasfemadores. . .

— Caiga tu casco divino.

— Sobre nuestra carne impura. . .

— Caiga tu casco divino.

— Caballo de las victorias milagrosas . . .

— Ora pro nobis.

— Caballo que galopas entre nubes de pólvora. . .

— Ora pro nobis.

— Caballo dominador de la tierra y el cielo. . .

— Ora pro nobis.

Mestizos del Sol y el Dios cristiano los pobladores de estas tierras permanecieron, en la actitud religiosa, en una situación intermedia entre la magia y la fe que, al adicionarse el ingrediente negro, se diría que con la madera del poste totémico se hubiera construido la Cruz. El caballo del Apóstol concentraba la representación de esa suma de creencias primitivas y recientes de la imprecisa necesidad de sustituir los derribados ídolos y por eso el Crucificado tiene un pigmento cobrizo para que los nuevos creyentes se vean reflejados en la carne lacerada del mártir inmortal.

La procesión nocturna daba vuelta a la plaza entre el humo de los incensarios y el resplandor de los cirios y hachones

agitados como cabelleras por el viento. Santiago era esa noche un imponente personaje en caballo blanquísimo con cabezada, jáquima, cabestro y gamarrilla de plata. El apóstol semejaba un rey versallesco vestido de seda y entorchados, con sombrero alón de plumas y cabello natural que caía en ondas sobre la madera policromada de la beatífica escultura. Llevaba en la mano el estandarte con la cruz de Santiago, caballero entre caballeros que se anuncia a sí mismo y los estribos y las espuelas eran también de plata.

El año que llovieron mormopes dejó de salir la procesión porque en las calles se formaron lagunas y el padre Miniato aconsejó no sacar al apóstol para no exponerlo a lodos y chubascos. La cofradía comprendió sus razones y Santiago se quedó en la penumbra del vetusto claustro en un rincón alejado del refectorio y de las celdas. Parecía lógica esa protección del conquistador de la gloria hasta que llegó el año siguiente, con tiempo seco y noches estrelladas, propicio para un doble homenaje al santo. Ya no estaba Miniato en la parroquia y el padre Hisopo ocupaba su lugar. Con la habitual anticipación se prepararon los fieles esmerándose en la limpieza del venerado monumento con sus pesadas andas de roble cuando alguien observó las guarniciones oxidadas. Examinando mejor los anillos, abrazaderas y botones descubrieron que no eran los mismos arneses de plata que tuvo siempre el caballo del santo, ni el espadín ni los estribos y las roncadoras que habían sido reemplazadas por espuelas de hierro y argollas y chapas de hojalata. El padre Miniato se ausentó el año de las lluvias y la horrenda profanación no podía ser atribuida a ningún otro. El robo sacrílego consternó a los devotos, se averiguó por el antiguo párroco y unos decían que se ocultaba en un país vecino, asegurando otros que lo habían asesinado para quitarle las reliquias.

—El tiempo yace en el fondo de las imágenes y transforma los conceptos.

—La servidumbre no tiene sino una imagen. Cargar esas andas, echarles flores y envolverlas en azules neblinas de incienso rezando letanías es una expresión de sometimiento colectivo.

—Eso es herejía pertinaz y no tiene valor. Todo el mundo sabe que usted murió bajo una montaña de mormopes y lo arrojaron al río. Además, no se parece a Malaquías.

—Quíteme usted las barbas y estas quemaduras de la nariz, de la frente y de los párpados y encontrará detrás al mismo Malaquíás, al que tenía un diccionario, el que aceptó manipular una mercancía que algunos consideraban oprobiosa pero que era la salvación de este pueblo lascivo e hipócrita que se pasa la noche en los burdeles y acude sin dormir siquiera a orar frente a la Virgen de las Vicuñas.

DE LA ENVIDIA AGUDA se pasó al odio calenturiento, a un odio que amenazaba hacerse crónico y la gente comenzó a ponerse fea. A unos se les hundían las mejillas y se les descolgaban los párpados inferiores. Otros tenían la boca como la máscara de la tragedia por la que salía una baba amarillenta y espesa. Los más graves mostraban la faz leonina de los leprosos, les crecían las orejas, se les abultaban los pómulos y la base de la nariz se ensanchaba. Muchos comenzaron a calvecer en tanto que los ojos se les iban frunciendo con nudosidades de ombligos. Se les caían los dientes al morder un trozo de pan y les quedaban los labios sumidos. El odio acérrimo hacía aparecer manchas en la piel y había centenares de overos con archipiélagos de envejecidos pergaminos en el frontal sin que se supiera el porqué de esa transformación en la fisonomía de los caquenses. Y así como adquirían esa apariencia de gentes feas, las antiguas y plácidas tertulias terminaban en furiosas disputas. En Santiago de Cacas había muerto el diálogo. Nadie escuchaba porque todos hablaban a un tiempo. Conversar era algo que pertenecía al pasado en una arqueología del lenguaje, en una prehistoria del habla de la que ya empezaba a dudarse si alguna vez había existido realmente o si era pura especulación de lingüistas esquizofrénicos. Los hombres vociferaban en las esquinas, en los urinarios públicos, en las puertas de las iglesias. Dardo Corvejón apareció una noche en el tabernario con un prognatismo que le daba un aire borbónico sin la dignidad, claro está, de los ilustres reyes y los párpados que se le caían dando la impresión de que hubiera pasado muchas noches sin dormir. No ocupó su mesa habitual sino que se acercó al mesón, pidió aguardiente con una voz de goznes enmohecidos y volvió a marcharse sin saludar.

El odio flotaba en el aire, se pegaba en los muros con aureolas de hongo venenoso porque salía en el vaho de los enfermos del terrible mal, volvía amarga el agua en el paladar de los que padecían la ineluctable contaminación. Se salvaban únicamente los comprendidos en las ocho bienaventuranzas, los que no se interesan por la existencia ajena, que viven cada cual en su isla sin afectarles la alegría de los otros y sin participar de su infortunio. Habacuc era uno de ellos. Llevaba sus mismos cabellos revueltos, la barba negligente que le subía hasta los ojos, el desaliño total de su persona. Y además, no odiaba a nadie, no podía odiar si denunciaba precisamente el mal, la concupiscencia, los pecados capitales, la percutida moral de los funcionarios, la mala fe de los vendedores que robaban en el peso y vendían frutas podridas, el ánimo perverso de quienes difundían calamidades. Habacuc era feo antes que los demás se pusieran feos. Pero la suya, más que una verdadera fealdad, era una ausencia de belleza que le daba esa condición de ser venido al mundo para encarnar a la humanidad en su abstracción más pura. Igualmente inmune era el infeliz Avicena que aceptó vender ipecacuana, bicarbonato y los medicamentos de rutina, renunciando al vituperable tráfico por el temor a las sórdidas amenazas que no habían logrado, a pesar de todo, hacer germinar la semilla del odio en su corazón.

LA REVUELTA INFAME

El rumor de la enfermedad de don Santiago tenía orígenes ciertos. Una mañana cualquiera, sin aviso previo, sin haber experimentado malestar o síntoma la noche anterior; una mañana con un cielo arrugado y húmedo despertó con el rostro congestionado y un escozor penetrante en la nuca que presentaba rojizas protuberancias y fiebre alta. Parecía ilógico que las cosas ocurrieran así, de repente. “La boca seca. . . tengo la boca seca”, le dijo a Dominga. Respiraba con dificultad y le dolía la luz que entraba en finísimas láminas de acero por las rendijas. “Siento los pies helados” —le salía la voz como de un sótano sombrío. Le pusieron botellas calientes, mantas de lana, corrieron los densos paños de las ventanas, le dieron a beber un vaso de leche que vomitó sobre la almohada. “La boca seca. . . tengo la boca seca.” Pasaron horas. Cincuenta, ochenta, cien horas. Llega un hombre con la cara empedrada de costurones a ayudar a las mujeres. El dictador mira sin hablar y no le importa quién entra y quién sale de la habitación donde el tiempo no cuenta para nada.

No existe el tiempo, pero se puede estar caminando por cualquier camino de estos siglos. Aquel, por ejemplo, del que se bifurca un sendero donde está Teha’amana, la concubina de trece años de Gauguin o una de las muchachas maoríes sentadas en el banco de *Ta matete* que puede muy bien ser Dominga escapando de ese mundo enfermizo del mercado de Papeete para acudir al lecho de don Santiago en quien la pasión o los

males ocultos o evidentes se reconocen en la úlcera que transmite sus latidos por toda la cara abotijada y rubicunda mientras extrañamente se exacerban sus exigencias sexuales. Dominga es el eco viviente de las doncellas de un indistinto sueño y sus voces de alondras extraviadas y su sombra color níspero y sus pisadas de flor de duros pétalos y su transparente delantal esculpido por el viento.

Una tarde lo vieron paseando por el agreste jardín entre durazneros y lúcumos que dan frutos que son como puestas de sol, pero del sol de las brujas, en el lenguaje popular, porque sale cuando se aproxima el ocaso después de haber estado el día entero cubierto por las nieblas bajas, camisa de batista y cañamazo para el pintor virginal y ausente. Avanzaba desplazándose con su balanceo de galeón fatigado entre unas matas silvestres seguido por los perros híbridos de la huerta y unas moscas que circundaban con una aureola impía al floripondio y sus campanas amarillentas, testamento de flor antigua que llevaron los capitanes enamorados de las flores a los jardines de Aranjuez. Al lado del árbol pasó el de las Cabras sin saber que a cambio de ese campanario mudo habían traído en su equipaje el naranjo y la rosa porque los hombres de la lonja renacentista son hábiles en sutiles trueques y transacciones y un floripondio vale tanto como un ramo de azahares o una oportuna infusión de hojas de coca para resistir los desvanecimientos de las alturas. El desaparecido maestro sabía de esas equivalencias y les contaba a sus asombrados oyentes de la plaza el episodio de esos polvos de quinina que cortarían por acción milagrosa las tercianas de la atribulada consorte de don Luis Jerónimo de Cabrera, virrey de Felipe IV en cuyo nombre y, naturalmente en el de Dios, el Santo Oficio mandó a la hoguera a once judíos portugueses que tenían demasiada fortuna para salvarse de ese fuego purificador. La condesa de Chinchón —¿no fue su marido?— pasó a la posteridad vistiendo la prestigiosa indumentaria de la cascarilla y ahora que contemplamos al desvencijado dueño de la república no es posible imaginar con qué vestimenta será visto en el revuelto diorama de este infeliz pueblo sumergido en su infranqueable claustro de granito.

Pero Dominga está presente, descendida del mercado de las muchachas maorís, evadida de ese trasmundo que adivinamos

y no estamos muy seguros de ver, lo que se está quieto en unas medias tintas de atardeceres y rubios alcoholes en la piel de Te-ha'amana, la concubina adolescente, la virgen tibia que subleva las horas del tirano insomne, obsesionado por la magia y el misterio, atónito ante el desdoblamiento del ser que no percibe y las teorías del infinito. Ya es tiempo de cerrar el horizonte con la implacable llave de la noche.

ERAN LOS DÍAS en que asomaban los cabreros. Se secan las lomas y hay que buscar en la tierra baja el alimento. Las cabras comen rastrojo, yerbas desconocidas, tréboles, ortigas, el grano pequeño del anís. Los cabreros se cuelgan de los algarrobos y las cabras mordisquean los frutos verdes. Bajan las manadas por los desfiladeros hostigadas por perros pastores, perros chuscos que empujan a los chivatos con el hocico, que les meten el cuerpo para que no se salgan del senderillo. Los chivateros son nómadas. Las cabras son blancas, grises, color tabaco, berrendas. Los perros son negros y el pastor que las guarda se llama Pedro. Como en la sincretista canción. ¿Desde dónde vienen esas coplas? ¿Desde qué heladas cresterías? Hay cabras de orígenes diversos degeneradas en cruzamientos seculares. Grandes cabras con bisabuelos ilustres que llegaron de Angora, de cuernos comprimidos y en doble espiral; cabras de Cachemira con patas robustas; cabras acuáticas de caras primitivas, agestadas y salvajes; cabras de la Tebaida familiares pueblos vagabundos; machos cabríos con barbas de profetas y mirada adormecida de sacerdotes del Tibet; cabras ilegítimas de los Alpes suizos y de los Pirineos, de Persia, de Asiria; cabras con antepasados remotos en la isla Caprea y en los caminos rijosos de la Biblia; cabras que parecen fugitivas de su constelación y del zodiaco que rige el destino de los que nacen al morir el año.

Las cabras bajan, se atropellan, dan saltos. ¿Se encabritan? Eso lo hacen únicamente los caballos. Se afirman en los cuartos traseros y levantan las manos. Las cabras no se encabritan. Resbalan, dan cornadas, se encabronan. Eso es diferente. Cuando se embisten dos chivos grandes el golpe repercute en las

quebradas y las ondas retroceden hasta los helados horizontes donde Hesíodo reparte los trabajos y los días. “Entonces es la época de las rocas umbrosas, del vino de Biblos, del queso, de la leche de cabras que no crían ya, de la carne de ternera que no ha parido y de la carne de cabritos tiernos.”

Poner el cuajo en las horquetas. Separar las crías. Ordeñar temprano, mientras pasa la sombra del sátiro mitológico, se escuchan las pisadas del macho cabrío que merodea entre las piedras y se puede percibir el sonido de las flautas indias. “Me dejarás, pues, pastar mis animales.” “Pagarás primero.” Bajan las cabras porque no hay pastizales en las altas planicies. Y en medio de los cabreros se deslizan asaltantes de caminos, delinquentes buscados por la justicia, abigeos que necesitan cambiar de pagos. “Acamparemos, pues, aquí.” De noche no se ven los cerros ni las retamas ni la huella. Apenas se oye el río. La intemperie es buena en el verano y una tienda elemental se arma con pellejos circundados por el silencio zumbador de la noche. Pedro el cabrero duerme. Zenaido, su hermano, vigila. Los perros paran las orejas al más leve ruido. Olfatean, ladran y se acurrucan de nuevo. Pedro se levanta, mira en torno y sólo ve tinieblas envolviendo a las cabras despiertas mordisqueando las yerbas. Zenaido duerme. Las mujeres que han venido con ellos preparan la comida, el alimento del alba.

— Es mejor caminar de noche — dice Habacuc.

— De noche se nublan los caminos — le responde Pedro.

Habacuc ha vuelto del Hanansuyu. Está con los cabreros el tuerto Epifanía, escapado de siete cárceles. Amanece. Anochece. Amanece. Mercan los cabritos que tienen diez días. Hay cien cabras, mañana serán quinientas y después dos mil. Buen dinero con sólo vender las crías. Y los quesos. En las chacras, en los caceríos, en los poblados de la ruta los cabreros ofrecen, discuten, transan. Habacuc ha oído el rumor de la conspiración contra el tirano. Por eso viene.

— El gran pecador tendrá que pagar — dice con acento de hombre honrado Epifanía, el tuerto evadido de siete prisiones.

— El *huchasapa* morirá.

Se acercan a las chacras próximas a la propiedad de don Santiago que es tierra baja. Por las quebradas descienden los

cabreros. En los caminos de herradura, en las colinas, entre las retamas, rebaños de chivatos amarillos, barrosos, cenizos. Las cabras cabrean a los perros, invaden la quinta, devoran los almácigos, las dalias, los laureles, los crisantemos, los jazmines del Cabo de la huerta y hasta las plantas de ruda y chamico cultivadas por Dominga.

— Anoche pasó la marquesa cuando estaba poniéndole paños calientes en la nuca. Tiene una cordillera de volcanes rojos.

— Estafilococos áureos — diagnostica Malaquías a quien siguen sin reconocer y que presta servicios de curandero porque no hay quien quiera auxiliar al agonizante.

Ráfagas de sándalo recorren la alcoba. El negro Ismael y Dominga perciben la presencia espectral. Centenares de cabras rodean la casa. El tirano tiene el cuello rígido y los ojos desorbitados. Le han puesto hojas de matico, la hierba que cicatriza el ombligo de los recién nacidos, sobre el ancho pescuezo febril. Jáuregui y el *Mochuelo* traen palanganas de agua que acababa de hervir en las ollas de barro, en los peroles, en las pailas.

— El ántrax no se cura con fomentos — dice Malaquías. El mal está en la sangre, caminándole por las arterias y las venas. Es un ejército dentro de un caballo de madera con el que sorprenderá a sus desprevenidos troyanos y lo que no sabemos es si se trata de una diabetes fosfatúrica o si es artrítica aunque yo diría que con esa cantidad de azúcar en la orina y los niágaras de ámbar turbio con que llena las bateas ni Nuestra Señora de las Vicuñas lo salva por más que únicamente sea una diabetes insípida sin glucosuria porque ya está bien jodido con ese fuego que le invade el occipucio y lo convierte en una escultura búdica absolutamente infeliz mientras por el lado de la ciudad avanza Dardo Corvejón al frente de sus escuadrones decidido a destruir al agente del Imperio Británico y más atrás le siguen los del "Piesplanos" que han vuelto de las minas de sal caminando con sus naturales dificultades, echados hacia adelante, adiposos, antisoldados que sólo saben martillar herraduras y cocinar el rancho y todo lo que los identifica es el resentimiento y la envidia que sigue abrasando de fiebre maligna a la gente de Cacas y por eso marchan con el ceño contraído sobre los párpados soñolientos y unos finísimos labios apretados que son

la rúbrica de la envidia desde los días en que el Consejo de los Quinientos condena a Sócrates por su imprudente empecinamiento en defender la libertad de pensar.

LA CUERDA EN CRUZ sobre la cabeza del corcho y alrededor del gollete no le ganará a la fuerza del fermento que va aumentando dentro de la botella. La chicha es la bebida natural de la república de Jora. La jora es el maíz germinado que produce un alcohol de una poderosa capacidad expansiva. En el himno patrio resuena con un valor simbólico, folklórico e insurreccional. Sin la chicha no hubiera sido posible la emancipación. Dentro de la botella es más temible que Sansón entre las columnas del templo. La cuerda, aún cruzada en dos no es lo bastante fuerte y el corcho tiene vocación de proyectil, destino cierto de salir disparado. Nunca se sabe cuándo romperá la jora su engolletada cárcel y saltará en un dorado surtidor.

Avicena quería celebrar dignamente su cumpleaños y compró seis botellas de chicha. Colocó tres debajo de cada brazo y contrató un coche de alquiler que lo llevaría a su casa. La calle mal empedrada, sinuosa, hacía dar saltos al carruaje y en una depresión profunda los ejes no pudieron compensar el golpe y los seis corchos salieron disparados al mismo tiempo. Las detonaciones llenaron el aire nocturno sin que el boticario pudiera hacer algo por impedirlo. Fue en ese momento que empezó la revolución. Los efectivos de uno de los seis escuadrones entendieron que esa era la señal de algo muy parecido a un zafarrancho de combate, que es cuando todo el mundo está de acuerdo en que, de un momento a otro, debe darse comienzo a la acción, que viene a ser lo mismo que cuando nadie está de acuerdo. Los seis disparos sonaron a descargas de artillería distante, siendo la verdad que las explosiones se habían producido a la vuelta de la esquina y los efectivos montaron, se atropellaron, salieron desalados sin saber qué camino tomar y el ruido de los cascos se propagó en ondas y resonancias y otro escuadrón hizo lo mismo y luego el de "Dragones" y el de "Lanceros" y el de "Espartanos de Cacas" y todos los que Dardo Corvejón había

ido formando pacientemente para venderle al gobierno sus monturas, sus arneses y sus botas.

Las Hermanas Nonatas empezaron a repicar sus campanas, se alborotaron como palomas cuando aparece el gavilán, se cambiaron las tocas, salieron a la calle, —son de clausura, no importa, salieron a la calle— se abrazaban con el pueblo, encontraban a sus parientes, daban vivas al coronel Dardo Corvejón, se ocultaban reaccionando prudentemente en los zaguanes, volvían a la iglesia, seguían sonando las campanas —sin campanas no hay revolución—, repartían mazapanes y rosquillas, medallitas, escapularios y detentes con la clásica inscripción de los carlistas: “detente, bala” que las hacía tremendamente invulnerables, en tanto que algunas, más serenas, se agruparon en un ángulo de la plaza gritando a coro, como en otros tiempos: “¡Que el Señor salve a Jora!” y ellas mismas contestaban: “¡Que la salve el Señor!”.

El desbarajuste callejero tuvo, como se temía, inmediata respuesta en la cárcel de Siquipacha como una prefiguración del tiempo de la tarántula es todo el tiempo que dura el terror en sus más intrincadas formas y por eso aparece en ciclos regulares y lo encontramos en las hordas de Atila, en Tamerlán y sus rugientes tártaros, en ejércitos de calígulas sobre caballos-cónsules buscando la cabeza numerosa del pueblo para cercearla, en los bárbaros que se desbordan como ríos turbulentos en la primera noche de la Edad Media o en las horas signadas con el diabólico instrumento del doctor Guillotin.

Parecía que el estruendo de los cascos sobre las piedras hubiera llegado en ecos asombrosos hasta el ámbito del penal abigarrado por miles de reos de los más desconcertantes delitos. Homicidas vulgares, contrabandistas, tratantes de blancas y salteadores incorregibles sacaron sus armas ocultas, largos cuchillos cuidadosamente trabajados con flejes de toneles, pistolas introducidas en ese instante en que los guardias bostezan a la hora de las visitas, algunos máuseres conseguidos de manera inexplicable y ocultos más misteriosamente todavía, bayonetas robadas a los gendarmes y que están allí, envueltas y engrasadas, debajo de los ladrillos del suelo de esa celda.

Los proyectiles de la guardia rayan el aire haciendo perforaciones en los muros, aplastándose contra los barrotes y no está

nadie seguro si debe mantenerse independiente ese motín de la sublevación que se comenta entre disparos, carreras, gritos, fugas, muertes. Como en todas las cárceles, hay reclusos inocentes encerrados por alguna imprudente expresión contra el gobierno y otros que tienen una misión de espías enviados por las autoridades para descubrir conspiraciones. El alcaide, sórdido y opaco, que es como ser dos veces sórdido, no sabe lo que ocurre y todo lo atribuye a una cierta magia de los acontecimientos con efectos que contrarían las leyes que rigen la pacífica existencia de la república. Los últimos meses los había pasado entreteniéndose en la tarea de enlegajar prontuarios, protocolos, expedientes sin mayor significación y ahora debe enfrentar un torbellino de hechos tangibles de gravísimas consecuencias por la sangre que ya ha comenzado a correr por los pabellones y los patios donde los guardias disparan contra los amotinados y estos se matan unos a otros cobrándose antiguas deudas y hay gritos jamás escuchados como los que aluden al déspota y abajo el inmoral concupiscente y hay que destruir al asesino de los comuneros y muera la Gran Bestia y es la revolución que conquista nuevos y heroicos adeptos aunque algunos cayeron por hundir un cuchillo en el corazón de un vendedor de baratijas y otros por especular con los alimentos y violar mujeres y prender fuego al ayuntamiento para que desaparezcan las partidas del registro civil y envenenadores del agua del río perjudicando el honesto negocio del ministro de guerra.

Al caer la tarde, entre las primeras sombras, consiguieron huir algunos reclusos y en la oficina está el alcaide rígido, con una bala entre las cejas, los ojos de batracio y la boca abierta frente a sus legajos que no terminó de organizar, repitiéndose en él la representación del comandante Diosmeguie, cuya tortura no le mereció siquiera un comentario y hasta llegó a decirse que estuvo presente cuando le sacaban las uñas con las tenacillas proporcionadas por el conservador del museo de la Inquisición. Los guardias recogieron su cadáver y lo acomodaron en una tarima hasta esperar el resultado final porque quién puede predecir en lo que acabará esta violenta alteración del orden y es imposible precisar la identidad de los culpables verdaderos.

Hubo algunos guardias muertos y no quedó un solo recluso vivo, exceptuando los que consiguieron huir. A la mañana si-

guiente fue indispensable hacer la limpieza de los corredores, las celdas y los patios, levantar los cadáveres y preparar el informe correspondiente para presentarlo a la autoridad que —viva la revolución triunfante— se hiciera cargo de los establecimientos penales.

En las celdas se hallaron, además de las ropas y utensilios habituales, martillos, formones, cuchillos sin mango a medio terminar, impresos amarillentos y libros cien veces leídos en las largas noches de los insomnios incurables, un alambique con el serpentín atorado con sangre del alambiquero muerto sobre los últimos alcoholes, hierbas alucinógenas de las selvas de Jora y en los muros grabados de una pornografía delirante, frases blasfematorias y fechas con el cálculo de los días que te faltan para cumplir la condena, relicarios y pequeñas urnas con la imagen reiterada de la Virgen de las Vicuñas, ganadora en el sufragio secreto de las advocaciones y los incontables Cristos en las diversas estancias del martirio aunque prefiriendo siempre al Señor de la Sentencia, inscripciones que recogen cada psicología, cada inquietud, cada tendencia política y, desde luego, sátiras dedicadas al tirano maldiciendo su nefasta estirpe en las inverosímiles conjugaciones del oprobio.

HABACUC HA IDO GANANDO un aire más apostólico del que le adjudican sus seguidores y ahora agrega a su vestimenta un sombrero alón pringoso y apachurrado y se apoya en un báculo porque no estuvo nunca muy seguro de sus fuerzas y menos cuando un imprevisto estado de catarsis provocado por la intensidad de sus arengas le conduce a un patente debilitamiento. Mezclado con los cabreros podría confundírsele con un espantapájaros que camina, un espantapájaros que siembra palabras desordenadas del libro de los profetas cuya adecuación a la crisis que sufre la moral ciudadana no es precisamente perfecta. La verdad es que no queda nada por hacer para salvar la emergencia de una acefalía, entre la forunculosis diabética de don Santiago y las cabras que han devorado sus almácigos y la conjura de los ministros mientras Do-

minga recuerda la tarde en que se había puesto un manto para protegerse de la lluvia y al ascender por detrás de una colina los reflejos de una hoguera encendida por los abigeos de Anselmo Páucar le colocaron un halo que los pastores reconocieron como la luz que circunda la cabeza de las vírgenes y postrados profirieron tales exclamaciones que Dominga prefirió huir por miedo a que fueran a considerarla una aparición. Cuando los pastores levantaron la cabeza, que habían inclinado hasta tocar la tierra con la frente, ya la mulata se había esfumado en la media luz del ocaso pero la imagen de la Virgen de las Vicuñas quedó consagrada y la devoción creció hasta convertirse en culto nacional, al extremo de que muchas veces pasaron los pastores por el lugar y la menor sombra de una vicuña que huía podía ser la virgen. Como acudían con frecuencia al lugar porque ahí estaban los mejores pastos y se había levantado una capilla rústica los abigeos resolvieron desarrollar sus actividades en otras regiones. La Virgen de las Vicuñas capitalizaba esa fuga y su prestigio crecía porque el milagro es evidente y ya no se roban las vicuñas y Dominga guarda bajo siete llaves su secreto y nadie le creería si se decidiera a decir la verdad.

Los seis escuadrones del *magister equitum* no pueden avanzar. Se lo impiden las cabras que es otra insurrección no prevista por los insurrectos. Rígidos jinetes lampiños —puros aborígenes de Jora— se atropellan intentando traspasar esa muralla de inesperados e invulnerables defensores. Alguien cree reconocer entre ellos al fugitivo Anselmo Páucar, el de las altas botas, mitad asaltante y mitad comunero, que tanto tiempo estuvo ocultándose y que aparece al grito seductor de la revuelta. Los caballos relinchan, se yerguen nerviosos como en los monumentos, piafan sonoramente sobre el sendero de piedras afiladas, dejan encajes de espumas en las ancas de los que van delante. Los sables chocan en un duelo sin rivales ni odio sino cumpliendo una consigna. Con Anselmo Páucar están, en cambio, algunos de los comuneros desposeídos y cuyos compañeros cayeron asesinados por orden del dictador. Porque es el mismo Páucar el que se une en estas horas luctuosas con los rebeldes, el mestizo de mirada penetrante y altos pómulos sobre la piel cetrina que viene a ven-

gar la muerte de Rosalío Encarnación y sus encorajinados compañeros. No falta quien jurará haber visto cruzar como una luz el alma en pena del comandante Rufasto Diosmequíe.

Los caminos están bloqueados y en las colinas hay multitud de cabras. Dardo Corvejón no ganaría nada con ordenar una descarga porque los cabreros responderían con una lluvia de piedras. El campo está vibrante de berridos. Ni los perros pueden con ellas. Pero hay que destruir al déspota. Los del "Piesplanos" resoplan fatigadísimos como si estuvieran llegando de Siquipacha. Hacerlos marchar así es un castigo que no merecen después de tan eminentes servicios prestados a la patria. Los jinetes desmontan con un concierto de armas y de espuelas que es, más bien, un incontenible desconcierto. No se puede combatir contra una legión de cabras ni es fácil aniquilar a la Gran Bestia que una vez ensayó una cópula con la tierra y nació el nardo. Y eso lo sabe también Perentorio Paujiles que lo vio una mañana cuando bajó de ese pueblo de la sierra donde hace tanto frío que se habla entre dientes. Perentorio Paujiles es un viejo gamonal con ojos de basilisco que fulminan con solo mirar y persigue, desde hace cuatro años, al tuerto Epifanía que le robó unas vacas y estaba entre los abigeos a quienes hizo huir la Virgen de las Viçuñas. Ayer amaneció muerto Epifanía.

El Caudillo resopla y trasuda. La cara se le ha puesto coralina y tiene los ojos apilongados y lagrimeantes. "Los seres adheridos al placer son los que menos soportan el dolor", piensa Malaquíás. Las manos de Dominga no desatan tormentas eróticas en esa epidermis corroída por el mal. Ha oscurecido y las cabras golpean las puertas de la quinta. Dardo Corvejón, el *magister equitum* y sus escuadrones siguen sin poder avanzar. Hay un mar de cabras en los caminos, en los potreros, trepando las colinas, hundiendo las pezuñas en las acequias. Los jinetes renuncian a continuar la marcha acosados por una jauría de antiguos esclavos decididos a proteger a su redentor. No tienen armas pero pueden dar cuenta de un ejército con los dientes.

Ismael entra en la recámara más jadeante que el moribundo. Se acerca a Dominga tembloroso. Apenas le salen las palabras. Ha visto a la marquesa de Torre Antigua bajo los vi-

ñedos que no han podido depredar las cabras. La ha visto blanca como iluminada nube, lenta, dignísima, con su estela de sándalo. La marquesa no tiene forma ni sombra, algo que podría ser un resplandor lunar. Ismael tiembla y muerde una oración que no se escucha. Dominga le cree porque sabe que la marquesa existe, con una existencia más profunda y legítima que la de la Virgen de las Vicuñas entronizada en la consola junto a la cabecera del gran pecador. Y hay un silencio diferente, el sonido del silencio que hace aullar a los perros y que inunda toda la casa sobrecogida y umbrosa. “El corazón de una rata es igual al corazón de un hombre”, se entretiene Malaquías. El sándalo llega en sutiles ráfagas y únicamente lo perciben Dominga y el negro Ismael. “Hay más plantas y animales en el agua que en la tierra”, sueña el maestro desfigurado por el incendio. Pero Jora es un país mediterráneo. Y el rey de esa isla Caprea se está muriendo. “Diez y seis toneladas de agua de mar contienen un gramo de oro y en cada litro hay medio millón de plantas”. Malaquías está ausente de ese descalabro, de ese desquiciamiento, de esa ruptura del hombre y su medio. Se asoma a una ventana y mira la huerta destruida y la legión de cabras y al fondo los caballos y los cerros y el cielo. Y piensa en las doce reglas de Pico de la Mirándola para dirigirnos en la batalla del espíritu. El agonizante piensa también. Piensa que en la vida del sueño hay días y noches inexplicables. Todo pasa al margen del reloj, un reloj con la esfera nublada y sin agujas. Malaquías sigue reflexionando en las novecientas tesis de Pico de la Mirándola de quien admira más su prodigiosa memoria que su dialéctica. Don Santiago sufre, sufre, sufre, desanda todo el camino de su existencia, se imagina huyendo por parajes que no ha visto jamás. La señorita Borrel, Ragusa, los gorriones con liga en las patas, una huerta iluminada de nísperos, las montoneras en los pedregosos desfiladeros, el poder, el negocio denigrante, las encrucijadas del amor. “La veo, sí, la veo, dice Ismael. Está allí. Nos mira desde su sombra, nos sigue a todas partes, en su casa y nadie podrá sacarla de estos muros”. Es el alma de la rosa, el país sin tiempo, el corazón de las viñas, el aletear de las palomas. Ahora se mete al espejo y se aleja por los túneles interminables. La mariposa que no fue nunca oruga se golpea contra el cristal y no la puede

seguir. La marquesa de Torre Antigua se pierde en las galerías sin final, se va caminando por el único sendero permitido para su ser intangible. El ropero de tres cuerpos está frente al lavatorio que también tiene espejo y allí se multiplican esos corredores que son el paso a un mundo gris en el que ingresa libremente el fantasma y al que no tiene acceso la mariposa azul porque está viva, viejísima pero viva, golpeándose desesperada, cruzando del armario al lavabo sin comprender la realidad implacable y dura del cristal. Gritaría la *taparaku* si fuera un ser humano que quisiera ingresar a ese desconocido país y no la dejan. Por primera vez una fuerza que no comprende le impide escoltar a la marquesa que ya se hace invisible en ese túnel infinito. Sobre el lavatorio está el quinqué encendido que una mano criminal ha puesto allí para su perdición porque la llama ha subido y la mariposa se quema, se está quemando, no puede salvarse de ese incendio que consume sus alas envejecidas con un chisporrotear apenas audible y que va reduciéndola a una pequeña bola de carbón, a una ennegrecida guinda seca que rueda pequeñita y crepuscular, ojo de animal disecado, punto final para la leyenda de la marquesa de Torre Antigua que tocaba el clavicordio rodeada de admiradores apasionados, desaparecida para siempre entre los claustros opalescentes de los espejos.

SI DOMINGA REVELARA la verdad de su aparición en la colina no habría nadie que le creyera.

¡Mientes, bruja del averno!

—Juro que fui yo. No puedo callar más tiempo. Subía por la colina y me asomé porque ví un resplandor entre las piedras.

Ya es tarde. La muchedumbre en la plaza vocifera y Habacuc trata inutilmente de proteger a la mulata. La apedrean y le escupen palabras de indignación. De las araucarias excelsas caen semillas de luto. La lentitud vocifera y Habacuc agita su bordón, se mueve entre las gentes, se va haciendo borrosa su figura. Dominga es arrebatada por manos que se

crispan al tocarla. La empujan, la arrastran, se la llevan. La han recluido en el manicomio donde comenzará a enloquecer, se perderá por los desiertos de la locura dejando consolidada para *in aeternum* la fe en la verdadera existencia de la Virgen de las Vicuñas. No ha hecho jamás un milagro, pero eso no importa. Ya pueden rezarle hasta enronquecer, llorar, caer en éxtasis. La virgen no escucha. No ha librado a nadie de la miseria ni le curó la ictericia a la madre del ministro Ergástula que se murió de todos modos, amarilla como un clavel de las Indias. La Patrona, instalada en el más valioso y elaborado altar, era una virgen avara, sorda, indiferente y nada servicial. Ni siquiera ha salvado a Dominga, a quien debe su existencia.

EL CARNAVAL DE LA AGONIA

Este puesto de lustrabotas tiene algo del pasado, naturaleza de mueble anacrónico, de trono en ruinas de rey destronado, de tribuna sin orador, de plataforma que eleva la condición del usuario y rebaja la del trabajador al nivel del siervo, del que practica un oficio que se queda en los estratos sociales del zapato, del polvo humillante, de los excrementos pisados, del mundo de las hormigas y de los microbios. Pintado de celeste, del color de los balcones de la plaza, sucios de lluvia y de tiempo, es un cajón desde el que se contempla un espectáculo que puede tener cien años, doscientos, en una cronología que no alberga el calendario; un espectáculo de pueblo sometido a la depravada cautividad de explotadores voraces, de prevaricadores empedernidos, de jueces corruptos, de gobernantes inmorales. Y el entorno de este observatorio tiene por eso un olor a yerba emboñigada, a chamusquina, a fruto agrio, a cosa invadida por el orín.

El lustrabotas se proyecta en las múltiples especies del mendigo, en sus innumerables caracterizaciones, en sus indescriptibles y lamentables disfraces. A la espalda del puesto discurre el río entre sauces y matorrales que sobreviven a las plagas de las que se alimentan los gorriones bajo nubes pardas sobre el agua parda. La plaza es una fotografía que recoge esa gama del gris que traspasa las paredes, se aquehencia en los tugurios y en los salones burgueses y contagia con su inercia la psicología de los hombres y mujeres que la

cruzan, van a la iglesia, piden ante usted, respetuosamente, partidas de nacimiento o defunción en las morosas oficinas del ayuntamiento, venden en las veredas verduras y calcetines, se arremolinan en las teatrales concentraciones políticas. Al lado de la piletta un alienado canta una canción pulsando un largo carrizo que simula una guitarra y que lo transfigura en un deplorable Cristo de la Caña;

*Llegan los congresistas a sus curules
con levas y chalecos rojos y azules
rumian en el recinto parlamentario
con belfos y jorobas de dromedario
llenan de voces graves el frío espacio
hablan y hablan y hablando se van despacio.*

No es eso, exactamente, lo que canta este enajenado desvestido de harapos, deshollinador atolondrado, simio cantor. Lo que dice esconde algo que se aproxima a esas palabras porque su lenguaje es torpe y cerril e inextricable y muy próximo a la iglesia está el edificio del parlamento reformado, el parlatorio donde no se parlamenta, infernáculo de saltos oratorios, de voces inflamables y volátiles como el éter, ácido corrosivo de la amargura por el bien ajeno. Bajo sus bóvedas resonaron protestas de libertad sobre enmohecidos juicios entre resudores enjugados con lienzos que llevan las tonalidades de esta república hallada en el torno conventual donde se depositaron ideales espurios por manos ocultas para que no se sepa quién dejó allí a esos hijos de los caminos engendrados en el desconcierto de las revueltas. Y desde aquí también, desde el puesto del lustrabotas se distingue la jaboneta del ayuntamiento que no ayunta sino que rompe, quiebra, divide, dispersa, provoca debates caliginosos sobre cosas claras, enturbia, revuelve, desarraiga. En nada se diferencia el cabildo de la tienda que consumieron las llamas sin que alguien intentara salvarla. Y no difiere de la rebotica que es por igual estilo reducto de habladurías y evasiones de la realidad, cátedra de estudiantones, campana neumática de los juicios cabales.

La persecución a Dominga no es un hecho aislado. Dominga es la imagen del poder ilegítimo, la reflexión sensual de

esa imagen. Y el poder se ha debilitado por el abuso excesivo de rúbulas con el naípe marcado, por el estigma de crímenes encubiertos y acusaciones injustas. El déspota se ha entregado a la pasión en todo su extenso registro. Habacuc acusa. Habacuc es de una pureza imprudente. Si hay una respuesta a la conducta sensual, Habacuc es la respuesta. Es la antípoda del dictador y está puesto ahí por las fuerzas que dirigen los destinos secretos, sibilinos, incommovibles. El Caudillo agoniza rodeado de barcos hechos con cornamentas de toros, pájaros disecados que miran cielos vacíos, sortijas con camafeos que llevan su perfil y la estatua de sal de cuerpo entero con el brazo levantado y las medallas conmemorativas y las placas con inscripciones dictadas por la abyección en la media luz que hace de todo el ámbito un sombrío esperpento.

Agoniza hinchado, luctuoso, aborrecido, al lado del trono que miente cobaltos y rutenios imposibles, abandonado, sin siquiera la mano de Dominga para cambiarle los fomentos, Dominga que le llenó la cama de una vida real y cálida y a quien él creía representando al pueblo, penetrando en su matriz. Las cabras dan topetazos en las caobas y los robles del portón, muralla de seculares goznes que suenan a violoncelos desafinados. Malaquías ha desistido de combatir contra ese envilecimiento de forúnculos por los que se le va escapando la vida a don Santiago en una septicemia que lo sumerge en la más prolongada agonía de la historia. El maestro de los latines y las referencias eruditas se marcha cuando no queda sino una estrecha salida en la invasión de las bastardas angoras, cachemiras y tibetanas. Saltando entre las ramas de la arboleda que parte de la quinta ha alcanzado una loma y ha tomado un camino paralelo a la orilla del río que conduce a las afueras de la ciudad. Un enorme estertor, una inmensa burbuja se escapa de la garganta del dictador en el mismo instante en que se desbordan turbas furiosas sobre Dominga que ha perdido su sortilegio y la dejan en el sanatorio y Habacuc se desvanece dando voces, desdibujándose y su cayado florecerá un día en el Hanansuyu y en sus ramas cantarán los pájaros y se conocerán los hechos de esos días sin sagas heroicas enterrados en las tumbas que guardan las vértebras, los fémures, los cráneos, los huesos turbinados, los húmeros de

los premuertos que no alcanzaron la inefable dicha de asistir a la agonía del gran pecador.

El premuerto por derecho propio era Rufasto Diosmeguie y en orden de riguroso escalafón venían los comuneros, los ajusticiados en Siquipacha y todos aquellos que se anticiparon al Caudillo en el trance que permitía ganarse la vida a los escribientes de los obituarios parroquiales. El óbito de don Santiago estaba próximo y en cuanto corrió el rumor en la ciudad la gente salió a las calles a informarse primero y a regocijarse después. El déspota agonizaba y eso había que celebrarlo con la explosión de júbilo que el acontecimiento merecía. Fue entonces cuando se organizó el *carnaval de la agonía*, nombre que perennizará el trascendental episodio bien que más tarde, serenados los ánimos, habría de producirse la reacción propia de tales hechos en los laberintos innominables de la conducta humana.

La noche en que encerraron a Dominga luego del atentado brutal, la misma noche en que se le abrieron las puertas de la locura, enloqueció también la población caquense y, unos por convicción, y otros contagiados por la convicción de los primeros, expresaron con bailes y algarabía su felicidad por esa muerte tan deseada. Las *jorinas* y las *cacaneras* se disputaban el honor de ser los bailes nacionales con mayor arraigo popular, aun reconociendo que la jorina autóctona procedía de las regiones altas, núcleo de las culturas primigenias, en tanto que en los valles templados de las plantaciones, habitat de angolas y mozambiques, tenía más fervorosos seguidores la cacanera, danza típica de la capital puesto que llevaba su nombre, no obstante haber comprobado que el *allegro* de la *suite* para orquesta de cuerdas de Purcell era una cacanera completa. Dardo Corvejón tuvo noticia de este hecho producido en plena efervescencia de la dominación británica y trató de suprimirlo sin que sus enérgicos trámites dieran resultado alguno. La jorina se bailaba con acompañamiento de requintos, flautas de Pan, cascabeles y arpas teutónicas descomunales que los daneses llevaron a Inglaterra y en un momento que no podría precisarse se incorporaron al folklore de la república de Jora. Las cacaneras, en cambio, se acompañaban con marimbas de calabazas y quijadas de burro, uniéndo-

doseles mandolinas y bandurrias de las estudiantinas y, desde luego, tambores africanos que les daban una gracia sin igual. A estos bailes principales se unía la *mazorca*, llamada así porque las parejas de bailarines se desgranaban al final de cada vuelta para volverse a reunir, aunque el nombre derivaba, según sospechas de irreverentes lingüistas, de la palabra *mazurca*, baile importado de Polonia, y cuyo cambio se debía a una degeneración fonética en el habla de los habitantes del lugar. Pero la *mazorca* era una danza excesivamente complicada y requería de empeñosas disciplinas y por eso esta noche en las calles de Cacas apenas figura y sí, en cambio, estridentes jorinas y cacaneras con que el pueblo se enardece taconeando sobre los cagajones que han dejado las caballerías en su desafortada marcha por los senderos que llevan a la quinta señalada por el destino para que en sus muros se inscriba el más vituperable capítulo de los anales de Jora. Los que habían vitoreado al salvador gritaban ahora viva la muerte y no importa si después cambian los sentimientos y es otro el resonar de las palabras.

Una guardia cerrada del "Bucéfalos" tuvo que formar barrera en torno al monumento para librarlo de ser ofendido y al apóstol Santiago se le cubrió con un manto negro, pretensión que se hizo extensiva al rey Melchor comprometido en los desorbitados acuerdos del autócrata en sus horas gloriosas de dueño absoluto de la patria. La administración pública se declaró en huelga con el fin de salir a expresar su júbilo en el *carnaval de la agonía* y los oficiales mayores se mezclaban con los escribientes y los alguaciles excitados por la chicha en esa danza macabra y el sereno guardó el chuzo y el farol porque esa noche no tenía sentido pregonar.

No bastaban, sin embargo, las fiestas. Había que designar, con previsora anticipación, a un sucesor que no se dejara arrastrar por las tentaciones porque el sensualismo se proyecta en el poder, lo contagia y desfigura hasta degenerar en actos impúdicos dentro del ejercicio del gobierno. Se pensó entonces en elegir a un misógino comprobado, a un anacoreta del sexo sin que fuera necesariamente indispensable que esa evasión se concretara en odio de modo que todas sus energías estuvieran al servicio de los intereses del Estado. No satisfi-

zo a nadie la convencional solución y se sugirió la posibilidad de encomendar el gobierno a una mujer. Tampoco tuvo el proyecto buena acogida porque podría resultar una braguetera intrigante como Cleopatra que parió a Cesarión y tuvo dos hijos de Marco Antonio, falsa virgen al estilo de Isabel de Inglaterra que, además, imponía multas de veinte libras a quienes no asistían al sermón anglicano y torturaba a los jesuitas haciéndoles sacar las entrañas para ver si también eran negras; o podía caer en la concupiscencia de Catalina la Grande o en la enajenación declamatoria de Juana la Loca con eso de silencio que el rey duerme cuando el olor a carroña llegaba a Despeñaperros. Con estas eruditas referencias quedó desbaratado el mito de que las mujeres son más austeras, avisadas, justas y tienen más malicia que los hombres porque el testimonio de la historia demostraba precisamente lo contrario. No había manera de ponerse de acuerdo sobre la clase de gobernante que Jora necesitaba y llegó a citarse a Maquiavelo cuando aconseja al príncipe evitar lo que puede hacerle odioso o menospreciable porque nada hace al gobernante más aborrecido que mostrarse rapaz, usurpando las propiedades de sus súbditos o apoderándose de sus mujeres. La duda, los ejemplos, las teorías llevaban a la conclusión de que si el pueblo es enemigo del príncipe, éste no se verá jamás seguro y será abandonado y destruido por aquellos a quienes hizo favores y antes era preferible soportar a otro garañón como el que se estaba muriendo aunque fuera un comerciante sin escrúpulos o un insaciable prevaricador como Dardo Corejón que por lo menos podía montar a caballo y aguantar barquinazos.

Mientras tanto, seguía en las calles el *carnaval de la agonía* con matracas, tambores, cencerros, calabazas con perdigones que acababan de llegar de Cuba. Entre un repiqueteo de marimbas y maracas se iba apagando la existencia preclara de don Santiago Valdecabras en medio de una densa e irrevocable soledad.

SE LE RESTITUYÓ su nombre al día domingo y los negros dejaron de ser personas, los mandaron a trabajar en las minas, en las plantaciones y en los lagos salados con su misma esclavitud original. Cuando las cabras devoraron la última hoja; cuando no quedó un almácigo en la huerta ni un crisantemo ni las plantas de ruda y de chamico; cuando vendieron el cuajo y los quesos y las crías de semana y media, los cabreiros retornaron a sus montañas. Avanzó entonces Corvejón a la cabeza de sus escuadrones y entró en esa ruina que habían dejado las cabras. El déspota había muerto hacía tres días y estaba hinchado y el hedor enrarecía el aire. Se lo llevaron envuelto en los cortinajes de la alcoba sobre una carreta tirada por dos bueyes rojos. Iba como el héroe griego, seguido por inefables ancianos semejantes a los combatientes de Troya y acaso en esas lloronas estaba el eco de la coéforas, las doncellas que llevan las libaciones a la tumba de Agamemón que va a ser vengado por sus hijos asesinando a su propia madre. El fabulador piensa en este friso viviente y está seguro que ahora no habrá Casandra que contemple el cortejo desatentada llevando por toda la ciudad el aviso de esa procesión funeraria y encarnando a esas mujeres que siguen la carreta con dos lentos bueyes de largos cuernos. No están aquí las vírgenes frigias de transparentes mantos ni Circe que transforma en cerdos a los compañeros de Ulises. Esta no es la mitología, pero tampoco es la historia y los hombres comerán flores de loto para olvidarse de su patria. Lo que pasa es la contrahechura de un cadáver, el término de un ente de razón apagándose entre nieblas que fingen formas de extraños seres.

JOSEFA, EL MOCHUELO, JÁUREGUI, ¿vivieron alguna vez? Nadie los ha visto. Don Santiago estuvo siempre solo. Ni siquiera hay pruebas de la existencia de Dominga. Ha pasado tanto tiempo. El pueblo transita por las calles, entra a la iglesia, hace bautizar a sus hijos, acompaña la procesión del apóstol Santiago, visita a los muertos. Aquí estaba la tienda de Malaquías. Vendía pintura, aguarrás, ferretería, artículos para la

limpieza, comestibles. Una noche la destruyó un incendio y no se supo nunca la causa del fuego. Y en esa esquina había una taberna con toneles detrás del mesón, jarros de cobre, lámparas, mesas rústicas donde se comentaba lo que iba ocurriendo cada día. Pero esta es una ciudad tranquila que no guarda memoria de acontecimiento semejante al de los funerales del dictador. Cubrieron con claveles de las Indias el monumento y toda la población circuló incesantemente santiaguándose en torno al féretro colocado al centro de la iglesia, bajo la bóveda, frente al altar mayor. Sobre el ataúd las condecoraciones y las insignias de condestable que, a título póstumo, le ha conferido la Cámara de Representantes. No; jamás hubo aquí un puericultorio ni se conoce la palabra ni fue clausurado el parlamento. Estaría en el diario de los debates o en la colección de "El tiempo de Cacas". Lo que ocurre es que este es un pueblo con demasiada imaginación. Le habrán contado a usted que una vez llovieron mormopes y que en el río navegaban caimanes porque es turbio, verdoso, lento como un saurio y que a Santiago Apóstol le robaron las guarniciones de plata. Son las fábulas del lugar. Es verdad, en cambio, que el duelo por el dictador duró un mes porque este pueblo cree que no hay como las dictaduras y que un ministro pronunció un discurso de tres horas sin una sola erre. Treinta días permanecieron sin repicar las campanas y las romerías al cementerio eran interminables. Pero no es verdad que el gobernante tuvo cincuenta y dos hijos. Su nombre era Santiago Pascual y murió célibe. Algunos dicen que con el prepucio intacto por timidez sexual. Los pocos niños depositados en el torno del convento eran mestizos y la mayoría eran los hijos de los caminos, de la violación, del azar. Pero las mujeres llevaron luto por el casto dictador. Después del tiempo transcurrido, aún se ven faldas negras en la serranías del Hanansuyu. El Paseo de las Cabras es el más importante de la ciudad aunque es distinto al de hace siglo y medio y no queda en la plaza una sola araucaria excelsa. Esas ruinas cruzadas de corrientes de aire, esos muros terrosos donde hacen nido las lagartijas fueron la residencia de don Santiago. Las ventanas dan al cielo, el crepúsculo, al infinito. En la huerta, en lo que fue la huerta con almácigos y crisantemos y olorosa a hierbabuena han crecido matorrales y medran peque-

ñas víboras con manchas amarillas que se alimentan de ratones. La ciudad no se ha acercado a este lugar, ha avanzado en otras direcciones y sería incensato reconstruir una vivienda tan apartada.

Imposible. Los sueños duran segundos.

—Lo observamos al pasar en medio de sus cabras. Acababa de quedarse dormido con un ramo de hierbabuena en la mano.

—Eso no prueba nada.

—Pedro ha confesado que no puede dormir sin soñar. En cuanto parpadea, sueña.

—¿Y por qué miró usted el reloj?

—Para ponerlo con la torre de la iglesia que tiene la hora oficial. Al volver del molino del Sorgo Negro consulté de nuevo la hora y había pasado exactamente ese tiempo. Pedro despertó porque una cabra caminó sobre él. En ese mismo instante, de una choza salía una voz, una voz que venía de un tiempo ya sin tiempo: “Las cabritas son blancas, el perro es negro, el perro es negro; y el pastor que las guarda se llama Pedro, se llama Pedro”.

III

El tiempo recuperado

(Andante brevísimo)

CUANDO TERMINÓ la masacre de los coroneles no se sabía qué hacer con esos enormes carbones que antes habían llevado charreteras, abotonaduras, franjas granate, botas con espuelas, revólveres de cinco tiros. Lo natural era enterrarlos. En eso estaban todos de acuerdo. Lo que no se atinaba a resolver era el trámite, la gestión funeraria, el último otrosí del expediente. Personas compasivas y de muy arraigada fe opinaban que debía dárseles cristiana sepultura porque, de todos modos, habían sido cuerpos humanos, personas que vivieron y sufrieron unos instantes impredecibles de la vida nacional y de esto no eran culpables sino víctimas. Qué culpa podían tener esos tres coroneles rezagados en el interminable proceso de las guerras civiles provocadas por insensatos que únicamente querían el poder pasando por sobre los cuerpos de soldados conducidos al matadero como reses con falsas promesas de un botín que no alcanzaba para todos. Los tres carbonizados rebeldes estaban allí tendidos sobre los mármoles de la morgue en espera de la decisión popular. Porque esos restos pertenecían al pueblo y cómo haría usted para darles ingreso en el escalafón y señalar un montepío para las viudas que nadie sabe si existen o si han muerto también en el asalto de las casas y el único que logró escapar con vida fue Manfredo y eso porque tenía una mulata en el arrabal de San Lázaro que lo ocultó de manera tan minuciosa que no hubiera sido posible adivinar qué habría sido de ese coronel sobrado de la masacre mientras sus tres hermanos seguían esperan-

do la orden de las autoridades para emprender el viaje a otra vida que es imposible asegurar si realmente será mejor.

La panadería de Serapio Silvestre fue desmantelada y no quedaron ni los ladrillos de los hornos porque el populacho que siempre se enloquece en estas emergencias de saqueos se los había llevado para construir sus viviendas que, además, serían históricas.

—Habrà que enterrar a los chacales.

—Ningún sepulturero quiere cargar con esas miserias. Será mejor que los lleven al camal de Monserrat. Fuera de las murallas estarán en su sitio.

—La acequia madre está llena de inmundicias.

—Qué importa una inmundicia más. . .

—Se atorarán las compuertas.

Siguen buscando a Manfredo, el que se ocultó entre las piernas de una mulata como si estuviera pariéndolo. Lo verdaderamente grave es que los carbones de Tadeo, Serapio y Mauro se descomponen en las mesas del anfiteatro y no hay quien resuelva lo que se hará con esas deformidades que se están llenando de moscas. Alguien propuso mandarlos a las pampas de Majes para que se reintegraran a sus orígenes.

—Imposible. Tardaría una eternidad llevarlos en carretas en una procesión inconveniente porque el pueblo se conmueve de cualquier cosa y de repente resultan convertidos en héroes.

Después de una junta transitorísima, el doctor Cosme Salcedo llegó a la Casa de Gobierno entre aclamaciones “Arriba Salcedo”, “Que viva don Cosme” porque era la primera vez en la existencia sobresaltada de la república que asumía la presidencia un mandatario sin galones y verdaderamente elegido por el acto consagratorio del sufragio sin que nadie metiera manos sacrílegas en las ánforas. La entrada triunfal de Cosme Salcedo parecía borrar todo lo que acababa de ocurrir y el primer discurso en la plaza —“arriba don Cosme”— tuvo como tema principal la trágica lección de los coroneles carbonizados que pérfidos dibujantes habían representado con figura de tigres y de chacales profanando con sus pezuñas el sagrado libro de la Constitución y en otros aparecían con

cuernos y rabo porque sólo al diablo se le hubieran ocurrido los crímenes que se acumulaban en el abultadísimo prontuario de Tadeo, Mauro, Serapio y Manfredo protagonistas trágicos del tiempo real. Los historiadores dirán que los asfixió el aire enrarecido de las conjuraciones y que el pueblo no quiso seguirlos y la ciudad quedó paralizada porque comerciante alguno quiso abrir sus puertas en esos días de los disturbios abominables. Los dejaron como alacranes encerrados en una campana neumática. Otros juzgarán que no fueron tan perversos y que los convirtió en seres vituperables la saturación de caudillos y traiciones y muertes y desapariciones misteriosas y no olvide usted que también hay escoria de los bajos fondos mezclándose con el hombre anónimo, con el transeúnte sin rostro. Los trabajadores del ferrocarril, que habían participado en la asonada, eran gentes duras y sin escrúpulos, delincuentes delirantes dispuestos a todo y a ellos se sumaban los prófugos de las cárceles en esos días signados por el desconcierto. De nada sirvió la abolición de las penas de infamia, confiscación y mutilación que consignaba el código. La embriaguez no se rige por leyes ni la locura respeta las normas y eso fue lo que ocurrió con los hermanos Silvestre que tuvieron unos encarnizados verdugos y ningún defensor.

SANTIAGO VALDECABRAS había contemplado el espectáculo de lejos. No tenía inquietudes ni estaba en su programa aspirar a destinos que suponía inalcanzables. El día que el doctor Cosme Salcedo recibió la banda presidencial acudió al Congreso y escuchó los discursos. “Después de cincuenta años —oyó decir— un hombre asume el poder sin el apoyo de las bayonetas”. A Santiago Valdecabras le daba lo mismo. Como le era del todo indiferente que comenzaran a salir los cargos contra el régimen anterior, la acusación a sus ministros, la investigación minuciosa de las grandes dilapidaciones, supuestas o comprobadas, porque así es la naturaleza humana tan maniqueísta y arbitraria. Hombres probos, funcionarios austeros fueron señalados en esa hora de las revisiones de cuen-

tas en las que se hablaría de los bienes nacionales vendidos sin aprobación del Congreso, los terrenos rematados sin cumplir con los requisitos legales, las emisiones inorgánicas, los contratos onerosísimos con empresas extranjeras y hasta los sueldos no pagados a los heroicos defensores de la patria. Y no faltaban las acusaciones de injustos extrañamientos de ciudadanos honorables o su forzado enrolamiento en un cuartel que era, en realidad, una cárcel. Hubo prisioneros que agonizaron dentro de su celda y ahora mismo había condenados sin proceso que esperarían incontables semanas, meses, años antes de ver la luz de la calle y escuchar las voces de las prisioneras y el rumor del río.

Por último, cuando menos se esperaba, llegó la noticia del asesinato de dos coroneles más sin que hubieran cometido falta alguna sino todo lo contrario. Uno de ellos había encabezado ese gobierno transitorio que entregó el poder al doctor Salcedo. Pero no hubo alboroto callejero. Los nuevos crímenes ocurrieron en la selva, lejos de las ciudades, donde no se concentraban muchedumbres. Una noche los guardias les llenaron de plomo el cuerpo. Estaban ebrios y les dispararon en cuanto los vieron salir de una choza como ésta en la que Santiago Valdecabras se ha refugiado otra vez en busca de los universos alucinantes del ayahuasca. El soñador quiere seguir soñando. Pero las imágenes distorsionadas de la realidad no se presentan. Está invadido de un estupor que conoce, un estado previo a esa resurrección deliciosa y no pasa de ahí. Bebe sin medida y el brujo se desespera y acude a sus más secretos recursos pero Santiago no encuentra las puertas de la evasión. Ni una palabra ni una sombra ni un perfume que no sean las voces, las formas y los olores de la realidad. La ayahuasca ha perdido sus efectos mágicos y el brujo siente que no le asisten sus poderes. En el Parlamento se discutían los homicidios incalificables de estos dos coroneles que no habían cometido crímenes como los que se achacaban a Tadeo y sus hermanos. Y esas voces acusadoras no llegan hasta la choza hundida entre los altos árboles donde cantan los pájaros, chillan destemplados micos, se anillan silenciosas serpientes y las arañas te miran con sus mil ojos negros y el río rueda y la lluvia refresca la piel cerdosa de las sachavacas y San-

tiago no advierte la presencia del tiempo recuperado dentro del cual ya no es posible soñar.

En ambas orillas se alzan los árboles. Por debajo del río se dan la mano las raíces. El doctor Cosme Salcedo terminará su período constitucional y lo elegirán para que presida el Congreso. Y entre un acto y otro habrá nuevas conjuraciones, atentados fallidos, montoneras que no son como las de antes cuando Santiago Valdecabras cabalgaba, motines de sargentos y de juristas resentidos, reiteradas insurrecciones populares, revoluciones que no prosperan porque la pólvora está mojada con fraudes y desengaños, catástrofe hacendaria, miseria peligrosa en el suburbio.

—Hay que reformar el Tribunal Mayor de Cuentas.

—Es urgentísimo negociar el empréstito para cubrir el servicio de la deuda pública. Este año no hemos vendido ni cuatrocientas mil toneladas de guano.

—No vale nada el dinero. Es de vida o muerte señalar el peso y la ley.

Desde la selva, en una penosa caminata ha vuelto Santiago con las pupilas desorbitadas por no poder soñar. Está pobre y extenuado. Después de tocar innumerables puertas ha conseguido trabajo en la Casa Nacional de Moneda recogiendo los trozos de metal de los recortes y el polvillo de oro disperso para fundirlos de nuevo. Poco le dura el fácil quehacer y vuelve a quedarse en la calle cuando se acuerda cerrar las oficinas para instalar maquinarias nuevas. El papel moneda invade los bolsillos con impresionantes alegorías de ferrocarriles, barcos y señoras ampulosas rodeadas de frutas representando una abundancia que no existe. Porque la verdadera ficción está allí y Santiago se tienta con un nuevo viaje a la selva. En las exploraciones de los ríos se le verá cruzar fantasmal, la figura desgredada, entre las tribus en busca de un ayahuasquero que ha huido espantado por esos intrusos que se afanan en disfrazar la caligrafía laberíntica de los ríos. Han comenzado a llegar inmigrantes italianos vigorosos y sonoros y chinos sobrevivientes de las penosas travesías. Está transformándose ese mundo.

UNA TARDE EN EL SENADO un sargento del "Pichincha" que tenía una cara siniestra asesinó al doctor Cosme Salcedo en un final como el de Julio César pero con una gloria menos pregonada porque la muerte está en todas partes y han disuelto el batallón y ya nada puede ser igual.

En el café de los Bodegones se pone en maceración el acontecer cotidiano, se le interpreta y, en ocasiones, se acuña falsa moneda histórica que luego circulará subrepticamente y terminará clavada en el mostrador de la pulpería cuando ya nadie quiere recibirla o porque está cansada de rodar y que la contagien de agrios sudores manos de tahures y mendigos. Santiago Valdecabras no ha podido quedarse en la selva y su nueva frustración lo está conduciendo a un estado depresivo que bien puede terminar en la rama de un árbol. En los mercados, en las plazas, en las súbitas concentraciones populares porque han sacado una imagen o han asesinado a un usurero, Valdecabras camina, está entre los seres anónimos, entre los vagabundos de los caminos, solitario, ceñudo, ensimismado. Lo trajo un arriero por las escarpadas rutas de las cordilleras y casi arrastrándose por el arenal caliente.

Juan Bernal y Pedro Contreras están en el café recogiendo rumores, difundiendo conjeturas, agregando cornisas, molduras, vanos al maltrecho edificio de la opinión pública.

—Lo han visto con un levitón gris cruzando por el Carmen Alto.

—Pueden haberlo confundido con otra persona —dice Pedro Contreras—. El sobrado se fue a un país del Caribe y parece que estuvo dedicado a las faenas agrícolas como en la adolescencia de los Silvestre. Y han pasado siete años.

—Manfredo era pacífico. Cuando enterraron a los chacales ya él estaba lejos de la furia. La venganza no le alcanzó —evoca Juan Bernal.

Habían ocurrido en esos siete años de su ausencia cosas increíbles, desórdenes, asaltos en los caminos, caos en las oficinas de la administración pública, violaciones, contrabandos, la inútil y monstruosa muerte de don Cosme después de tan-

to gritar “viva don Cosme” y “arriba don Salcedo, carajo” y en las tabernas los antiguos esclavos se embriagaban con infernales alcoholes.

En efecto, Manfredo Silvestre había retornado sigilosamente de su exilio. Hasta el bullicioso país antillano llegaron noticias de una guerra inesperada, sin fundamento ni lógica alguna, salvo la que ocultaba el agresor, provocada por sentimientos incalificables. Y Manfredo Silvestre decidió volver. No vestía uniforme militar porque ya no tenía grado alguno. Se presentó voluntario con unos falsos documentos y subió al mismo tren, a la misma hora en que Mauro fue asesinado. Era, es cierto, otro hombre. Había envejecido y llevaba una corta barba cenicienta como una prolongación de su raída leva. Algo adiposo, caminaba con lentitud, esquivando las miradas y buscando la sombra. Tenía la firme decisión de defender a su patria, de rehabilitar para sí mismo la memoria de sus hermanos, los tres coroneles de la masacre espantosa. Acaso su tortura intolerable había sido sobrevivir, librarse de las mutilaciones, de la hoguera, del escarnio que sufrieron esos cuerpos desnudos colgando de las torres. En los primeros días de su retorno buscó a la mulata que lo libró de la muerte. Le dieron informes contradictorios. Había fugado con un minero, se le podía encontrar en algún burdel, murió y sus huesos fueron a dar a la fosa común.

—Puede que no sea el mismo —admite Juan Bernal; pero tenía el aire de los Silvestre.

Era el mismo. Se embarcó en el puerto donde le dieron unas ropas de soldado raso y, a pesar del bloqueo, el transporte logró atracar en una caleta del sur. Se incorporó a uno de los regimientos que libraron esas batallas desiguales, con armamento anticuado, con proyectiles que hablaban idiomas diferentes. Hubo varios encuentros, casi todos adversos, hasta que llegó la célebre acción del Algarrobal que fue una clara victoria para los hombres que se enfrentaban al invasor pero que dejó en sus filas numerosas bajas. Entre ellas se encontrarían los cadáveres de Manfredo Silvestre y Santiago Valdecabras porque para cada uno de ellos hubo un plomo en el que estaba escrito su nombre. Los cañones que abando-

nó el enemigo, en la imposibilidad de transportarlos, fueron enterrados en la arena junto a los cuerpos de los combatientes caídos en las pampas del Algarrobal. Como no se les pudo identificar a todos hubo muchas tumbas anónimas, cruces sin inscripciones como estas dos debajo de las que descansan para siempre Santiago Valdecabras, un hombre como cualquiera, y Manfredo Silvestre, el insurrecto que no mereció el honor de figurar en el inventario de la masacre. No llegaron a verse en la batalla. Sus huesos deben estar juntos. Por debajo del río conversan las raíces.

INDICE

I

LICENCIA DEL TIEMPO REAL	Pág.
<i>(Allegro con fuoco)</i>	7
El pueblo que nunca conoció la paz	17
Aberración del orden público	26
El poder y la masacre	30

II

ANÉCDOTA DEL TIEMPO ALUCINADO	
<i>(Scherzo)</i>	41
El increíble ministro sin erres	47
Nocturno de la mariposa y el sándalo	53
Los comuneros de Urpicocha	64
Juicio y tortura	69
Anatema del predicador	80
Diálogo de las comadronas	87
Los ángeles encarcelados	93
El invento prodigioso	103

El día que la noche duró todo el día	114
Letanía por el caballo de nieve	129
La revuelta infame	136
El carnaval de la agonía	150

III

EL TIEMPO RECUPERADO

(*Andante brevísimo*)

159

LA MASACRE DE LOS CORONELES se terminó de
imprimir en junio de 1982, en los talleres de
INDUSTRIAL*gráfica* S. A., sito en Chavín 45
Lima 5. Perú.

15



3 9001 01417 8431

Im Auftrag der ...
...
...

Blank white rectangular label at the top of the page.



Una novela en la que aparecen
enlazadas la realidad y la ficción, los
elementos de sátira social y el
lenguaje poético interpretativo de la
historia. La monstruosa masacre
ocurrió realmente en la ciudad de
Lima hace ciento diez años, aunque
sus víctimas han debido cubrirse
con el disfraz novelesco. De este
modo, el mundo imaginativo
participa del hecho real y, a la
inversa, lo que podría considerarse
histórico se proyecta en las
imágenes producidas por el
ayahuasca, un poderoso alucinógeno
de la selva peruana.